

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Objeto 777 (1 y 2)

Un avión nodriza norteamericano y uno de los aviones que se abastecen en el aire han chocado en el mismo momento del abastecimiento. Han explotado los dos y los tripulantes han tenido que saltar en paracaídas… Dos de ellos han muerto, y sus cadáveres se han hundido en el mar. También se han hundido en el mar el avión nodriza y el que iba a ser abastecido de combustible. En estos momentos, alrededor de ese punto de hundimiento se está concentrando una buena parte de la flota norteamericana de esa zona.



Lou Carrigan

Objeto 777. Vol 1 y 2

Brigitte en acción - 33

Brigitte en acción - 34

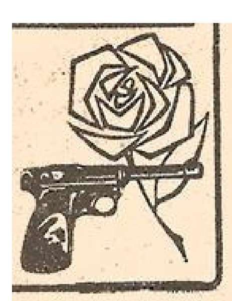
ePub r1.1

Titivillus 26.06.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Miky Grogan, director del Morning News neoyorquino, apareció aquella mañana en las oficinas del periódico con el más rozagante, espléndido y juvenil de los aspectos. Cierto que era algo más tarde de la hora en que acostumbraba llegar al trabajo, pero había muy buenos motivos: se había cortado el cabello, había tomado un formidable baño turco, le habían manicurado dulcemente, estrenaba un traje de trescientos cincuenta dólares, y, por si todo esto fuera poco, era su cumpleaños…

Esto era lo único que no acababa de gustarle demasiado, pues le parecía que era el principio del desastre. Le parecía que era algo así como una nube negra que se cernía en el horizonte de su vida.

Pero Miky Grogan era un tipo con agallas y personalidad, y sabía disimular bien cuando convenía. De modo que presumía de canas, de porte distinguido, y de edad interesante mientras recorría las oficinas del periódico sonriendo y mostrando sus bien cuidados dientes… y los dos de oro, carísima prótesis que en nada disminuía su aparente lozanía y una potencia física todavía muy estimable.

—Buenos días… Buenos días, esclavos… Muy buenos días a todos… ¿Estáis trabajando mucho, como es vuestra obligación?

—Buenos días, señor director.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, señor Grogan…

Y Miky sonreía, sonreía, sonreía… Era estupendo ser y sentirse el jefe de aquellos muchachos; anchos hombros, cinturas delgadas y flexibles y rostros tersos. Recorría el largo pasillo delimitado por máquinas de escribir, teletipos, radios, televisores especiales… Él era el jefe de todo aquello. Si hacía chascar los dedos un montón de muchachas y muchachos ansiosos de conseguir un puesto de trabajo mejor se precipitarían a sus pies, le dirían que sí a todo, que era un genio…, y luego le obedecerían sumisamente.

Sí señor, la vida era hermosa. Hermosa, placentera, y maravillosa.

Empezó a sospechar que algo no estaba tan bien como le parecía cuando se hallaba cerca de su despacho. En lugar de solícito saludo comenzó a encontrar cuerpos petrificados, miradas atónitas, expresiones estupefactas… Nadie contestaba ya a su saludo, todos estaban como idiotizados, mirando un inconcreto punto del espacio. Incluso Frank Minello, el atlético reportero deportivo, parecía fascinado y atontado.

Después de este inquietante muestrario de personas petrificadas Miky Grogan entró en su antedespacho un tanto mosqueado. Allá estaba su secretaria particular, con cara de mal genio. Se había maquillado estupendamente y parecía que aquel era un gran día también para ella. Grogan la encontró sencillamente fantástica, y se dijo que sería una buena idea invitarla a cenar aquella misma noche.

—Buenos días, Netty —saludó jovialmente—… ¿Todo va bien?

—No señor.

—Ah, estupen… ¿Ha dicho que no?

—He dicho que NO.

—Caray… ¿No tenemos anunciantes en el periódico?

—Tenemos más que cualquier otro diario de Nueva York.

—Es cierto —rió Grogan muy satisfecho—… Tenemos más anunciantes que nadie, y se lo debemos a Brigitte, que con sus artículos consigue que vendamos ejemplares como si fuesen chicles. ¿Ha llegado la remesa de papel para la segunda edición de hoy?

—Ha llegado, puntualmente, la remesa de papel.

—Magnífico. ¿Ha estallado alguna guerra?

—No señor. Las guerras son las mismas de ayer.

—Lo celebro. ¿Su estado de salud es bueno, Netty?

—Yo diría que es perfecto.

Miky Grogan se acarició la barbilla pensativamente.

—Bien… ¿Se ha producido algún terremoto, alguna hecatombe, o cualquier clase de desgracia en alguna parte de mundo?

—Lo corriente.

—Ya. Cuando entré en el periódico el día era hermoso… ¿Tal vez el parte meteorológico anuncia empeoramientos inquietantes?

—Sigue siendo un día hermoso.

—Caray… ¿Nada malo, entonces?

—Nada malo.

—*Okay*… Sin embargo, he visto caras de tonto por el pasillo, y la expresión de usted no me parece feliz, Netty. Por cierto: ¿le he dicho que está encantadora?

—Ya veremos si piensa lo mismo dentro de un minuto.

—¿Va a ocurrir algo dentro de un minuto?

—Puede ocurrir cualquier cosa. ¿Le paso la correspondencia?

—Sí, claro. Y por favor, sonría: ¡la vida es hermosa!

—Si usted lo dice…

—Lo digo y lo afirmo rotundamente.

Y Miky Grogan, convencido de que el mundo era algo inventado por un tipo parecido a él, que le había adivinado todos los gustos, entró en su despacho impetuosamente, y, como siempre, se fue directo a las persianas, que alzó. Ajajá, allá abajo, a sus pies, tenía Manhattan nada menos. Encendió un cigarrillo, fue a sentarse a su mesa…, y fue entonces cuando, de sorpresa, vio aquel par de magníficas piernas sobre su escritorio. Unas piernas doradas y sensacionales, sin un solo defecto. Algo de ensueño.

—¡Brigitte! —exclamó.

Y sin haber terminado de sentarse se puso en pie de un salto, estando a punto de caer de espaldas cuando vio lo que acompañaba aquellas piernas únicas: unos *shorts*, de color rojo con rayitas negras, una cintura esbeltísima, un torso ideal cubierto y realzado por un jersey blanco con motitas rojas y verdes, un escote de vértigo, un rostro de ensueño con enormes y bellísimos ojos azules, una boquita sonrosada, fresca, dulce… Y, como siempre, aquella característica sonrisa burlona en los labios inconfundibles de Brigitte Montfort.

—Buenos días, jefe —sonrió ella, la inimitable—… ¿Me da fuego?

Le colocó ante las narices la boquilla de marfil y brillantes, y Miky Grogan comenzó a buscar el encendedor en sus bolsillos a toda prisa.

—Creo que no va a encontrar su encendedor, jefe —advirtió dulcemente la más hermosa ninfa de mundo—. Sucede que todavía lo tiene en la mano.

—¡Ah! Sí, en mi… en mi mano… ¡Je, je! ¡En mi mano! ¿Verdad

que es una buena broma?

—Muy buena broma.

Miky Grogan accionó el encendedor…, y se quemó un dedo, porque no estaba por lo que hacía, sino contemplando todo aquello que Brigitte tenía como ninguna otra mujer en el mundo.

Riendo, la fantástica espía le quitó el encendedor.

—Yo misma me serviré, amado, querido, idolatrado jefe… Se diría que está usted un poco tembloroso. Debe de ser cosa de la edad.

—Tonterías —se rebeló Grogan—… ¡Tonterías! Mi edad todavía es juvenil, me siento fuerte, inteligente, emprendedor… ¡Cuernos!

—¡Qué expresión más vulgar, jefe! ¿Qué trata de decir con ella?

—Hija de mi vida —casi gritó Grogan—… ¡está usted que resucita a los muertos y mata a los vivos! Ahora comprendo por qué ese grupo de bobos estaban paralizados en el pasillo. ¡La han visto a usted!

—Por fuerza, pues no soy invisible. ¡Ojalá lo fuese! ¿Se imagina lo que sería una espía invisible? Pero no soñemos imposibles… ¿De verdad merezco esa vulgar exclamación admirativa, jefe?

—Usted se lo merece todo… ¡Todo! Querida niña, ese no es indumento adecuado para presentarse en un lugar serio y formal como es un periódico de la categoría del Morning News. Admito que sus piernas son… televisivas, y que todo lo demás… ¡Vaya, demonios, está usted como para dejar ciego a un murciélago! No, ésa no es la indumentaria apropiada para presentarse a trabajar.

—¿Quién habla de trabajar?

—Yo. ¡Demonios, yo! ¡Hay que trabajar, y mucho! ¿Acaso no ha venido usted aquí a trabajar?

—Hum… Creo que no sucede nada importante en el mundo.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Todo está en calma, no llueve ni nieva en Manhattan, ni mucho menos hay tifones; la Bolsa va bien; la cantidad de asesinos no ha aumentado… Me voy de vacaciones.

—Ah. Bueno, que se divier… ¡¿De vacaciones?!

—Eso he dicho.

—¿Con qué permiso?

—El suyo. He venido a pedírselo.

—¡Permiso denegado! ¿Qué demonios se ha creído usted? ¡Hay

mucho trabajo aquí! —Grogan pulsó una tecla del intercomunicador y aulló rabiosamente—: ¡Netty, venga aquí ahora mismo con la correspondencia, y con todos los asuntos pendientes!

—Enseguida, señor —se oyó la voz de la secretaria.

La puerta se abrió apenas un minuto más tarde, y Netty entró en el despacho. Grogan se la quedó mirando, y su ceño se frunció hoscamente. ¿Qué día y por qué motivos había pensado él que Netty era una linda muchacha?

—¿Qué es lo que quiere usted? —Gruñó.

—Le traigo…

—¡No me importa lo que traiga! ¡Vaya afuera, a su trabajo!

—Pero usted me ha llamado…

—¿Sí? ¡Bueno, pues ahora la despido! —aulló—. ¡Vaya a su trabajo! ¡No estoy de humor para contemplar viejas solteronas!

Netty suspiró resignada.

—Se lo dije, jefe: usted iba a variar muy pronto de opinión respecto a mí. ¿Recuerda? Brigitte, ¿quieres hacerme un favor?

—Claro que sí —aseguró la divina.

—No tengas piedad de él. ¡Es un grosero abominable!

Miky Grogan enrojeció, y mientras se reponía del acceso de furia Netty se apresuró a escapar del despacho. La furibunda mirada masculina no encontró otro objetivo que ella, y allá se posó, ardiendo.

—¿Y se puede saber a qué viene eso de unas vacaciones? —gritó.

—A nada. Simplemente me voy. Tengo una casita junto a un lago encantador, y pienso pasar allí una semana, meditando… He venido a despedirme, y por eso estoy vestida así, querido jefe. Tengo el coche afuera, cargado con mis cosas: libros, la máquina portátil de escribir, el nuevo aparato de televisión que he adquirido para la casita… Le deseo una feliz estancia en Nueva York durante esta semana.

Dio un saltito para descender de la mesa, privando así a Grogan de contemplar la sensacional panorámica de las magníficas piernas. Seguramente fue eso lo que más le irritó.

—¡Nada de vacaciones! —gritó—. ¡A trabajar!

—Pero jefe… ¡si no hay trabajo para mí!

—¡En el Morning News hay trabajo para todos los que cobran

aquí su nómina! ¿Está claro?

—Pero vamos a ver: ¿qué es lo que está pasando? ¿Un atraco en el Bronx, unas cuantas drogas en Manhattan, una violación en Harlem…? Todo lamentable, cierto, pero ahí tenemos a la Policía y al FBI, que siempre está presumiendo de sabérselas todas… ¿No le da un poco de asco el FBI, jefe?

—¡No!

—Pues a mí sí. Excepto uno de sus hombres. Usted no le conoce: se llama…

—¡Eso me importa lo mismo que una colilla! ¡A trabajar!

—De vacaciones —sonrió Brigitte—. Usted ya sabe dónde tengo esa pequeña cabaña donde me siento libre y feliz, así que si ocurre algo digno de mí ya sabe dónde encontrarme.

—¡Si cruza esa puerta está despedida! ¿Me oye?

—Tendría que ser sorda como una piedra para no oírle —rió Brigitte—. Si cruzo esa puerta estoy despedida, entendido. De acuerdo.

—¡La despediré si cruza esa puerta!

—Adiós, querido —suspiró Brigitte.

Sin dejar de sonreír abrió la puerta y salió. Miky Grogan quedó a punto de estallar de ira, rojo intenso su rozagante rostro de cuarentón atractivo. Al diablo aquel hermoso día, aquellas fascinantes perspectivas. Se dejó caer en un sillón, abrió uno de los cajones de su mesa y sacó el frasquito de las píldoras sedantes.

Estaba tragando una con un sorbo de agua cuando la puerta se abrió y el dulcísimo rostro de Brigitte apareció en el hueco.

—¿Ha encontrado las pastillas, jefe?

—¡Fuera de aquí! ¡Está despedida!

Brigitte entró, acercándose al furiosísimo Grogan moviendo las caderas con su gracioso encanto tan peculiar, tan sugestivo y elegante al mismo tiempo, tan bien provisto de impecable clase y estilo.

—Sí, hombre, sí, ya lo sé, estoy despedida —dijo amablemente —. Es que olvidaba cierto detalle.

—¿Qué detalle?

Brigitte le tendió una cajita azul, alargada, que olía a perfume de Paris.

—Hoy es su cumpleaños, querido Miky, y no podía dejarlo pasar

sin hacerle un obsequio que usted se merece… Un obsequio muy personal y que espero sea apreciado por usted en su justo valor.

Miky Grogan tomó la cajita, intentando en vano disimular su emoción.

—Vaya… Caramba… Muchas gracias, Brigitte.

—Eso no es nada, querido. Aún le tengo algo mejor. Grogan se mordió los labios, pálido de emoción.

Seguro: en aquel histórico momento Brigitte iba a besarle en la boca. ¡Eso era lo que iba a hacer la bellísima, seguro!

Entonces, Brigitte comenzó a cantar:

Cumpleaños feliiiiizzzz… cumpleaños felizzzzz…, en el día de hoooyyy…

¡Cumpleaños felizzzz!

* * *

Brigitte alzó sus candorosos ojos hacia el cielo, y su ceño se frunció al ver el helicóptero. Mejor dicho, al ver la inscripción en la panza del aparato: Morning News.

¿Qué hacía por allí uno de los helicópteros del periódico?

Estaba a sesenta millas de Nueva York, junto a un hermoso lago, leyendo un estupendo libro de poesías, y se presentaba aquel ruidoso invento humano a turbar su paz…

El helicóptero tomó tierra sobre la verde hierba a menos de cincuenta metros de donde se hallaba la bella espía con la espalda recostada en un sauce llorón que extendía sus ramas hacia el límpido lago; las aspas dejaron de girar, todo ruido cesó, las hierbas dejaron de agitarse…, y un hombre saltó del helicóptero con un enorme ramo de flores en las manos. Miró a todos lados, vio a Brigitte, y casi corrió hacia ella, con el ramo de flores por delante.

—Buenas tardes, Brigitte, querida niña —saludó melosamente.

—Buenas tardes, jefe… Oh, perdón, he querido decir exjefe. Porque me despidió, ¿verdad?

Miky Grogan quedó sobre un solo pie, como un gigantesco flamenco con pantalones y chaqueta y que ni siquiera tenía el atenuante de ser de color rosa.

—Ejem —carraspeó—… ¡Ejem, ejem, ejem…!

—¿Está resfriado?

—Esto… Le he traído unas flores.

—¡Qué delicado y atento es usted! Pero… ¿no le parece que es una tontería traerme flores al campo? Querido mío, cuando se visita a una señorita que vive en el campo no se le llevan flores, sino bombones, cosa que no se produce en el campo. En cambio, si mira alrededor verá que todo está lleno de flores. Y a falta de bombones… se puede aceptar un abrigo de pieles, un perfume de la Quinta Avenida o un collar de diamantes, entre otras muchas cosas… Pero nunca flores.

—Maldita sea mi estampa… ¡Mi intención era buena! ¡Y vengo en son de paz, para que se entere!

—Ah, entonces diré que son unas hermosas flores y que le agradezco mucho su delicada atención. Muchas gracias, jefe.

—Bueno… Tampoco hay para tanto.

—Ya lo sé —lo miró maliciosamente Brigitte—. Con diez o quince dólares ha salido usted del apuro, procurándose una bella bandera de paz. ¿Ha venido a pedirme perdón por haberme despedido?

—Pero… ¡¿quién demonios se ha creído que es usted?!

La divina espía lo miró cariñosamente, y dijo, muy despacio, saboreando su victoria:

—Soy Brigitte Montfort… ¿Es suficiente?

—Ejem… ejem, ejem…

—Tiene que cuidarse ese resfriado. ¿Acepta un *whisky*? Tengo una botella de excelente calidad en la cabaña. ¿Ha visto alguna vez mi cabaña, jefe? Es como… un mundo aparte. Hay de todo, y en ella sólo tengo que hacer lo que a mí me gusta. Un lugar único en el mundo. Le aseguro que entrar en ella es un privilegio que no está al alcance de todos los hombres.

—Bueno, pues… se lo agradezco mucho, y… Esto… En fin, tenemos que hablar usted y yo, querida.

—¿Ha ocurrido algo importante?

—Pues… Bueno…

—Ya veo que sí. Y, por tanto, resulta que Brigitte Montfort no está despedida. Por eso toma usted uno de los helicópteros del Morning News y se molesta en viajar para venir a decirme que me

necesita, que hay algo que tengo que hacer…, y que sólo yo puedo hacer digamos a satisfacción plena de usted.

—Usted es una bruja —masculló Grogan.

—¿Tengo verrugas en la nariz? —rió Brigitte.

—Mire, dejémonos de tonterías. Hay mucho trabajo por hacer…

—¿No recuerda que estoy despedida?

—¡Está bien, pues vuelvo a contratarla!

—Estupendo —sonrió cándidamente la perversa espía—… ¿En qué condiciones?

—¡Cómo que en qué condiciones! ¡Usted sabe perfectamente cuáles son las condiciones!

—Perdón, perdón —alzó Brigitte un dedito—. Usted está hablando del pasado, y yo le hablo del presente y de mi futuro. Es fácil comprender que mi cotización profesional ha subido en estos días últimos. Y le diré el por qué: al dedicarme a meditar profundamente sobre la vida y sus mil aspectos, he madurado, he adquirido más sabiduría…, y eso tiene que pagarse más que antes, querido.

Miky Grogan estaba al borde del ataque apoplético. Estaba rojo de ira, abría y cerraba la boca sin conseguir emitir sonido alguno, y, por fin, pegó un puñetazo sobre la hierba, estallando:

—¡Deje de provocarme! ¡Usted trabaja para mí, y va a hacer lo que yo le diga! De lo contrario la… la asesinaré. ¡Lo haré, y será ahora mismo!

Brigitte olió placenteramente las flores obsequiadas. Luego sonrió.

—Ante tan terrible perspectiva creo que debo ser un poco más comprensiva. Bien, ¿qué trabajo interesante tiene para mí?

—Eso está mejor —suspiró Grogan—. Demonios, creí que estaba usted hablando en serio. La necesito, Brigitte. Tiene que salir de viaje.

—¿Otra vez? —suspiró la muchacha—. ¿Es que todo lo interesante sucede lejos de Nueva York?

—Así parece. Vea lo que ocurre… Un avión nodriza norteamericano y uno de los aviones que se abastecen en el aire han chocado en el mismo momento del abastecimiento. Han explotado los dos y los tripulantes han tenido que saltar en paracaídas… Dos de ellos han muerto, y sus cadáveres se han hundido en el mar.

También han caído al mar el avión nodriza y el que iba a ser abastecido de combustible; se han hundido, naturalmente. Y, en estos momentos, alrededor de ese punto de hundimiento se está concentrando una buena parte de la flota norteamericana de esa zona.

—¿Quieren recuperar los cadáveres?

—Uno ya fue recuperado. Respecto al otro, no se sabe nada…, pero no creo que toda esa concentración de la US Navy sea para recuperar el cadáver de un piloto, francamente.

—Se trata de un ser humano, ¿no?

—Sí, sí, pero yo no creo que un ser humano despierte tanto interés.

—Pues a mí me parece lógico que la Marina quiera recuperar el cadáver de un hombre que posiblemente tenía su base en un portaaviones. ¿O estoy diciendo alguna tontería?

—No lo creo —rechazó Grogan—. En cuanto a mí, no me estoy refiriendo al interés de la US Navy. Parece ser que hay mucha gente que se está interesando por ese accidente. Alrededor del punto donde se hundieron los dos aviadores y los dos aparatos se han congregado no menos de cien periodistas de primera línea de los mejores periódicos de mundo.

Brigitte quedó boquiabierta.

—¿Es una broma? —Reaccionó.

—No. Han llevado cámaras tomavistas, radar, sonar, helicópteros y equipos especiales… Toda la zona está saturada de periodistas de todo el mundo que pululan por esas aguas en lanchas, yates, barcas, canoas, helicópteros, avionetas… Y, sin embargo, la US Navy ha cerrado el círculo, ha prohibido terminantemente que nadie, se acerque al lugar donde cayeron los dos aviones y los dos pilotos. Hay una guardia permanente encargada de una severísima vigilancia.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé.

—Me parece todo un poco absurdo. Están convirtiendo en sensacional un suceso que normalmente ocuparía un pequeño espacio en una de las páginas interiores del Morning News.

—Eso es lo que pienso yo…, pero también pienso que todo esto debe de estar justificado de un modo u otro.

—Sí —reflexionó Brigitte—… Debemos entenderlo así, claro está. ¿Y qué es lo que espera que haga yo al respecto?

—Si hay allá cien periodistas de los mejores del mundo yo quiero tener allí el mejor de mis reporteros. Quiero saber qué es lo que pasa realmente, por qué esa concentración de periodistas y de unidades de la US Navy. Debemos interpretar que el suceso no es tan vulgar como parece, pero vamos a suponer que lo es: ¿qué nos importa eso a nosotros? Lo cierto es que allá hay representantes de los mejores periódicos mundiales, y que, por el momento, no han conseguido ninguna noticia aclaratoria. Todo son respuestas vagas, declaraciones que no aclaran nada…

—En resumen, que quiere que yo vaya al lugar.

—Se lo ruego.

—¿Ve como no cuesta nada ser amable y educado? Pero, Miky, vamos a ver: ¿usted quiere que yo me entere de lo que no ha podido enterarse nadie?

—Exactamente. Brigitte, querida, dulce, y encantadora muchachita, algo especial está pasando… ¿No se lo dice su olfato de periodista?

—La verdad es que sí —admitió, con un gesto de resignación.

—Entonces vaya allá y dígame lo que pasa. Tiene carta blanca para todo: gaste lo que quiera, alójese en el mejor hotel, cómprese vestidos, un automóvil nuevo… Pero quiero que el Morning News sea el primero en descubrir ese misterio que la US Navy está creando en torno a un suceso que parece tan vulgar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Cómo pasó el cumpleaños?

—Fatal. Tuve que tomar pastillas sedantes, luego digestivas…, y cometí el error de beber *whisky*. Usted acabará con mis nervios. ¡Es muy cruel conmigo, Brigitte!

—¡Ahora me sale con lagrimitas! Es usted un hombre extraordinario, jefe. En fin… ¿Adónde tengo que ir?

—Estaba tan convencido de que la persuadiría para que aceptase —sonrió Grogan— que, tal como hace Pitzer a veces, me permití sacarle el pasaje de avión, y para tomar ese vuelo debe regresar inmediatamente a Nueva York. Por eso he venido con el helicóptero, para facilitarle las cosas.

—¡Pero qué amabilísimo es usted! —ironizó Brigitte—. Aunque todavía no me ha dicho adónde tengo que ir.

—A Hong Kong.

Grogan se quedó mirando a Brigitte como temiendo más porfías, pero la hermosísima espía cerró el libro de poesías, suspiró, y dijo, más bien sonriente:

—¡Qué le vamos a hacer…! Lo que me pregunto es cómo se las arregla usted para privarme siempre de mis bien ganadas vacaciones. Pero bueno, si hay que ir a Hong Kong… ¡pues se va a Hong Kong, querido!

Capítulo II

El avión de la TWA. llegó a Hong Kong a media tarde del día siguiente. Y de él descendieron numerosos pasajeros, todos ellos todavía atónitos ante la belleza de su compañera de vuelo que ahora se apresuraba en ocupar el primer lugar para abandonar el aparato.

Las más hermosas piernas del mundo fueron la guía del camino que debían seguir todos hacia la revisión de pasaportes y demás formalidades del Hong Kong International Airport, en la península de Kowloon. Es una grata impresión ver Hong Kong desde el aire cuando se llega a la ciudad blanca, roja y verde escalonada en terrazas que ascienden hacia el Victoria Peak, atalaya de la isla, como formando insólitos jardines. Y el puerto, atestado de grandes barcos, de lanchones de pesca, de gabarras, de *ferries* que recorren el estrecho entre Hong Kong y Kowloon…

Sí, es una grata impresión ver Hong Kong.

Pero la mayoría de los pasajeros masculinos demostraban claramente tener otras preferencias y gustos respecto a lo que es o no es grato contemplar. Y así, fue Brigitte lo que escogieron para deleitar sus ojos. La bella espía internacional sabía que, como siempre, muchos pares de ojos estaban fijos en ella, pero, con su habitual displicencia sonriente, parecía no darse cuenta de nada.

Veinte minutos después de su llegada Brigitte tomaba un taxi, llevando por todo equipaje su bonito maletín que contenía todo cuanto pudiera necesitar una espía en funciones, a pesar de que aquella vez no parecía que el espionaje fuese a ponerse en marcha en la cosmopolita Hong Kong. Había prescindido de su equipo de viaje, dispuesta a ir de compras sobre el terreno. Sin duda Miky Grogan sufriría un colapso cuando le pasase la factura, pero así aprendería a no hacer promesas con tanta generosidad y ligereza.

El taxista chino se volvió hacia ella y la miró con expresión

inescrutable, pero muy relucientes sus negros y diminutos ojos inquisitivos.

—Lléveme al Celeste Hotel, en Victoria Road.

—Sí, señorita.

El taxi dejó pronto atrás el aeropuerto y luego Kowloon cuando en el embarcadero entró en uno de los *ferries* para pasajeros y vehículos. Resultaba no poco cómodo cruzar el estrecho sin tener que apearse del automóvil.

En pocos minutos el *ferry* llegaba a la costa de Hong Kong, y los pasajeros, la mayor parte de ellos chinos, se diseminaron por la ciudad rápidamente.

—He cambiado de opinión —sonrió Brigitte al taxista—: lléveme a la más lujosa tienda de modas de la ciudad.

—Sí, señorita.

Por entre un espeso tráfico en el que abundaban las bicicletas y los *rickshaws* el chófer condujo el taxi hacia el centro de la ciudad y lo detuvo ante una tienda de gran escaparate de un solo cristal y en el cual se mezclaba lo exótico oriental con los más clásicos y elegantes productos europeos. La tienda estaba situada en plena Victoria Road, y en lo alto de la fachada ostentaba el rótulo CHEZ MONIQUE.

—No podía ser de otro modo —sonrió Brigitte.

—¿Diga, señorita?

—Nada… Nada importante.

Pagó y se apeó, pensando que quizá sí tenía algo de importante el hecho de que la tienda que el chino consideraba más lujosa de Hong Kong fuese de nomenclatura francesa. Sí…, posiblemente no podía ser de otro modo. Y eso le encantó.

Media hora después salía de la tienda, tras haber encargado algunas prendas con la orden de que las llevasen inmediatamente al Celeste Hotel.

Apenas había salido a la calle cuando un chino detuvo su veloz marcha junto al bordillo y le sonrió, señalando el carrito al que iba uncido.

—¿*Rickshaw*, señorita? ¿Sí? ¿*Rickshaw*?

—De acuerdo —aceptó Brigitte—. ¿Sabe dónde está el Celeste Hotel?

—Oh, sí… Celeste Hotel, sí… Lejos, muy lejos de aquí Celeste

Hotel, pero yo llevo enseguida, corriendo mucho, mucho.

Brigitte casi soltó la carcajada…

—No soy inglesa, sino yanqui —dijo—, así que no es necesario que me hable en inglés *pidgin*, o sea; con ese simpático chapurreo tan famoso en el mundo. Tampoco soy turista, de modo que quiero llegar cuanto antes al Celeste Hotel, sin darme vueltas por ahí… lo cual es muy fácil, ya que está en esta misma avenida y no mucho más arriba. ¿*Okay*?

El chino asintió con la cabeza, sonriendo.

—Sí, señorita. La llevaré inmediatamente al Celeste Hotel.

—Está bien.

Efectivamente el hotel en cuestión estaba muy cerca de allí, pero la propina satisfizo tanto al *coolie* que estuvo haciendo inclinaciones hasta que Brigitte hubo desaparecido en su interior.

El vestíbulo del hotel era amplísimo, con dos terrazas que se asomaban a su parte interior, donde, en un gran patio, numerosas mesas y sillones de juncos rodeaban un estanque que tenía un surtidor en el centro.

Aquélla era la única nota un tanto oriental, acentuada por los grandes lotos acuáticos que se veían en el estanque.

Por lo demás el hotel era conservador, de aspecto serio, muy a la inglesa.

Un par de salones confortables, con grandes sillones, tiestos de gran tamaño, y un aire austero y acogedor a la vez contenían varios clientes cómodamente instalados conversando en voz baja o leyendo.

Un par de botones seguían a Brigitte desde la puerta tras el fracasado intento de hacerse con su equipaje, que no existía, por el momento. Cuando Brigitte se detuvo ante el largo y brillante mostrador de recepción, las miradas de los apacibles clientes habían dejado de atender los periódicos para clavarse en aquella deliciosa criatura que había despertado ecos con los tacones de sus zapatos.

—Buenas tardes, señorita —acogió el conserje—. ¿En qué puedo servirla?

—Buenas tardes —sonrió la divina—. Tengo una *suite* reservada a nombre de Brigitte Montfort.

—Un momento, por favor.

El conserje examinó el registro de entradas, y luego se quedó

mirando entre sorprendido y consternado a la muchacha.

—Lo siento —murmuró—… Debe de haber un error…

—¿Qué clase de error? —Frunció el ceño Brigitte.

—No tiene usted reserva, señorita.

—Imposible. Estoy segura de que sí.

—Lo lamento. El hotel está completo… Hemos tenido que habilitarlo todo para oficiales de la Marina americana, y luego, tantos periodistas…

—Un momento —tuvo una inspiración Brigitte—… ¿Quiere mirar si hay alguna reserva a nombre del Morning News?

—Con gusto, señorita.

Había una reserva a nombre del Morning News, efectivamente. De lo cual se alegró casi más el conserje que la propia Brigitte. Habría sido en verdad lamentable perder semejante cliente.

—*Suite* 507 —informó el conserje, tendiendo la correspondiente llave—. ¿Su equipaje…?

—Lo traerán pronto de Chez Monique. ¿Será tan amable de ordenar que lo suban inmediatamente?

—Desde luego —sonrió el hombre, que se iba deshelando por momentos—. Le ruego que no vacile en pedir todo cuanto desee, señorita. La serviremos con muchísimo gusto.

—Gracias, es usted muy amable.

Una seña atrajo a un botones, que recibió el encargo de acompañar a la bellísima cliente a su aposento.

—Ah, otra cosa —pareció recordar Brigitte—: ¿podrían proporcionarme unos cuantos diarios de los últimos días? En inglés, por favor.

—Por supuesto que sí. Se los enviaré inmediatamente.

—De nuevo gracias.

Cuando Brigitte tomaba el ascensor hacia el quinto piso un botones salía del hotel en busca de los periódicos pedidos. Y poco después el botones que acompañaba a la espía abría la puerta de la *suite*. Se dispuso a entrar detrás de Brigitte, pero ella le detuvo en el umbral, tendiéndole una moneda.

—Me las arreglaré sola. Gracias, chico.

—Gracias… Gracias, señorita.

Cerró la puerta, fue a abrir el ventanal, y se quedó contemplando la bahía, fascinada. Era de esperar que pudiese

disponer de tiempo para visitar Hong Kong en sus lugares más representativos.

Dio una vuelta de inspección por la *suite*, que constaba de saloncito, cuarto de baño y dormitorio. A un lado del saloncito había una puerta pequeña.

La abrió y se sorprendió al ver un despacho no muy grande, pero que desde luego le iba a resultar muy útil durante su estancia allí.

Satisfecha de todo entró por fin en el dormitorio, que era el lugar sobre el cual mostraba siempre más exigencias. La cama era grande, mullida, pulcrísima. Alfombras, dos sillones, un gran armarlo. Y un gran ventanal, que también tenía vista completa a la bahía.

Y de pronto vio aquella hermosa rosa roja sobre la mesita de noche. Se acercó y se quedó mirando el papel doblado que tenía clavado en una de las espinas.

Cogió ambas cosas, olió la flor, y estuvo unos segundos mirando el papel antes de decidirse a arrancarlo. Lo desdobló, y entonces vio el mensaje escrito en mayúsculas:

> *BIEN VENIDA A HONG KONG. ES DE ESPERAR QUE LA MÁS INTELIGENTE ESPÍA DE LA CIA Y ADEMÁS LA MÁS HERMOSA MUJER DEL MUNDO OBTENGA UN NUEVO ÉXITO EN SU TRABAJO. BUENA SUERTE.*

Se quedó mirando atónita el mensaje. Lo grave de aquello no era que alguien hubiese sabido con antelación que ella iba a llegar a Hong Kong y precisamente a la *suite* 507 del Celeste Hotel… Lo más grave era que quien así la recibía estaba en conocimiento de que la periodista del Morning News Brigite Montfort era una agente de los servicios secretos norteamericanos. Y eso lo sabían muy pocas personas en el mundo. Un mundo tan grande que resultaba imposible adivinar quién era el personaje que coincidía con ella en Hong Kong.

¿Le deseaban realmente suerte…, o era una ironía, un modo como otro cualquiera de sugerir una amenaza? Sobre todo ¿a qué creían que había ido ella a Hong Kong? Desde luego en aquel viaje no tenía ninguna misión específica de espionaje, pero, obviamente, alguien pensaba que Brigitte Montfort había llegado a aquella ciudad en misión que se apartaba del periodismo. Y, por tanto, era

lógico suponer que en Hong Kong estaba ocurriendo algo que interesaba a los, servicios secretos de varios países.

Esta sencilla y lógica suposición dejó no poco perpleja a Brigitte. Que ella supiese, nada importante sucedía. De haber sido así no habría sido Miky Grogan quien la habría enviado a Oriente, sino Charles Alan Pitzer, el jefe: del Sector New York de la CIA y por tanto su jefe directo en cuestiones de espionaje, el taimado tío Charlie… La pregunta era: ¿podía admitirse que en Hong Kong estuviese ocurriendo algo que ignorase la CIA?

«Absurdo —se dijo Brigitte—… Si lo saben otros servicios de espionaje lo tiene que saber también tío Charlie. Si él no lo sabe es que nada ocurre en Hong Kong… Nada importante, se entiende».

Lo único que ocurría era aquella concentración de navíos de la US Navy. Y estaban allí para recoger el cadáver de uno de los pilotos que prestaban servicios en las flotillas aéreas de un portaaviones… ¿O no era eso lo que estaba ocurriendo?

¿Quizá había algo más en aquella concentración naval norteamericana? Si ocurría…

La llamada a la puerta de la *suite* la sobresaltó. Dejó la flor sobre la cama y fue a abrir. Eran los empleados de Chez Monique, cargados de paquetes conteniendo su compra. Llegaban acompañados del botones que había salido en busca de los periódicos solicitados, y que se los entregó a Brigitte mirándola con los ojos muy abiertos, sin duda esperando una propina idéntica a la recibida por su compañero, en lo que no quedó defraudado.

—Espera —pidió Brigitte—… ¿Puedes hacer otra cosa por mí?

—¡Sí, señorita!

—Necesito una máquina de escribir. Si no hay ninguna disponible en el hotel tendrás que salir a comprarme una. Que sea pequeña y de poco peso. Pero la quiero nueva, con su estuche, no un trasto viejo. ¿*Okay*?

El chinito asintió, mirando fascinado aquellos fantásticos ojos azules que le obsequiaban ahora con la más luminosa de las sonrisas.

—Sí… Sí, señorita.

—Toma doscientos dólares, por si acaso. No me engañes demasiado respecto al precio; sólo de un modo razonable.

El botones se marchó, y Brigitte entró en el dormitorio, donde

los empleados de Chez Monique estaban colocando cuidadosamente los vestidos sobre la cama. La modista que acompañaba la expedición se ofreció:

—Si la señorita quiere que la ayude a vestirse…

—No, no, gracias. Todavía tengo cosas que hacer. Tenga: repartan esto entre ustedes.

El grupo de empleados de Chez Monique se despidió con numerosas reverencias, y Brigitte quedó de nuevo sola, pensativa. Sacó de su seno el papelito que había estado pinchado en una espina de rosa y lo volvió a leer.

Encogió los hombros al fin, y se dijo que aquel no era el momento de hacer cábalas.

Una hora después, ya bañada, perfumada, y vestida con uno de los modelos recientemente adquiridos, se sentaba en uno de los sillones del saloncito, encendía un cigarrillo, y se dedicaba a leer las noticias respecto a las actividades de la US Navy con vistas a la recuperación del cadáver del aviador.

Puestos los periódicos por fechas de edición tuvo la historia completa, hasta el momento; una historia que, en síntesis, no se apartaba lo más mínimo de la que le había contado Miky Grogan: choque en el aire de un aparato bombardero ligero y un nodriza, explosión de ambos, caída de los restos en la bahía Bias, o sea en aguas jurisdiccionales chinas, a unas cuarenta millas al nordeste de Hong Kong… Se habían salvado todos los tripulantes excepto dos, de los cuales se había recuperado el cadáver de uno, y se estaba procediendo a la búsqueda del otro.

Eso era todo. Y para escribir artículos al respecto y a sus posibles derivaciones políticas, o simplemente humanas, estaba Brigitte Montfort en Hong Kong. Pero, según parecía, había alguien que no creía que ella hubiese llegado a Hong Kong tan sólo para aquello, sino en alguna misión de espionaje.

Entonces… ¿existía espionaje en aquel asunto, en aquel… accidente… o incidente?

Llamaron a la puerta, y fue a abrir, pensativa. Era el botones que había enviado en busca de una máquina de escribir, y que mostró su adquisición.

—Tuve que comprar una, señorita. El conserje dijo…

—No te preocupes. ¿Ha sobrado algo?

—Sí, señorita.

El muchacho le dio el cambio, y Brigitte lo miró sonriente.

—¿Me has robado suficiente, o tengo que darte propina?

—Le he dicho el precio verdadero, señorita.

—Sé que me engañas, pero no importa. Toma esto, y gracias. Las gracias las dio de nuevo el chinito, muy expresivamente, y Brigitte lo despidió con un amable gesto. Pero cuando parecía que el botones iba a marcharse se quedó en el umbral, indeciso.

—¿Ocurre algo? —interrogó Brigitte, expectante.

—Usted también es periodista, ¿verdad, señorita?

—Sí. ¿Por qué dices «también»?

—Es que hay muchos en el hotel… y en Hong Kong estos días.

—Ya lo sé. ¿Te parece especialmente interesante?

—A mí no. Bueno, lo digo por los oficiales americanos.

—¿Qué oficiales americanos?

—Los que están alojados en el hotel. Hay varios… Creo que tres de ellos van a hablar con muchos periodistas dentro de poco. Están esperando en el Patio Azul.

—¿Una rueda de prensa?

—¡Sí! Eso es lo que he oído, sí.

—Bien… Agradezco tu información, simpático. Y como he venido a Hong Kong a trabajar supongo que no tengo más remedio que asistir, a esa rueda de prensa. Hasta luego.

Quedó nuevamente sola, otra vez pensativa. Bueno, sería interesante asistir a aquella rueda de prensa, no cabía duda.

Diez minutos después estaba lista para salir a trabajar. Sabía que la rueda de prensa no duraría mucho, o eso esperaba, al menos. Casi hubiese jurado que era una especie de… calmante para los impacientes periodistas. Les dirían cuatro cositas sin importancia y…

De repente frunció el ceño… Estaba razonando como si ya tuviese el convencimiento de que sucedía algo por debajo de aquel accidente simple y vulgar; con lo cual estaba mirando las cosas más desde el punto de vista de la espía que de la periodista. Aquel mensaje pinchado en la rosa la había alertado.

Sonrió al acordarse de la rosa.

Fue al cuarto de baño y salió con un vaso medio lleno de agua, que dejó sobre la mesita de noche. Puso la flor allí y la miró

complacida. Luego, en el despacho, se procuró un papel y escribió a mano y con letras mayúsculas:

AGRADEZCO SUS BUENOS DESEOS. ADEMÁS POR CIERTO SIEMPRE ME GUSTARON LAS ROSAS ROJAS. SUERTE.

Pinchó el papelito en una espina, sonrió de nuevo, y abandonó la *suite*.

Hubo un revuelo escandaloso cuando Brigitte apareció en el Patio Azul, que era el que tenía el estanque con los lotos flotando en las cristalinas aguas. Un montón de hombres se precipitaron hacia la muchacha, guardando sus blocks de notas y sus magnetófonos a pilas, en los cuales tenían que tomar nota de la conversación con los oficiales de la US Navy.

—¿Han abierto el Cielo?

—¿Aún quedan ángeles en el mundo?

—¿En qué habitación está, guapa?

—Me llamo James, y podríamos vernos después de la rueda…

—¿Pertenece a la US Navy? ¡Viva la US Navy!

—¿Quiere que vayamos a bailar a algún sitio exótico, hermosa?

—La invito a lo que quiera, diosa.

—¡Yo la vi primero!

—¡Y yo soy el más viejo de la profesión! ¡Cenará conmigo!

—¡Al diablo, viejo carcamal! Oiga, linda, si usted me lo pide me visto de chino y me dejo coleta… Brigitte miraba sonriendo de uno a otro galanteador. De pronto alzó una mano, y en el acto cesaron completamente las voces, las invitaciones… y otra clase de sugerencias.

—Señores —sonrió dulcemente—, temo que se están equivocando: yo soy solamente otro periodista que viene a pisarles la noticia… si puedo. De modo que no tienen por qué ser tan amables y simpáticos conmigo. De todos modos, muchas gracias.

Fue como un chorro de agua helada, sobre el grupo de admiradores. Pero sólo por unos segundos, porque enseguida volvieron a la carga, ofreciendo mil diversiones a cuál más conveniente… para ellos. Brigitte consiguió llegar hasta uno de los silloncitos de junco, y se dejó caer en él. Sacó su pitillera y encendedor, de platino y brillantes ambos, y se colocó un cigarrillo en los labios, arrancando con este simple gesto ardientes suspiros de

los pechos masculinos. No tuvo necesidad de accionar su encendedor, porque una docena de llamitas aparecieron ante ella. Siempre sonriendo la divina sopló con fuerza, dejando solamente tres llamitas encendidas. Volvió a soplar, con menos fuerza, y sólo quedó una. Entonces acercó el cigarrillo y lo prendió en la solitaria llama, en medio de otra avalancha de suspiros, ahora de decepción.

—¡Yo! —gritó uno—. ¡Yo he sido quien le ha encendido el cigarrillo!

El afortunado recibió el abucheo casi general. Casi solamente, porque no todos los periodistas que se habían enterado de la rueda de prensa estaban en el Patio Azul. Y porque, además, algunos se mantenían alejados del tumulto organizado inocentemente por Brigitte, la cual, con su característica agudeza, los clasificó muy pronto: los que no estaban a su alrededor eran alemanes, rusos, holandeses…

Junto ella estaban los norteamericanos, ingleses, franceses, italianos, españoles, portugueses… y hasta uno que parecía árabe. Seguro que era árabe.

—¿Puedo decir algo? —pidió Brigitte, consiguiendo hacerse oír.

Un «¡Sí!» palpitante de entusiasmo atronó el Patio Azul. Entonces la bellísima dio una chupadita a su cigarrillo, y preguntó:

—¿Qué es lo que está ocurriendo con eso del cadáver del piloto desaparecido?

De nuevo se hizo un denso silencio. Fue como si todos llegasen de pronto a la conclusión de que, consiguiesen o no salir a cenar y bailar con aquella hermosa mujer, ella iba a robarles la noticia extra por poco que pudiese.

—¿Nadie quiere contestarme? Acabo de llegar a Hong Kong, y creo que entre colegas no debería haber secretos…

La carcajada que estalló fue de antología. Desde luego la colosal representante del sexo femenino tenía un humor excelente, y acababa de demostrarlo al decir que entre profesionales del periodismo no deberían existir secretos.

—¡Yo no tengo secretos para usted! —exclamó uno—. ¡La adoro!

De nuevo se oyeron risas.

Y fue entonces cuando tres oficiales de la US Navy aparecieron en el Patio Azul, impecables, pulcrísimos, recién afeitados. Uno de ellos parecía cansado, pero mantenía los hombros erguidos

orgullosamente; era el más joven, el más apuesto, el más atractivo… Tanto que Brigitte se dijo que las cosas podían ponerse bien para ella a poco que se lo propusiera.

Los recién llegados saludaron a los presentes, cesaron las bromas y las risas.

La avidez periodística quedó patente enseguida, cuando los tres oficiales fueron rodeados por un nutrido grupo de codiciosos periodistas.

Siempre teniendo como portavoz al mayor de ellos, los tres oficiales norteamericanos, tras sentarse, fueron contestando a las preguntas, que llovían sobre ellos.

—¿Por qué no se permite fotografiar la zona, comandante?

—Porque está en aguas chinas. No vamos a complicar la vida a Estados Unidos por una foto más o menos.

—¿Todavía no ha sido hallado el cadáver del piloto?

—Todavía no, pero esperamos hallarlo pronto.

—¿Qué está ocurriendo en realidad, comandante Prayer?

—¿En realidad? No entiendo bien lo que quiere decir…

—Es opinión mundial que la US Navy está dando demasiada importancia a la recuperación de un cadáver.

El comandante Prayer frunció el ceño.

—¿Demasiada importancia? —murmuró—. Bien, digan esto en sus periódicos: el aviador era norteamericano. Para nosotros eso es lo suficientemente importante.

—¿Qué opina Inglaterra respecto a todo esto?

—¿Inglaterra? —sonrió Prayer—. No veo el sentido a esa pregunta, y en cualquier caso podrían hacérsela, a sus compañeros ingleses. Creo que aquí hay unos cuantos.

Se oyeron algunas risas. Y las preguntas continuaron… Pero no por parte de Brigitte. Posiblemente algunos de aquellos hombres serían tan buenos periodistas como ella misma. Incluso era naturalmente posible que los hubiera mejores. Pero, en general, parecía que todos carecían de aquel fino instinto que distingue al verdadero periodista, y no digamos al espía… La noticia existe, y es trabajo del periodista exponerla y explotarla. Pero lo que no es noticia, lo que es secreto, es misión del espía. Y en aquel terreno era poco probable que cualquiera de aquellos hombres pudiese aventajar a Brigitte Montfort, que cada vez estaba más convencida

de que allí había algo más de lo que se veía y oía en la superficie. Y sabía que, tal como había intuido, aquella rueda de prensa era como un minúsculo pedacito de pan dado a un hambriento.

Los demás podrían darse por satisfechos si querían, pero ella no… No. Ella no, desde luego.

—¿Cuándo se podrán visitar las zonas, comandante?

—No lo sabemos todavía.

—Pero… ¿por qué no está permitido exactamente?

—Calculamos que el exceso de visitantes a esa zona podría retrasar e incluso impedir el hallazgo del cadáver del piloto. Un exceso de embarcaciones, o de aviones o helicópteros produciría confusión a nuestros hombres encargados del radar y del sonar. Pensamos que es más conveniente mantener las aguas limpias de tráfico.

—¿Qué tendría de malo tomar unas fotos con teleobjetivo?

—La mayoría de ustedes lo ha hecho ya —sonrió Prayer—. Y como no han conseguido nada esperan que les digamos por qué. No han conseguido nada porque no hay nada por conseguir.

Hubo alguna tímida risa. Por supuesto que ningún periodista había dejado de intentar fotografiar la zona donde se reunía aquella buena parte de la flota norteamericana. Brigitte casi no oía nada. No le interesaba aquella mala información que era solamente repetición de lo que ya todos sabían. Estaba mirando al oficial que le había llamado la atención. Era alto, ancho de hombros, de rostro curtido; debía de tener alrededor de treinta años.

—¿Qué resultados puede darnos hoy el teniente Mc Coy?

Todas las miradas fueron ahora hacia el hombre que Brigitte estaba analizando, el más joven y atractivo de los tres oficiales. El comandante Prayer lo señaló desganadamente.

—Pueden preguntarle a él, pero no creo que vaya a proporcionarles más información que yo.

—Teniente Mc Coy, usted es el jefe de las exploraciones de los hombres-rana en la zona. ¿Qué puede decirnos?

El cansado y apuesto oficial yanqui encogió los hombros.

—Nada. Sería una presunción por parte de los *Frog Men* suponer que podemos obtener más resultados que los submarinos de bolsillo y los rastreadores mecánicos.

—¿No han encontrado absolutamente nada sus hombres?

—Nada. Es un trabajo duro la inmersión y búsqueda de algo de tamaño tan reducido en un mar como éste y a más de setenta brazas de profundidad. En algunos puntos esa profundidad, en forma de fosas, alcanza incluso las quinientas brazas. Temo que nosotros podremos hacer muy poco en esta búsqueda.

—Entonces preguntaremos al…

Se dirigieron al otro oficial, más menudo, sonrosado y blando, por lo que Brigitte comprendió pronto que se trataba de uno de los hombres que dirigían la búsqueda mecánica.

Pero sabía que nada de lo que pudiese decir aquel hombre sería nuevo. Todo cuanto dijera habría sido ya descubierto, notificado o elucubrado por aquella nube de periodistas ansiosos… Total: nada. Los tres oficiales de la US Navy parecían haber sido elegidos para contestar preguntas sin dar respuestas. Hablaban, contestaban, sonreían, explicaban…, pero no decían nada, no aclaraban nada.

Y fue justo en aquel momento cuando Brigitte Montfort supo que lo que estaba sucediendo requería con mucha más urgencia el trabajo de la espía que de la periodista. Todavía no sabía por qué, pero estaba segura de que la espía tenía que entrar en funciones. Y el mejor modo de hacerlo era dejar que aquellos hombres charlasen todo cuanto quisieran… mientras ella iba a dar un paseo, cenaba exóticamente cualquier *pancitería* típica, daba un paseo por Hong Kong, y luego se acostaba.

Una vez en la cama dedicaría dos horas a pensar y ocho a dormir. Estaba segura de que después de tan estupendas actividades ella estaría en condiciones de conseguir algo realmente positivo de aquel viaje al Lejano Oriente.

Capítulo III

A las ocho de la mañana del día siguiente estaba en los muelles de Hong Kong, en la parte de los pescadores chinos. Empezó a notar el desagradable olor mucho antes de ver el humo que salía de algunas de las toscas chimeneas de los pesqueros planos. En las cubiertas de aquellos pesqueros, se veían muchos niños desnudos y jovencitas así mismo poco menos que desnudas. El agua tenía un tono gris tirando a rojo, extraño, brillante y sucio a la vez. Se oían muchas voces y, de cuando en cuando, llegaba hasta allí el sonido de las sirenas de los grandes cargueros que realizaban viajes costeros o hacia Filipinas, Malaca, Borneo, Macao, India…

Por un momento estuvo a punto de desistir de su idea. Pero la obligó a continuar adelante la certidumbre de que si intentaba alquilar una lancha en otro sitio no lo conseguiría jamás, ya que todas habrían sido alquiladas anteriormente por los demás periodistas. En cuanto a comprar una, cosa muy fácil, habría resultado un despilfarro, ya que los servicios de guardacostas de la US Navy debían de ser severísimos en torno a la flota, de modo que nadie podría acercarse a la zona ocupada.

De pie en la cubierta de uno de los pesqueros un chino joven y vestido sólo con unos *shorts* rojos y mugrientos la miraba con mucho interés. De cuando en cuando sus estirados párpados se agitaban, pero las pupilas permanecían fijas en Brigitte, como una cámara tomando una extraordinaria película. Tenía la cabeza completamente afeitada, y sus manos eran grandes, fuertes. También sus hombros resultaban extraordinariamente anchos para su edad, que Brigitte calculó en unos quince o dieciséis años.

Se dio una vuelta más por el embarcadero, y cuando regresó al mismo lugar el chinito estaba sentado en el borde del pesquero, con los pies hacia el agua. Tenía en la mano izquierda un cuenco lleno de arroz, y en la derecha un par de palillos que manejaba sin mirar,

porque estaba muy ocupado estudiando ávidamente a Brigitte.

Ella se detuvo en el borde del muelle y le envió una sonrisa.

—Hola —saludó.

—Hola —correspondió el muchacho.

Dejó de comer. Según parecía el espectáculo que significaba tan hermosa mujer era motivo más que suficiente para dejar de manejar los palillos. No tendría muchas ocasiones más, en toda su vida, para poder mirar a sus anchas a una mujer de aquella calidad.

—Estoy buscando una lancha —dijo Brigitte.

El chinito recuperó sus movimientos. Los palillos llevaron tres porciones de arroz a su gran boca simpática, de blancos dientes fortísimos, antes de preguntar:

—¿Qué lancha?

—Una.

—¿Cuál?

—Una cualquiera. ¿Hablas bien el inglés?

—Mejor que el chino. ¿Está intentando comprar una lancha?

—La compraría si fuese necesario.

—¿Es periodista?

Brigitte consiguió ocultar su sorpresa bajo una de sus encantadoras sonrisas.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque hace tres días que vienen aquí muchos periodistas buscando una lancha… Una lancha cualquiera, y ofrecen pagar por ella cualquier precio.

—Entonces supongo que no quedarán muchas por vender.

—No ha sido vendida ninguna. Un buen precio sería aquel que permitiese a sus dueños vivir toda la vida sin trabajar. Pero no ha sido así. Y nosotros necesitamos las lanchas para trabajar… toda la vida.

—Yo sólo la necesitaría un par de días. Y en ese tiempo creo que podría pagar lo bastante para que quien me la alquilase viviese un par de años sin trabajar. Pero supongo que no encontraré ninguna.

El chinito se dedicó nuevamente a engullir el arroz blanco. Lo hacía con aparente prisa, pero en realidad muy despacio, con movimientos bien estudiados. Masticaba bien, engullía, volvía a llevarse una porción de arroz a la boca… De pronto dejó el cuenco vacío a un lado y se guardó los palillos en la cintura, entre los

pantalones y la carne, muy cerca del ombligo. Se metió en la choza construida en la cubierta del pesquero, y eso fue todo lo que Brigitte supo de él, por el momento.

Pero dentro de la choza maloliente el muchacho se dirigía ahora a un chino de barba blanca, sentado en un rincón con expresión estólida, cruzadas las piernas; su mente debía de estar muy lejos de allí en aquellos momentos.

—Abuelo —llamó el muchacho, en chino.

El anciano ni siquiera parpadeó. Continuó en su postura estatuaria, impávido, fijos los negros y diminutos ojos hundidos en profundos pliegues de piel amarillenta. El muchacho fue hacia donde una china gorda, de mediana edad, estaba reparando un montón de redes, ocupando tan poco espacio que habría asombrado a cualquier pescador europeo o americano.

—¿Ha fumado el abuelo, madre?

—Sólo una pipa.

—El opio va a matarlo. A veces creo que no es bueno tener dinero.

—Déjalo… De todos modos va a morir muy pronto, Lin. ¿Por qué entristecer su corta vida?

—Aún será más corta si fuma opio.

—¿Qué más da? Él ya ha vivido. Y sólo pide que le permitamos morir a su manera, dichoso, tranquilo… El muchacho se acercó a una estantería y tomó una tetera de porcelana china falsificada. De ella sacó un paquete de cigarrillos americanos, encendió uno, y miró de nuevo al viejo fumador de opio.

—Madre, nosotros estamos viviendo la realidad, pero el abuelo vive con muchos años a su espalda… Con unos años que no le dejan vivir el presente, sólo el pasado.

—No importa, hijo mío. La vida que ahora tenemos es sólo como un vestido para el cuerpo. Mi padre morirá, pero será para buscar otro cuerpo mejor.

—¿Crees que su alma pueda reencarnar en un nuevo cuerpo americano?

—¡No! Eso nunca, hijo mío.

—Los americanos no tienen nada de malo —sonrió el muchacho —. Son un poco estúpidos, ingenuos, patosos…, pero no son malos.

—Son mejores los chinos.

Lin sonrió agradablemente.

—Tú también vives un poco en el pasado, madre. ¿Por qué será que siempre es el recuerdo de la primera juventud el que tiene más fuerza en las personas?

La china miró hoscamente al muchacho.

—Lees demasiados libros, Lin, hijo mío.

—Supongo que sí. ¿Crees que será malo que insista en hablar con el abuelo ahora?

—No… Llámalo suavemente. No le grites, ni lo toques. Ve llamándolo, y él te contestará. Su alma regresará pronto a su cuerpo, y podrá atenderte.

—Todo eso son tonterías, madre.

—¡Lin!

El chinito encogió los hombros, y se dedicó a fumar. Esperó a terminar el cigarrillo, lo cual hizo rápidamente. Luego, tras tirar la colilla al agua por un ventanuco, se acuclilló delante del anciano.

—Abuelo… Abuelo, soy Lin… Tengo que hablar contigo ahora mismo.

El anciano movió los párpados. Segundos después su mirada pareció regresar, un tanto vacilante. Pasó sobre el muchacho, hacia uno de los ventanucos, hacia el cielo azul… Luego volvió una vez más al muchacho, y en pocos segundos fue asimilando la imagen de éste.

—¿Quieres hablarme, Lin Yuey?

—Sí, abuelo… Ella está aquí.

—¿Ella?

—La chica americana. Está en el muelle, esperando.

—¿Estás seguro de que es ella?

—Tienes que enseñarme su fotografía, abuelo. Creo que es ella, porque no puede haber otra tan hermosa…, pero quiero ver su foto.

El anciano metió su sarmentosa mano entre los pliegues de sus mugrientas ropas y sacó una fotografía que olía fuertemente a sudor, a sucio, a pescado, a opio… La tendió al muchacho, preguntando:

—¿Es ella?

Lin Yuey contempló durante algunos segundos el rostro de Brigitte Montfort, impreso fotográficamente.

—Sí, abuelo, es ella. Está buscando una lancha, tal como nos

dijeron. Y nosotros tenemos que proporcionársela.

—¿Te ha pagado?

—Todavía no… Pero dice que puede pagar tanto que estaríamos dos años sin trabajar. O lo que aún es mejor, podrías tener todo el opio que quisieras durante mucho tiempo.

—Si el precio del nirvana es dejarle la lancha a esa mujer, se la dejaremos.

—Abuelo, el nirvana va a matarte. Eso de unir tu alma con la divinidad significa solamente la muerte.

—¿Qué estás diciendo, Lin Yuey?

—Nada —suspiró el muchacho—. Nada, abuelo… Voy a ir ahora al embarcadero, y le diré a la mujer de la foto que podrá disponer de una lancha. Eso es lo que nos ordenaron… y nos pagaron por hacerlo. Por eso puedes tú fumar opio ahora.

—Eres un gran hombre, Lin Yuey, y dentro de pocos años aún lo serás más. Puedes ir a decirle a esa mujer que tendrá lo que pide. Pero no permitas que te pague poco: ella debe de tener mucho dinero.

—Sí, abuelo, le pediré mucho dinero. Y le exigiré que me pague en dólares americanos, no en dólares de Hong Kong.

—¿Qué importa? Los dólares de Hong Kong son tan buenos como los de América.

Lin Yuey volvió a encoger los hombros, diciendo:

—Volveré pronto.

Salió de la pestilente choza, y se quedó mirando a Brigitte, que se alejaba lentamente hacia el otro extremo del muelle. Parecía que la mujer americana no tenía mucha paciencia… O quizá era que tenía demasiado orgullo. Lin Yuey saltó los dos metros que separaban su pesquero del muelle con gran facilidad, y caminó por éste hasta llegar cerca de Brigitte por detrás.

—Señorita…

Brigitte se volvió, y contempló con aparente indiferencia al muchacho chino. La asombró encontrarlo limpio, sin demasiados olores en su cuerpo erguido… Tenía la mirada inteligente, viva.

—¿Qué quieres?

—Creo que podemos alquilarle una embarcación.

—Está bien. Es posible que después de examinarla acepte el trato. ¿Dónde está?

—Le costará quinientos dólares americanos.

—Es un precio de ladrones, pero si me gusta la embarcación estoy dispuesta a pagarlos.

—Venga conmigo.

Regresaron hacia el plano pesquero donde el abuelo de Lin Yuey estaba, posiblemente, fumando otra pipa de opio que le llevaría nuevamente al nirvana. Pero no se detuvieron allí, sino que continuaron otros treinta metros. Al cabo de éstos Lin Yuey señaló la embarcación que ofrecía por quinientos dólares americanos.

—Ésa es —informó.

Brigitte se quedó contemplando incrédulamente la pequeña embarcación, también de fondo plano, y con una vela increíblemente apedazada por todo sistema de propulsión. Olía tan mal como el pesquero grande, sólo que, además, era seguro que jamás podría alcanzar la misma velocidad que éste, que poseía tres velas y pivotes para el manejo de cuatro remos por lo menos.

—No me sirve —dijo secamente Brigitte—: no hay trato. El muchacho sonrió con evidente guasa.

—Sería conveniente que viniese conmigo al pesquero, señorita. Quizá pueda convencerla de que no va a encontrar nada mejor… ni peor.

Saltó a la embarcación y tendió la mano a Brigitte, que tras ligera vacilación la aceptó. El muchacho se plantó cómodamente con las piernas bien separadas en la proa.

—La bahía Bias está a unas cuarenta millas de aquí. Creo que podemos recorrerlas en unas dos horas… ¿Le parece demasiado tiempo?

—¿Dos horas? —se burló ahora Brigitte—. ¡Con esto no podríamos recorrer esas cuarenta millas ni en todo el día!

—Bastarán dos horas escasas. Tengo un motor que puede ser acoplado al pesquero. Y gasolina. Claro que… el motor y la gasolina le costarán otros quinientos dólares.

Brigitte se quedó mirando fijamente al chinito.

—Pagaré los mil dólares por disponer de esta embarcación durante tres días. Y si quedo satisfecha te daré otros mil dólares extras. Pero serán voluntarios, se entiende que no tendrás derecho a exigirlos.

—¿Exigir? —sonrió irónicamente Lin Yuey—. Hace tiempo que

sé que no puedo exigir nada. Deme mil dólares ahora y dentro de tres días deme lo que quiera… lo que considere justo.

—De acuerdo.

Brigitte abrió su bolsito, sacó un fajo de billetes, y separó mil dólares, que tendió al muchacho. Éste los tomó y los guardó en un bolsillo, sin mirarlos siquiera.

—Saldremos cuando usted quiera —dijo—. Tendré que navegar a remos y vela durante una milla. Luego, ya fuera de Hong Kong, pondré en servicio el motor… Está debajo de esos cestos de pescado, y también la gasolina está ahí.

—¿Habéis alquilado esta lancha a alguna otra persona antes?

—No.

—Entonces no entiendo que tengáis gasolina y un motor escondido. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Estábamos esperando hacer un buen negocio.

—Ya. ¿Cuántos hombres han ido hacia bahía Bias en estos tres últimos días?

—Partiendo de aquí, ninguno. Nosotros no hemos alquilado la embarcación a nadie.

—¿Y a mí sí? ¿Por qué?

Lin Yuey encogió los hombros.

—Por mil dólares. ¿Cuándo quiere que salgamos?

—Ahora.

—Está bien. Vuelvo enseguida.

Saltó de nuevo al muelle. Brigitte lo vio llegar al otro pesquero, más grande pero más maloliente. Luego lo vio salir, y para llegar a la otra embarcación no utilizó el embarcadero, sino que fue saltando ágilmente de pesquero en pesquero. Cuando llegó no dijo nada. Se proveyó del largo remo y empezó a empujar la embarcación fuera del puerto, de aquel nauseabundo rincón. Sólo cuando esto estuvo conseguido Brigitte preguntó, fija su mirada en la potente musculatura del joven chino:

—¿Cómo te llamas?

—Joe.

—¿Cómo?

—Lin Yuey. Pero será mejor que usted me llame Joe… A ustedes les resulta más fácil así, y a mí no me molesta.

Brigitte contemplaba atentamente al avispado chino. Por

supuesto ella sabía ya que no era un pescador vulgar, o un coolie que vivía en una embarcación de pesca con olor a putrefacto.

—Te llamaré Lin, que es tan fácil como llamarte Joe —sonrió—. ¿Te parece bien? Lin Yuey efectuó uno de sus característicos encogimientos de hombros.

—Pronto podremos poner el motor —dijo—. Y en menos de dos horas estaremos en Bahía Bias.

* * *

Brigitte miró irónicamente a Lin Yuey.

—Supongo que quisiste decir en menos de tres horas, Lin.

—Lo siento —dijo el chinito, impávido—: el motor no va tan bien como yo creía.

—Eso es evidente.

Contestó distraída, porque estaba mirando las embarcaciones norteamericanas que ocupaban aquella zona formando un círculo en cuyo interior debía suponerse que estaba el cadáver del piloto desaparecido. Unas cuantas torpederas vigilaban exteriormente la zona, describiendo círculos en torno a los poderosos navíos de guerra.

Y una de esas torpederas se acercó velozmente al mugriento pesquero en cuanto éste se aproximó demasiado a la zona de búsqueda. A la izquierda, cerca de la costa, se veían no menos de diez pesqueros diseminados.

—Tendremos que desviarnos —murmuró Brigitte—… No creo que nos permitan acercarnos más.

—Desde luego que no —dijo Lin—. Pero si quiere la llevaré hacia la costa. Conozco un lugar desde el cual podrá ver más de cerca lo que están haciendo los marinos yanquis.

—¿Tendremos que mezclarnos con los otros pesqueros?

—No —dijo secamente Lin—. No será necesario que tenga usted que soportar tanto. Además, son chinos continentales… No creo que admitiesen de buen grado su presencia.

—Llévame a ese lugar de la costa.

Tardaron otra media hora en llegar a aquel punto, pasando por entre diminutas islas y estrechos de poco fondo, en algunos de los cuales las rocas estaban a menos de dos brazas de la superficie. Pero

según parecía Lin Yuey conocía bien aquella aguas, y llevó su pequeño pesquero al lugar elegido sin ningún contratiempo.

Brigitte se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Es una broma, Lin? Desde aquí no se ve absolutamente nada. Esas rocas tapan toda la visibilidad. Lin Yuey se permitió una sonrisa.

—Esas rocas son las que nos ocultan a nosotros de la vigilancia de las lanchas yanquis, señorita. Tampoco los pescadores chinos pueden vernos. En cambio, si usted desembarca, puede encontrar un buen lugar desde el cual alcanzará a verlo todo sin ser vista.

—Es una buena idea —aceptó Brigitte—. ¿Vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí, si no le importa.

—Pues… no. No me importa. Volveré lo más pronto posible.

—No tenga prisa… Y vaya con cuidado.

Brigitte asintió, tomó su bolsa deportiva, y saltó a tierra firme. Luego caminó hacia el interior, buscando el punto desde el cual pudiese tomar algunas fotos y observar aquellas aguas con cierta comodidad. Lo encontró unos doscientos metros al norte, siguiendo la costa. El terreno se elevaba, roquizo, unos siete metros sobre el nivel del mar. No era gran cosa para dominar visualmente toda la bahía, pero sí parecía un lugar en el cual podría estar bien oculta.

Subió por las rocas, encontró un hueco pequeño y cómodo, y se sentó. Veía mejor que antes los navíos norteamericanos, y, siempre cerca de la costa, los pesqueros chinos, que se mantenían fuera de los círculos de vigilancia de las lanchas torpederas norteamericanas. Según parecía los chinos no tenían nada que oponer a que en sus aguas se acumulasen unos navíos yanquis que no permitían acercarse a los pesqueros que, a fin de cuentas, faenaban en aguas propias. Lo cual sorprendió no poco a Brigitte.

Abrió la bolsa y sacó unos prismáticos. La noche anterior, antes de cenar y retirarse a descansar, había comprado algunas cosas que le iban a resultar útiles, sin duda alguna. Enfocó los prismáticos hacia el portaaviones, que parecía la base de todas las operaciones de rescate. Luego examinó el resto de los navíos, pero los despreció pronto para regresar su atención al portaaviones. Junto a éste había una gran plataforma, al lado de babor y hacia la proa. Era un cuadrado cuyos lados medían no menos de quince metros, y parecía de material plástico. Sobre ella había algunos hombres-rana,

maquinaria de sondeo, una grúa, oficiales de uniforme…

Brigitte bajó los prismáticos lentamente, recorriendo con ellos el mar desde el portaaviones hacia la costa donde se hallaba ella. Y, de pronto, se sorprendió al encontrar en ese recorrido visual uno de los pesqueros chinos. Prescindió de los prismáticos para abarcar mejor con la mirada el conjunto de pesqueros, y nuevamente se sorprendió al ver los mismos que antes y en el mismo sitio… El que había enfocado con los prismáticos sin proponérselo no formaba parte del grupo que se veía claramente cerca de la costa. Al igual que ella, parecía estar escondido entre las rocas de la playa. Había dos hombres en la cubierta; dos pescadores, según parecía.

Fruncido el ceño Brigitte dejó los prismáticos a un lado y sacó la cámara fotográfica que había comprado la noche anterior. También sacó el potente teleobjetivo y lo acopló a la cámara. Luego apuntó ésta hacia el portaaviones, la plataforma, el resto de los navíos y las torpederas de vigilancia… En menos de tres minutos había conseguido una estupenda serie de fotografías en color que esperaba fuesen muy interesantes para ilustrar su reportaje periodístico. Reportaje que, por el momento, tendría que ser tan poco informativo como los ya leídos por ella en otros periódicos.

Finalmente buscó el pesquero chino solitario en el visor de la cámara. Lo tenía a menos de setenta metros, metido entre rocas cercanas a la playa. Los dos hombres chinos seguían en el mismo sitio. Parecían esperar algo. Tomó dos fotografías más, y una tercera cuando uno de los chinos se movió acercándose a la borda. Luego tomó un par de fotos de la decena de pesqueros que no ocultaban su presencia, y regresó su atención al que estaba escondido entre rocas. El otro chino también se había acercado a la borda, y se arrodilló junto a su compañero, mirando hacia el agua. Posiblemente tenían colocada alguna red y calculaban que era el momento de tirar de ella. Brigitte tomó otra foto. Y todavía otra, cuando los dos chinos tendían sus manos hacia el agua…

Un objeto frío entró en contacto con su nuca, y la espía se estremeció; no por el frío en sí del objeto, sino porque sabía que era una pistola lo que tenía presionando en su nuca… Le fue arrebatada la cámara fotográfica. La pistola dejó de estar en contacto con su nuca, y Brigitte comprendió que no había inconveniente en que se volviera.

Lo hizo muy despacio, tranquila.

Y vio ante ella un chino menudo, regordito, de astutísimos ojos negros que la escrutaban fríamente. Empuñaba la pistola con firmeza y decisión inequívocas, apuntando al pecho femenino.

Brigitte consiguió sonreír.

—Hola —saludó simpáticamente—… ¿No está permitido tomar fotografías aquí?

El chino vestía como un pescador, pero no olía a pescado, ni a pesquero mugriento, ni a humo… Sus ropas eran quizás un tanto andrajosas, pero lo último que podía decirse de él es que fuese un hombre sucio. Llevaba el cabello bien cortado, sus manos estaban cuidadas y limpias…

La pistola se movió lateralmente, indicando el camino hacia el interior.

—¿No habla inglés? —Pareció condolerse Brigitte—. Mire, yo soy periodista y estaba…

La pistola se movió ahora con más energía, perentoriamente. Luego señaló la bolsa deportiva de Brigitte, y de nuevo hacia el interior. Brigitte comprendió. Recogió los prismáticos, los guardó, echó la bolsa al hombro por medio de los cordones, y se puso en pie, iniciando el descenso de aquella roca. El chino se apartó, y Brigitte oyó sus leves movimientos tras ella, hacia el terreno llano de la playa.

Se volvió cuando llegó allá, y miró amablemente a su captor.

—No estaba haciendo nada prohibido… Son muchas las personas que toman fotos de los navíos con teleobjetivo, y aunque la costa sea china no creo que…

El chino le quitó la bolsa de un manotazo, la dejó en el suelo, y se arrodilló junto a ella, sin dejar de apuntar a Brigitte. Metió la mano en la bolsa y comenzó a hurgar en su interior. De pronto quedó completamente inmóvil unos segundos, y luego sacó muy despacio la mano, con la pistola de Brigitte en ella. Miró malignamente a la muchacha, y de nuevo metió la mano en la bolsa, para sacar ahora el pequeño silenciador fabricado especialmente para la pistolita de cachas de madreperla. Lo dejó todo a un lado, se incorporó, y ordenó por señas a Brigitte que se volviese de espaldas a él. Brigitte obedeció, y enseguida notó las manos del chino recorriendo su cuerpo, primero por la espalda, sin

dejar de examinar al tacto ni un centímetro cuadrado. Luego la mano pasó delante y procedió al mismo registro meticuloso, mostrándose aquí mucho más insolente y grosera, toqueteando gratuitamente los turgentes pechos de la espía.

Ésta se mantuvo rígida, inmóvil, hasta que la mano masculina llegó a su cintura. No llevaba más armas, pero por poco que pudiese el chino iba a lamentar haberse metido con ella. Notó la pistola en la cintura y el aliento del hombre en su nuca. Como había esperado; el hecho de que ella llevase o no llevase armas empezaba a perder importancia para el chino, que se iba entusiasmando tanto que el cacheo tomaba claramente otros derroteros…

Lo pensó, y lo hizo de pronto, en menos de un segundo.

Se volvió velozmente, apartando la mano armada con un codo, con seco golpe, y dirigió las dos suyas hacia la mano libre de hombre. La llevó delante de su pecho y giró violentamente hacia el lado contrario. El chino lanzó una exclamación cuando salió lanzado hacia delante, girando merced a aquella inesperada proyección de judo. Rodó por la arena un par de veces antes de poder detenerse, y entonces se revolvió a toda prisa contra Brigitte, alzando la pistola.

El punterazo de Brigitte le acertó en la muñeca, y la pistola escapó de la mano para caer lejos de allí. Casi enseguida el otro pie de Brigitte se estrelló, de punta, en un ojo del chino, sacudiéndole ferozmente la cabeza y haciéndole rodar de nuevo sobre la arena. Quedó de bruces, y, cuando intentaba incorporarse, de nuevo el pie de Brigitte cayó sobre él, ahora en su nuca, hundiéndole la cara en la arena, con fuerza.

Inmediatamente Brigitte saltó hacia su pistolita. Llegó rodando hasta ella, la recogió junto con el silenciador, y todavía rodando lo acopló con hábil movimiento, apuntando enseguida al chino, que se había puesto en pie, jadeando, y abría la boca dispuesto a lanzar un grito de aviso, según le pareció a Brigitte.

Ella apretó el gatillo de su pistola. Se oyó el suave «plof», y el chino quedó con la boca abierta, inmóvil. Tenía la cara y los ojos llenos de arena, y uno de los ojos tenía la arena pegada dolorosamente a la sangre que brotaba de él, debido al punterazo propinado por Brigitte. Ésta volvió a disparar, y junto a la primera manchita de sangre aparecida en el pecho del chino apareció otra,

que se unió a la primera. El chino retrocedió torpemente un par de pasos. De pronto cayó de rodillas, y, por fin, de bruces.

Brigitte recogió rápidamente sus cosas y echó a correr hacia el lugar donde la estaba esperando Lin Yuey con el pesquero a motor. Pero se detuvo en seco cuando estaba a menos de treinta metros, y procedió a asomarse cautelosamente por entre las rocas, mirando hacia el punto convenido para la espera.

Vio a Lin Yuey. Y a los dos chinos que estaban con él en el pesquero. También vestían como pescadores, pero la espía sabía ya que aquellos hombres se dedicaban a una pesca muy especial: la del ser humano…

Tomó la cámara, todavía con el teleobjetivo acoplado, y obtuvo dos fotos de los chinos. Luego dejó la bolsa escondida, y, llevando su pistola en la mano, rodeó aquellas rocas, calculando que podría ver más de cerca la lancha. No fue así, porque aquellas rocas se adentraban en el agua, ocultando el pesquero de Lin Yuey.

Sin vacilar Brigitte se metió en el agua, caminando cuidadosamente, con la pistola en alto. Cuando llegó al extremo de las rocas el agua le llegaba justo a los senos. Asomó la cabeza y vio el pesquero más cerca. Uno de los chinos estaba preguntando algo a Lin Yuey, y la respuesta que éste le dio no debió de satisfacerle, pues le golpeó en la frente con la pistola. Luego, cuando el muchacho estaba en el suelo, le dio un puntapié en los riñones…

Brigitte no esperó más.

Apuntó cuidadosamente y disparó.

El chino que se disponía a golpear nuevamente a Lin Buey fue empujado hacia el agua al recibir el balazo en la espalda. El otro se volvió, dejando de mirar hacia la playa al oír el chapoteo en el agua producido por la caída de su compañero… Quedó desconcertado, pero enseguida miró a Lin Yuey y comenzó a apuntarle con su pistola.

Brigitte volvió a apretar el gatillo, y la cabeza de hombre estalló en rojo.

Dio un par de vueltas sobre sí mismo, verticalmente, antes de caer al agua, casi en el mismo sitio que el otro.

Lin Yuey se puso en pie de un salto, mirando a todos lados. Vio a Brigitte, que le hizo señas antes de recorrer el camino acuático a la inversa. Recogió la bolsa y salió corriendo hacia el pesquero.

Cuando saltó a él, completamente mojada, Lin Yuey se quedó mirándola con expresión indefinible, inexpresiva…

—Despierta, Joe —rió Brigitte—, y larguémonos de aquí inmediatamente.

Lin asintió con la cabeza, y puso el motor en marcha. La playa rocosa fue quedando atrás. Pero Lin esperó a hablar a que estuviesen no menos de media milla mar adentro, ya salvados los escollos y los islotes.

—Eran tres —dijo—… ¿No vio al otro?

—Oh, sí… Lo vi.

—¿Lo mató?

Brigitte le miró fijamente.

—No tuve otro remedio. Igual que a los dos que estaban contigo. Tenía que elegir entre mi vida y la tuya y la de ellos tres. La elección era muy fácil, Lin. Yo necesito mi vida… y te necesito a ti para que manejes esto. ¿Qué te estaban diciendo?

—Querían saber quién había venido conmigo y dónde estaba.

—¿No se lo dijiste?

—Dije que no sabía… Uno de ellos se fue a buscarla, y los otros dos quedaron esperando a que volviese. Cuando el otro empezó a tardar demasiado insistieron en preguntarme quién había venido conmigo, y se estaban enfadando.

—¿No les dijiste que era una mujer?

—No.

—Buen chico… Ahora tendrás que mirar hacia otro lado durante el tiempo que tarden mis ropas en secarse.

—Pasaremos cerca de otras lanchas y pesqueros dentro de poco. Hay muchos periodistas que han conseguido lo mismo que usted.

—¿Lo mismo que yo? Lo dudo, Lin. Ellos no han llegado hasta ese punto de la bahía… ¿No conocen tus compatriotas el camino entre los escollos?

—Lo conocen —sonrió Lin—, pero ellos no han querido llegar allá.

—¿Por qué? ¿Y por qué tú sí has querido llevarme hasta ese punto peligroso?

—Por mil dólares.

Brigitte frunció el ceño.

Naturalmente el chinito le estaba mintiendo, ya que estaba

segura de que cualquiera de sus colegas concentrados en Hong Kong para obtener noticias habría pagado más de mil dólares a cualquier pescador chino por ser llevado al punto que ella había visitado.

—Me estás mintiendo, Lin.

—Es posible.

—¿Por qué tú te has arriesgado a lo que no se ha atrevido ningún otro pescador? Ellos no han querido llegar allá. No les importa la cantidad, porque temen acercarse a un lugar donde pueden ser atrapados por los chinos continentales… Por eso alquilan sus lanchas o pesqueros, y se acercan muy prudentemente. ¿Por qué tú no has hecho lo mismo?

—Será mejor que se quite pronto la ropa mojada. Se le secará enseguida al sol.

—¿Sabes una cosa?: me estás irritando… Casi lamento haberte salvado la vida.

Lin Yuey la miró afectuosamente ahora.

—De todos modos yo le estoy agradecido… y sepa que mi vida es suya. Le pertenece, puesto que usted la ha salvado.

Brigitte hizo un gesto displicente.

—Tal vez se me ocurra algo que hacer con tu vida. De momento, vuélvete, pues voy a tomar un rato el sol mientras se secan mis ropas. Y procura no pasar cerca de ninguna embarcación, aunque tengamos que rodear un poco. Ya no hay prisa.

—Está bien.

—Y no mires.

—Lo intentaré.

Brigitte se echó a reír. Segundos después yacía desnuda al sol mientras su ropa se secaba.

Desde luego los últimos acontecimientos le estaban dando la razón al misterioso ser que le había enviado la rosa roja y la nota. Y la periodista Brigitte Montfort empezaba a ser arrinconada por la espía Brigitte Montfort… Quizá sería buena idea ponerse en contacto con tío Charlie. Podía enviarle un telegrama, o llamarlo por teléfono a Nueva York… Pero sería mejor esperar todavía un poco.

De momento lo que más le seducía era llegar cuanto antes al hotel, bañarse, tomar un aperitivo, y encargar uno de aquellos típicos almuerzos chinos.

Capítulo IV

Cerca de la una y media Brigitte aparecía en el bar del hotel, absoluta e indiscutiblemente divina. Casi todos los periodistas alojados en el Celeste estaban ya almorzando, y del comedor llegaba un animado rumor de voces. La mayoría también habían estado aquella mañana merodeando por la zona de exploración, pero Brigitte tenía la impresión de que ninguno había llegado tan al fondo como ella, gracias al avispado Lin Yuey, que le había asegurado al despedirse que le encontraría en el muelle siempre que lo necesitase durante los tres días comprometidos.

Una sorpresa agradable para Brigitte fue la visión del teniente la US Navy, Reginald Mc Coy, instalado en el mostrador del bar, charlando con algunos periodistas que parecían fastidiarle con tantas preguntas; preguntas que, evidentemente, él no estaba autorizado a contestar.

Brigitte se detuvo junto a una de las grandes macetas que contenía una palmera enana, al parecer muy interesada en la contemplación de aquella variedad de palmáceas. Sólo tuvo que esperar unos segundos para que los periodistas, defraudados, decidiesen dejar tranquilo a Mc Coy, que suspiró aliviado cuando quedó solo en aquella parte del mostrador. Le pidió algo al barman chino y encendió un cigarrillo…

Estaba guardando el encendedor cuando aquella aparición angelical ocupó un puesto ante el mostrador, muy cerca de él, haciendo su pedido.

—Champán con guinda, por favor. Muy frío.

El barman dejó un vaso delante de Mc Coy, miró a Brigitte, y asintió con la cabeza, alejándose. Mc Coy estuvo un par de segundos mirando boquiabierto a la hermosa criatura antes de poder murmurar:

—¿Champán con guinda?

Brigitte se volvió hacia él, sonriente.

—Eso he dicho, teniente Mc Coy: champán con guinda… ¿Nunca lo ha probado?

—Como lo ha pedido usted no.

—¿Me permite invitarlo?

Reginald McCoy sonrió.

—Temo mucho que su invitación sea un chantaje, señorita Montfort.

Brigitte alzó las cejas en un gesto deliciosamente sorprendido.

—¿Me conoce usted, teniente?

—Usted también me conoce a mí.

—Todo el mundo le conoce a usted hoy día en Hong Kong. O, por lo menos, en el Celeste Hotel. Yo no soy tan famosa.

—¿No? Eso es algo que podría discutirse durante largo rato… Estoy seguro de que su belleza es más famosa en el Celeste Hotel que mi humilde actividad en la Marina. La vi anoche, durante la rueda de prensa… y luego me interesé por su nombre, qué hacía aquí y quién era… Pero desapareció.

—¿Y lo lamentó usted? —sonrió Brigitte.

—Muchísimo, porque pretendía invitarla a cenar.

—¿De veras? —exclamó la espía.

—Naturalmente. Quedé muy impresionado por su belleza. Con lo cual queda demostrado que soy un hombre corriente, normal, vulgar, y con… aspiraciones exageradas.

—Quizá no sean tan exageradas… De momento voy a ser yo quien le invite al «Cóctel Brigitte». Y le aseguro que no pretendo chantajearlo.

—Casi estoy convencido de ello —admitió Mc Coy—. En realidad estoy sorprendido respecto a usted.

—¿Por qué motivo?

—Porque es la única representante de la prensa que no me ha hecho preguntas.

—Ah… Bueno, yo tengo mi propio servicio de información.

—Vaya… Espero que sea un buen servicio.

—No es malo.

—¿Ha sabido algo interesante?

—Quizá.

—¡Bien! —exclamó Mc Coy, acercándose con aire confidencial

—. ¿Por qué no me pasa esa información, y así yo tendré algo que decirles a sus colegas?

Brigite se echó a reír, siendo imitada por el fascinado Reginald Mc Coy.

El barman apareció con el champán con guinda. Brigitte lo probó, y frunció un poco el ceño.

—No voy a estar exigiendo Dom Perignon en todas las partes del mundo, pero la próxima vez, cuando menos, que el champán sea más seco. ¿*Okay*, Chan?

—Sí, señorita. Tendré una botella para usted sola siempre fría.

—Y guindas.

—Y guindas —sonrió Chan.

—Pues a eso le llamo yo ganarse una buena propina. ¿Acepta mi invitación, teniente?

—Encantado… Pero con una condición.

Brigitte lo miró maliciosamente por encima de la copa, mientras con la mano libre se subía el delgadísimo tirante del vestido hacia su bellísimo y perfumado hombro.

—Espero que no pida demasiado… ¿Cuál es esa condición?

—Que acepte mi invitación a almorzar.

—Oh. Creí que sería… algo más íntimo.

Reginald Mc Coy Parpadeó; luego carraspeó.

—Bien… Quizás un almuerzo sea el primer paso para situaciones más… íntimas.

—Es un buen primer paso. Pero yo también tengo que poner una condición.

—Aceptada ahora mismo.

—Estupendo —sonrió Brigitte—. Esa condición es que no tenemos que hablar en ningún momento del asunto que nos retiene a los dos en Hong Kong. No quiero jugar con ventaja sobre mis colegas.

—Ellos no lo creerán —rió Mc Coy—. ¡Pero yo acepto encantado! Veamos ese cóctel de guinda.

Chan sirvió en dos copas el contenido de la coctelera, colocó una guinda roja en cada una, y se alejó sonriente. Brigitte, tras otro sorbito, se quedó mirando con curiosidad a Mc Coy, que a su vez contemplaba las dos copas un tanto sorprendido.

—Es una atención de Chan, que me invita —deslizó Brigitte—,

pero naturalmente que con un solo cóctel tengo suficiente. O quizá me beba los dos. Y hasta podría beber tres. ¿Qué le parecería?

—Estoy seguro de que usted siempre hace lo adecuado.

—Muy amable. ¿Puedo hacerle una sola pregunta, teniente?

—Adelante.

—¿Por qué está usted alojado en el Celeste Hotel?

Reginald Mc Coy frunció el ceño un instante, y en sus claros ojos apareció, también por un instante, una expresión de alerta.

—¿Acaso los marinos no son bien vistos? —sonrió.

—Claro que sí. A mí, personalmente, me encantan los chicos de la US Navy —rió Brigitte—. Pero creo que en todos esos navíos hay sitio suficiente para albergar a la oficialidad y toda la marinería. ¿Por qué usted, uno de los más significados hombres en esa búsqueda, se aloja aquí?

—Pedí permiso para ello. Me gusta descansar en tierra firme.

—Es una buena razón. Creo que ya no le haré más preguntas.

—Lo celebro —suspiró Mc Coy—. Usted tira con bala, señorita Montfort.

—Llámeme Brigitte —rió la hermosa—. Y yo le llamaré a usted Reggie. ¿No le parece que será más cómodo?

—Y más… íntimo.

Mc Coy alzó por fin su copa, y probó con gesto expectante el cóctel.

—Delicioso —admitió—. Sencillamente delicioso. Lo cual no me sorprende, puesto que es un «Cóctel Brigitte».

—Supongo que eso quiere decir que yo también le parezco deliciosa.

—Maravillosamente deliciosa. ¿Qué le gustaría almorzar? Espero que sea algo exótico.

—Vamos a ver… Brotes de bambú con setas chinas. Nidos de golondrina. Cangrejos cocidos en licor de arroz. Para beber, té. Y de postre creo que pediré mandarinas chinas o helado con nueces de Cantón. Aunque no sé… Me gustaría probar también las semillas de loto, y posiblemente la aleta de tiburón. Bueno, podemos dejar alguno de estos platos para otra ocasión: no quisiera engordar.

Reginald Mc Coy se echó a reír.

—Es usted sensacional, Brigitte… Por primera vez en tres días vuelvo a encontrar gusto a la vida.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo malo en estos tres días últimos?

—Alto ahí. Quedamos en que no hablaríamos de nuestros respectivos trabajos.

—Es cierto. Bien, quizá no le parezca muy delicado en una dama, pero… tengo un apetito voraz.

Mc Coy bajó del taburete y tomó a Brigitte de un brazo, al parecer para ayudarla.

—En usted todo es delicado —susurró—… Incluso el modo de hacer preguntas.

Se alejaron los dos hacia el comedor, mientras el barman quedaba pensando que sería una buena cosa encontrar en uno de los paraísos de Buda, al morir, un premio como aquella damita de ojos azules como el cielo de primavera y piel tersa como la flor de loto…

* * *

Mc Coy soltó el brazo de Brigitte cuando los dos se detuvieron ante la puerta 507.

—Entonces… ¿prometido, Brigitte? ¿Cenaremos juntos?

—¿Por qué no?

—Nunca olvidaré este almuerzo —aseguró enfáticamente Mc Coy—. Nunca, nunca, nunca.

—No sea tan exagerado —rió ella—. Ni siquiera hemos probado la aleta de tiburón.

—A decir verdad ni siquiera sé lo que he almorzado, querida… Sólo la veía a usted.

—No sea cursi, Reggie.

Mc Coy sonrió. Pasó un brazo por la cintura de Brigitte y la atrajo suavemente. Ella le dejó hacer, con una dulce sonrisita en los labios…, que se apartaron cuando los de Mc Coy estaban a menos de un centímetro. Y así, en lugar de en la boca, el beso del oficial de la US Navy se hundió en el delicado cuello femenino, lentamente…

—Por favor, Reggie: esto también es cursi —gimió Brigitte. Mc Coy se apartó y la miró fijamente.

—Es estupendo ser cursi de cuando en cuando —susurró—. Me gustaría cometer la cursilería de besarte en los labios y decirte luego, siempre cursi, que te adoro.

—Esas cosas no se dicen en los pasillos de un hotel, querido.

—Entonces entremos y —de pronto Mc Coy miró su reloj y sonrió secamente—… Bien, quizás en otro momento podamos… seguir siendo cursis.

—¿No ahora?

—Me temo que no.

—¿Tienes… trabajo?

—Así es.

—Lástima —prometió Brigitte, susurrante.

—Sí, es una lástima… ¿Te parece bien a las ocho?

—Por supuesto.

—Pues hasta entonces.

Le dio un beso en el desnudo hombro y se alejó por el pasillo.

Brigitte entró en su *suite* sonriendo de un modo extraño. Cierto que Reginald Me Coy le resultaba simpático y era atractivo y varonil, pero ella sabía ya a qué atenerse con respecto a él. O creía saberlo, al menos.

Se fue directamente al dormitorio, se dejó caer en la cama y descolgó el teléfono.

—Quiero una conferencia con Nueva York —pidió—. Anoten: Charlie Montfort, 1044 2nd Avenue, floristería. Manhattan, New York, NW 78 34. Sí, espero, gracias.

Colgó el auricular…, y se quedó mirando, asombrada, la segunda rosa roja, colocada junto a la primera en el vaso de agua. También en aquella segunda rosa había un papelito. Lo cogió y lo desdobló parsimoniosamente. Por supuesto las letras del mensaje eran de las mismas características, es decir, que provenía de la misma persona. Una persona que entraba y salía a su comodidad de la *suite* de la señorita, Montfort. Una persona que, indudablemente, sabía muy bien qué clase de actividades realizaba Brigitte Montfort para la CIA. Leyó la nota lentamente, y luego, más despacio, la releyó. Tan despacio esta segunda vez que en comparación la primera había parecido velocísima.

La nota decía:

ESTUVO UN HOMBRE EN ESTA SUITE *Y SE LLEVÓ, INGENUAMENTE, LA CÁMARA FOTOGRÁFICA CON EL TELEOBJETIVO. ES DE ESPERAR QUE YA HABRÁ SUFRIDO LA DECEPCIÓN DE ENCONTRAR LA CÁMARA SIN PELÍCULA. EL*

HOMBRE ESTÁ ALOJADO EN ESTE HOTEL CON EL NOMBRE DE FEDOR YASHIN, Y OCUPA LA SUITE *442. ¿CÓMO VAN LAS COSAS? FUE UNA BUENA IDEA PONER LA ROSA EN AGUA. ASÍ DURARÁ MÁS TIEMPO CON SU FRAGANCIA. AH: HAN COLOCADO TRES MICRÓFONOS EN ESTA* SUITE.

Ni por un momento dudó Brigitte de la veracidad del contenido de la nota. No obstante, saltó de la cama y fue al despacho, donde había dejado la cámara con el teleobjetivo.

No estaba allí.

Pero sí encontró el primero de los tres micrófonos. Estaba detrás de un cuadro, y no tenía conexiones. Era un *magicear* con antena diminuta. De este modo no había hilos conectados que condujesen al lugar desde el cual estaban espiando acústicamente a Brigitte Montfort. Era imposible saber desde dónde estaban grabando todo lo que sucedía en la *suite* 507, pero resultaba incuestionablemente cierto que la estaban vigilando. Brigitte casi se sintió aliviada ante este hecho. Resultaba que, de un modo definitivo, el espionaje estaba en marcha en Hong Kong… En marcha activa, no con la pasividad habitual con que el espionaje de extiende rutinariamente por todo el mundo.

La certidumbre de que estaba metida de lleno en algo que todavía no podía ni siquiera sospechar la tranquilizó. Siempre era mejor saber que tenía que estar preparada para cualquier acción de espionaje que perder tiempo en dudas y vacilaciones.

Se quedó mirando pensativa el «oído mágico» que habían colocado tras el cuadro, en el despacho. Por fin, cuidadosamente, colocó el cuadro en su lugar, dejando el pequeño aparato tal como lo había encontrado, en pleno funcionamiento.

Salió del despacho y se dedicó a buscar el segundo micrófono por el saloncito. Lo encontró en menos de dos minutos, pegado bajo uno de los sillones. También lo dejó allí, y entró en el dormitorio… Se quedó mirando las dos rosas. Estaba claro que la persona que las había dejado allí controlaba lo que estaba sucediendo, de tal manera que podía recoger su nota antes de que llegasen otras personas, y dejarle otra sabiendo que sólo ella podría recibirla…

¿Quién podía ser la persona que la estaba vigilando tan de cerca?

¿Reginald Mc Coy?

Encontró el tercer micrófono en el dormitorio, efectivamente, tal como había supuesto. Estaba detrás de la mesita de noche, y también lo dejó allí. Por supuesto habían oído su pedido de una conferencia con Charlie Montfort, de Nueva York. Lo cual no le hizo ninguna gracia. Desde luego quienes estuviesen vigilándola a ella no podían estar muy lejos, dada la pequeña potencia emisora de los oídos mágicos. Posiblemente la estaban vigilando desde el mismo hotel, desde cualquiera de las *suites*.

Fue al cuarto de baño y lo examinó concienzudamente, en busca de un posible cuarto micrófono, pero no parecía que hubiese ninguno. Su desconocido comunicante decía tres, y así debía de ser. Regresó al despacho y volcó el contenido de la bolsa deportiva sobre la mesa, junto a la flamante máquina de escribir. Estaba todo allí, incluso la pistolita. Lo único que les había interesado era la cámara fotográfica…

O sea, las fotos que había tomado aquella mañana en Bahía Bias.

Sonriendo irónicamente Brigitte salió del despacho, volviendo una vez más al cuarto de baño. Allí, según su costumbre, se sujetó la pistolita al muslo utilizando tiras de esparadrapo color carne. Luego, sin hacer el menor ruido, salió de la *suite*, cerrando la puerta con tal cuidado que era imposible que ningún ruido fuese captado por los oídos mágicos que le habían colocado.

Bajó a pie al cuarto piso y buscó la *suite* 442. Estaba a la derecha del pasillo, en el cual, a aquella hora calma de la tarde, no se veía a nadie. Era una buena hora para dormir la siesta…, o para estar trabajando fuera del hotel.

Sacó el alambre de acero que se había procurado en su equipo y lo introdujo en la cerradura. En general las habitaciones de hotel no tienen cerraduras a prueba de ladrones… Y menos cuando tienen la pericia de Brigitte Montfort manejando la ganzúa. En menos de medio minuto el pestillo se desplazó, y Brigitte retiró la ganzúa, la guardó, y sacó su pistolita. Cuando la tuvo bien empuñada dio la vuela y se alejó taconeando rápidamente, pero vuelta la cabeza… Si había alguien en la *suite* 442 debían de estar esperando que entrase para atraparla, y al oír que se alejaba era seguro que saldrían a por ella…

Pero nada sucedió, y Brigitte llegó sin novedad al otro extremo del pasillo. Nadie salió a toda prisa tras ella, ni nadie había salido

después de transcurrido medio minuto, que era todo lo qué podía esperar un posible astuto seguidor para vigilarla directamente. Esto quería decir que no había nadie en la *suite*, de modo que regresó, empujó a puerta, entró, y cerró a sus espaldas.

La *suite* estaba a oscuras, con todas las persianas cerradas, y no se oía ningún ruido…

¿Ninguno?

Brigitte prestó más atención. En aquel cuarto piso del Celeste Hotel, un edificio bien construido, no se percibían apenas los ruidos de Victoria Road. Eran sólo como un susurro lejano, monótono y persistente, que pasaba desapercibido. Pero por encima de aquel ruido gran ciudad había otro, diferente, característico.

Bien apercibida la pistola Brigitte se volvió lentamente, hacia el lugar donde estaba el despacho de aquella *suite*, que era igual a la suya sólo que colocada al otro lado del edificio, en la parte de los números pares. Por lo demás entrar allí era como entrar en su propia *suite*, de modo que conocía bien el terreno.

Caminó hacia el despacho con toda precaución. Cuanto más se acercaba más claramente oía aquel ruidito, aquel zumbido que tan bien conocía: el de un motor eléctrico de reducido tamaño. Se asomó al despacho, con la pistola por delante. La ventana estaba al fondo, y era más pequeña que las restantes de la *suite*, exceptuando la del cuarto de baño. No estaba completamente cerrada, y un par de delgadísimos rayos de sol entraban, por su parte inferior, dando sobre la mesa…, y sobre el magnetófono cuyos discos giraban impulsados por el pequeño motor eléctrico. Acoplado al aparato había un pequeño receptor, cuyo cometido era fácil de adivinar: recibía la información de los oídos mágicos que habían instalado en su *suite*, de tal modo que quien manejaba el magnetófono oía todo al tiempo que la información pasaba directamente a ser grabada en el aparato.

Pero no había nadie ante el aparato.

Brigitte estuvo unos segundos inmóvil contemplando aquello mientras sus ojos se iban acostumbrando a la semipenumbra del despacho. Por fin se acercó al aparato. Muy ingenioso el truco: mientras el propietario de aquel sistema de espionaje se dedicaba a otras actividades ella estaba bien vigilada. Si recibía visitas o hablaba por teléfono todo lo hablado quedaría grabado allí. Y

cuando el hombre llamado Fedor Yashin regresase sólo tendría que recuperar la cinta y escuchar la grabación para enterarse de cualquier novedad que Brigitte hubiese comentado con alguien…

Estaba a punto de salir del despacho, sin tocar nada, cuando vio los pies de un hombre al otro lado de la mesa. Su mano se movió velozmente adelantando la pistola, pero, simultáneamente, comprendía que su actitud defensiva era innecesaria: la postura de aquellos pies era por demás reveladora.

Rodeó la mesa y se quedó mirando al hombre que yacía de bruces al otro lado. Un hombre alto, de hombros anchos, vestido de modo corriente. En su espalda destacaba algo blanco y cuadrado… Un papel. Lo recogió y se acercó a la ventana. Colocó el papel bajo uno de los rayos de sol y leyó:

> *LAMENTO NO HABER PODIDO EVITAR ESTO. EL MUERTO ES FEDOR YASHIN. HA TENIDO MALA SUERTE. COMO ES NATURAL SE HAN LLEVADO LA CÁMARA FOTOGRÁFICA CON EL TELEBOJETIVO. PRECAUCIÓN.*

Brigitte se guardó el papel en el seno y se acercó al cadáver del hombre llamado Fedor Yashin, por supuesto de nacionalidad rusa. Sin duda se había inscrito como periodista en el hotel, pero bien claro estaba que sus actividades se apartaban no poco del periodismo.

Le dio la vuelta…, y el rayo de sol dio ahora de lleno en su garganta cercenada. Una cuchillada feroz, certera, había bastado para degollar al súbdito de la Unión Soviética. Brigitte apartó sus manos del cadáver, estremecida. Luego estuvo tentada de registrarlo, pero comprendió que era perder el tiempo: el asesino de Yashin, o bien la persona que le estaba dejando a ella aquella serie de notas debían de haberlo hecho ya, así que era poco probable que encontrase nada de interés.

Se incorporó y se dedicó a registrar los cajones de la mesa del despacho. Enseguida comprendió que también en aquello alguien se le había adelantado, lo cual no la sorprendió en absoluto…

El timbrazo de un teléfono la sobresaltó tanto que saltó hacia atrás, súbitamente atragantada, alzando la pistola. Tardó un par de segundos en comprender que el teléfono que sonaba no era el de la *suite* en la cual se hallaba, sino el de la suya, que se transmitía por

el sistema de espionaje de los oídos mágicos hasta el receptor, y quedaba grabado en el magnetófono… Alguien estaba llamando por teléfono a su *suite*, en el piso de arriba…

¡La conferencia con Nueva York, con tío Charlie!

Desconectó a toda prisa el magnetófono de la red eléctrica del hotel y cargó con el aparato, así como con el pequeño receptor y los auriculares caídos en un ángulo de la mesa. Salió a toda prisa del despacho, cruzó el saloncito y salió al pasillo. Corrió cuanto pudo hacia la escalera, cargada con todo.

Cuando entró en su *suite* el teléfono continuaba sonando. Dejó en el sofá el material requisado y se abalanzó hacia el teléfono.

—¡Diga! —Casi gritó, sofocada por el esfuerzo realizado.

—…

—Sí, sí… Mi conferencia con Nueva York. Póngame —esperó unos segundos, oyó la conexión, y exclamó alegremente—: ¡Hola, tío Charlie! ¡Soy tu sobrina Brigitte, desde Hong Kong, y quería…!

—No soy el tío Charlie —cortó una voz masculina.

—Oh, perdón… Debe de haber un cruce en…

—No, no. Todo está bien, Brigitte… ¿No me reconoces? Soy tu primo Simón. Ocurre que estoy solo en la floristería.

Brigitte se mordió los labios.

¿Qué estaba ocurriendo?

¿Por qué no se hallaba Charles Pitzer en el centro de recepción de llamadas urgentes?

—Simón —susurró—… ¿Le ha ocurrido algo a tío Charlie?

—No, mujer. Simplemente no está. ¿Puedo hacer algo por ti? ¡No me digas que necesitas más dinero!

—De momento no —consiguió reír Brigitte—. Pero quería pedirle un favor a tío Charlie, Simón.

—¿De qué se trata?

—Verás… Quisiera quedarme más días en Hong Kong. Ya sé que prometí regresar cuando reuniese datos para una serie de artículos sobre el accidente aéreo, pero…

—¿Ha ocurrido algo que te preocupe?

—Bueno, hay un hombre aquí, un teniente de la US Navy, llamado Reginald Mc Coy… Siento mucho interés por él, y quisiera… quedarme en Hong Kong mientras esté aquí.

—¡No me digas que te has vuelto a enamorar!

—Oh, Simón, ¡él es tan apuesto!

—Querida prima, el mundo está lleno de hombres apuestos. ¿Dices que se llama Reginald Mc Coy, y que en verdad sientes gran interés por él?

—En verdad que sí, Simón.

—Bien… Se lo diré a tío Charlie. Espero poder enviarte pronto la respuesta. ¿Eso es todo?

—Pues… no sé. Estoy un poco desconcertada con este asunto de Hong Kong. En mi opinión la prensa está dando demasiada importancia a esta concentración naval norteamericana en las aguas cercanas a Hong Kong, y temo que mis artículos no serán tan interesantes como yo quisiera… ¿Qué sabéis ahí de lo de Hong Kong?

—Lo corriente, por supuesto… ¿Te parece bien que vuelva a llamarte dentro de unas horas? Espero que podré darte respuesta a todo.

—Eres maravilloso, Simón.

—Ya lo sé. ¿Algo más?

—Ya no. Oye, será mejor que te llame yo a ti… Tengo que salir, y quizá tú no me encontrases en el hotel.

—*Okay*, primita. Estaré aquí, sea la hora que sea, esperando tu llamada. Besitos.

—¿De parte de tío Charlie? —rió Brigitte.

—¡Ni hablar! De parte mía, preciosa. Adiós.

—Adiós, Simón —volvió a reír la divina.

Colgó, quedando pensativa, todavía con una sonrisa en los labios…, hasta que recordó, de pronto, al hombre llamado Fedor Yashin y cómo había sido degollado.

Bien, era de esperar que el Simón de turno en la recepción de llamadas hubiese interpretado exactamente lo que ella quería: información sobre Reginald Mc Coy y sobre lo que estaba sucediendo en Hong Kong relacionado con el espionaje.

Oh, por supuesto que Simón lo había interpretado todo bien.

Escondió en el armario el magnetófono, el receptor, y los oídos mágicos que habían instalado en su *suite*, y quitó la llave de aquél; la dejó caer dentro de un florero chino que, evidentemente, era una copia aceptablemente lograda, no de porcelana auténtica.

Luego salió de la *suite*, y poco después lo hacía del hotel. El

espionaje se había puesto en marcha, decididamente.

Capítulo V

La *rickshaw* la dejó en la entrada del callejón que desembocaba en el extremo de Victoria Road, después de haber dado un par de vueltas por otros callejones siguiendo las indicaciones de Brigitte. No había visto ninguna otra *rickshaw* tras la de ella, de modo que si alguien la había seguido en coche se habría visto frenado apenas entrar en aquel espeso dédalo de callejas llenas de gente. Y si la habían seguido a pie habían tenido que correr tanto, detrás del forzudo coolie que tiraba de su *rickshaw*, que ella habría distinguido inmediatamente a su seguidor.

—¿La espero, señorita?

—No. Pero quizás esto le compense.

El coolie se quedó mirando, atónito, el billete de veinte dólares americanos que quedó en su mano cuando Brigitte se alejó hacia el interior del callejón repleto de tenderetes, mercancías diversas, pescado, chiquillos, ropa tendida en los balcones… Se oía un intenso rumor de gente, ruidos sin fin, gritos de propaganda… El olor no era precisamente a rosas rojas, pero por eso mismo Brigitte había elegido aquel lugar, como el más opuesto al que ella pudiera frecuentar. Era poco probable que quien la conocía sospechase que acudía a semejantes lugares.

Montones de chinos se cruzaban con ella, mirándola con una impavidez facial engañosa, ya que sus ojos brillaban de modo harto expresivo. Se oían aparatos de radio, y por algunas ventanas se veían televisores funcionando, proyectando telefilmes norteamericanos.

Las bicicletas circulaban cerca de Brigitte, rozándola, conducidas por chinos inescrutables tocados con sombreros cónicos de paja. Junto a ella, en aquel momento, tenía un puesto de pescado, del cual le llamaron la atención las ancas de rana. Delante de una casucha con tejado frontal imitando el de una pagoda había tres o

cuatro muchachas muy jóvenes, con la cara pintada… Brigitte había oído hablar de ellas: las llamaban, poéticamente, «muchachas de flores», pero su profesión no tenía nada de poética. Y estaban allí a las cuatro de la tarde… ¿Qué ocurriría en aquella calleja cuando llegase la noche?

Por fin llegó a la tenducha en la que había estado aquella mañana al regresar de la peligrosa incursión en Bahía Bias. En el escaparate, entre farolillos, sombreros cónicos, jarrones, flores de tela y otros objetos se veían cámaras fotográficas de ocasión, radios, un par de televisores, juegos de té…

Un mendigo apareció de pronto junto a Brigitte, tendiéndole una mugrienta mano por entre sus harapos asquerosos.

—Una limosna… Una limosna…

Era un hindú encorvado, de rostro muy barbudo, algo canoso ya. Tenía las cejas muy pobladas, grisáceas, y sus ojos oscuros se clavaban ardientemente en Brigitte mientras adelantaba, la mano casi hasta el busto de la muchacha, insistente, osado, pidiendo una limosna en un inglés pésimo, sin cesar, como una cantinela.

—Apártese —ordenó secamente Brigitte—. Tengo que entrar ahí.

—Una limosna, una limosna, una limosna… Alá te bendiga, Alá te colme de bienes… Una limosna, una limosna…

Brigitte apartó casi rudamente al mendigo hindú, un tanto irritada ante su osada insistencia. Las manos se acercaban más y más a ella, a sus brazos, a su seno. Lo esquivó hábilmente y entró en la tienda.

Cuando se volvió, tras cerrar la estrecha puerta de cristales, el mendigo estaba con la cara pegada a éstos, y sus sucias manos parecían querer atravesarlos… Sus labios se movían pidiendo sin cesar una limosna.

Oyó el ruido de cortinas de abalorios tras ella, y se volvió. Allá estaba el viejo chino que la había atendido al mediodía, sonriendo untuosamente, con las manos juntas acercándolas a su barbita de chivo.

—Buenas tardes —saludó Brigitte—. ¿Me recuerda?

—Naturalmente que sí, señorita. ¿Viene a por las fotografías?

—Sí. ¿Las ha revelado ya?

—Sí, sí… ¿La está molestando ese mendigo?

Brigitte se volvió hacia la puerta de nuevo, y vio todavía allí al mendigo hindú, tenaz, pegajoso, incansable.

—La verdad es que sí me está molestando —admitió.

—Es lamentable… pero inevitable —sonrió el chino—. Permítame.

El chino cogió un palo que había junto a la puerta, abrió ésta… y el hindú echó a correr alejándose de allí a trompicones.

—Son como moscas a la miel… Pero hay que comprender sus grandes necesidades.

—Sí, sí, las comprendo… Sólo que si le hubiese dado una limosna a ese hombre se me echarían encima los restantes mendigos de Hong Kong.

—Cierto, cierto… Le traeré sus fotografías.

Desapareció en la trastienda, para reaparecer casi al instante llevando un sobre en las manos. Lo dejó sobre el pequeño mostrador, lo abrió, y sacó las fotografías y la película.

—Ho Min ha hecho un buen trabajo esta vez, señorita… Es pena que yo no pueda tener una tienda en el centro, porque soy un buen profesional… ¿Le parece que han quedado bien?

Brigitte estaba examinando las fotografías. Frunció el ceño y se acercó a la puerta, a la luz del día. Estuvo a punto de decir que no habían quedado demasiado bien, pero eso no arreglaría nada. El revelado era pobre, y el colorido no resultaba una obra de arte, desde luego. Pero tenía las fotografías y el negativo, de modo que si alguna interesaba de modo especial más adelante se podrían obtener buenas copias convenientemente tratadas.

—Están bien —concedió, complaciendo así al «artista» chino.

Las fue mirando una a una, sin prisas, dirigiendo frecuentes miradas a la calle. Las fotos mostraban los navíos de la US Navy, los pesqueros chinos, el pesquero solitario con dos hombres inclinándose hacia el agua, los dos chinos que habían estado amenazando al joven Lin Yuey…

Cuando se volvió hacia el chino llamado Ho Min vio fijos en ella los pequeñísimos ojos negros hundidos en los oblicuos párpados arrugados.

Ho Min sonrió como una máscara accionada por un resorte.

—Son unas fotos interesantes —deslizó.

—El precio también será interesante. ¿Cuánto?

—Veinte dólares… americanos.

Brigitte estuvo a punto de decirle que era un ladrón, pero en lugar de eso le tendió dos billetes.

—Serán cuarenta, Ho Min. Si más adelante necesitase revelar más fotografías… ¿puedo venir a cualquier hora?

Los dos billetes desaparecieron en una manga del viejo chino.

—A cualquier hora del día o de la noche… Ho Min estará encantado de recibirla, señorita.

Brigitte sonrió y salió de la tienda. El chino estuvo unos segundos inmóvil, pensativo, detrás del mostrador. De pronto entró en la trastienda, fue a un tablero horizontal, abrió una gaveta, y sacó unas fotografías en colores: ni más ni menos que copias exactas de las obtenidas por Brigitte en Bahía Bias. Estaba claro que aquella hermosa muchacha tenía algo que ver con el periodismo, pero, a menos que él se equivocase mucho, aquellas fotos estaban tomadas más cerca de la flota americana de lo que permitía el cinturón de seguridad adoptado por las lanchas torpederas. Lo cual era tanto como valorar aquellas fotografías muy por encima de su categoría normal. Definitivamente era posible que algún periodista estuviese dispuesto a pagar una buena cantidad por ellas.

Ho Min sonrió, satisfecho de su astucia. Sí, aquello iba hacer. Buscaría…

El suave ruidito tras él lo dejó paralizado un instante. Luego, muy despacio, se volvió, y se encontró frente a frente con la bellísima clienta a la que había pretendido engañar.

La extranjera tenía una pistolita en la mano y una dulce sonrisa en sus hermosos labios.

—Creo que olvidé algo, Ho Min —dijo amablemente.

—Es cierto, señorita —dijo cínicamente Ho Min—… Yo también olvidé decirle que había obtenido dos copias de las fotografías. Precisamente ahora me estaba preguntando cómo podría localizarla para enviárselas.

—No es necesaria tanta molestia, honorable anciano: yo misma me las llevaré. ¿Me las entrega?

Ho Min las entregó, sonriendo obsequiosamente. Había que ser un buen filósofo, so pena de vivir continuamente amargado por los acontecimientos. Y además había que admitir que podía haber alguien más listo que uno mismo. Ley de vida.

Acompañó a la despampanante clienta hasta la puerta, y la despidió con la más hipócrita de sus sonrisas, obteniendo a cambio una muequecita de simpática burla.

Pese a todo… ¡qué bella era aquella extranjera!

* * *

Lin Yuey alzó la cabeza y se quedó mirando fijamente a Brigitte, que le contemplaba sonriente desde el embarcadero.

—¿Tenemos que salir? —preguntó el joven.

—No por ahora, Lin. Tengo que hablar contigo… Pero no en el muelle. ¿Cómo puedo pasar al pesquero?

Lin Yuey se puso en pie, cogió una plancha de madera de apenas un palmo de ancho, y la tendió hacia el muelle, conteniendo una burlona sonrisa…, que dejó de tener sentido cuando Brigitte cruzó con toda naturalidad la estrecha pasarela y se colocó a su lado, arrugando la nariz.

—Éste es un lugar aún más apestoso que la otra barca, Lin.

—Sólo es cuestión de acostumbrarse. Y ha sido usted quien ha querido subir.

—Está bien. Hay que pasar por toda clase de experiencias. ¿Puedo confiar en ti?

—¿A qué confianza se refiere?

—Pregunto si no vas a jugarme una mala pasada. Quiero ser sincera contigo, Lin: me pareces un muchacho poco corriente. Eres bastante culto, hablas bien, piensas con sentido común… Creo que eres una de esas pocas personas en las que se puede confiar. ¿Me equivoco?

—Dígame qué es lo que quiere de mí —gruñó Lin.

—Tienes que guardarme un sobre.

—¿Sólo eso? ¿Contiene dinero?

—No, no… Vas a guardarme el sobre durante el tiempo que dure nuestro compromiso sobre tus… pesqueros. Si dentro de tres días no te lo he pedido, o no consigues localizarme, lo enviarás. Está cerrado y debidamente franqueado: sólo tendrás que llevarlo al servicio de Correos. ¿Lo entiendes?

—Sí. ¿Usted teme que le ocurra algo?

—Todo puede ocurrir. Éste es el sobre.

Lin Yuey lo tomó, y miró la dirección y nombre del destinatario: Charlie Montfort, 1044 2nd Avenue, Floristería, Manhattan, New York, USA.

—¿Contiene las fotografías? —murmuró.

—Así es.

—Lo guardaré. Si dentro de tres días no me lo ha pedido lo enviaré. ¿Esto es todo?

—Sí.

—¿Saldremos mañana?

—Todavía no lo sé, pero procura estar listo en todo momento.
Lin asintió con la cabeza, mascullando:

—Ya le dije que así sería.

Brigitte sonrió dulcemente, dando una palmadita en una mano del muchacho.

—Eres un chico un poco áspero, Lin, pero me resultas simpático. Creo que empiezo a alegrarme de haberte salvado la vida.

—No es necesario que me recuerde eso. Si cumplo bien con usted tenga por seguro que no será por ese detalle.

—¿No? ¿Por cuál, entonces?

—Quizá yo sea una persona honrada —sonrió Lin.

Brigitte se echó a reír.

—Estoy convencida de que así es. ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista.

Brígitte abandonó el pesquero, utilizando de nuevo, con toda naturalidad y seguridad la estrecha pasarela.

Lin estuvo de pie hasta que ella se perdió de vista. Luego se sentó en el borde del pesquero, con los pies hacia el agua.

Flotaban algunas ratas muertas y basuras…

Pero allá, delante de él, estaba Hong Kong, subiendo hacia Victoria Peak en lujosas terrazas de grandes edificios blancos que pronto empezarían a iluminarse. Entonces la bahía de Hong Kong se vería más hermosa, más brillante. El agua se vería negra, simplemente. No se vería la basura, ni las ratas hinchadas. El aire de la noche se llevaría los olores de las últimas comidas agrias, haría más fresco, y todo olería mejor y sería más bello. Las negras aguas recibirían pinceladas de luces de todos los colores: azul, verde, rojo, amarillo, morado, blanco, naranja… Se verían los grandes buques iluminados, los transatlánticos, los yates de recreo,

todos convertidos en un rosario de alegres luces…

Pero sobre todo Hong Kong. La peligrosa ciudad, que brillaría cegadoramente en todos sus puntos, incluso en lo alto del pico, a más de quinientos metros de altura. A veces Lin Yuey había tenido la sensación de que las terrazas de la ciudad se cernían sobre él, sobre el muelle, y que empezaban a caer, a caer, a caer…

Pero no.

No. Hong Kong no caía. Estaba allí, delante de él, y algún día no muy lejano él viviría en aquellas casas blancas y muy altas… O quizás en una de las villas de la parte alta, con jardín, piscina, pista de tenis, garaje… Un garaje lleno de coches.

De pronto se dio cuenta de que en el borde del muelle alguien le estaba mirando. Pero no se sobresaltó, porque reconoció inmediatamente al encorvado mendigo hindú de barbas canosas y cejas muy pobladas; el mendigo de las manos insolentes, el mendigo que casi había tocado con sus mugrientas manos a Brigitte Montfort. Lin Yuey hizo una seña, y el mendigo pasó con sorprendente agilidad al pesquero. No se detuvo junto al muchacho, sino que siguió hacia el interior de la chozavivienda enclavada en el centro del lanchón. Lin Yuey entró tras él, y lo encontró metiendo la mano en su jarro de porcelana. El mendigo sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno, y suspiró.

—Demonios, esto es otra cosa —exclamó en inglés impecable—. ¿Cómo está mamá Yuey?

Se acercó a la madre de Lin, que lo miraba sonriendo en silencio, y le dio una palmada en sus abultadas nalgas, lo cual hizo reír a la gordísima china. Luego, el mendigo hindú se acercó al abuelo. El viejo chino parecía un montón de pergamino arrugado y tirado en un rincón.

El hindú le tomó una muñeca, estuvo unos segundos inmóvil, y por fin susurró, mirando a Lin:

—Cualquier día lo encontraréis muerto.

—Se moriría antes si no tuviese su opio, señor. Ahora, en estos momentos, mi abuelo es feliz.

El mendigo asintió con un gesto. Parecía conocer muy a fondo la naturaleza humana, y aceptaba aquello como mal menor. Se había erguido, y ahora sus anchos hombros, su restallante potencia física, no estaban en absoluto de acuerdo con las barbas grises y el

encorvamiento aparente hasta entonces.

—¿Te ha entregado las fotografías? —preguntó.

—Sí señor.

—Dámelas.

Lin Yuey tendió el sobre al hindú. Éste lo examinó atentamente, dándole vueltas y más vueltas.

—No parece tener ninguna contraseña especial en el exterior. Calienta agua, mamá Yuey, ¿quieres? La china se dedicó a ello. Lin Yuey vaciló unos segundos antes de preguntar:

—¿Va a abrir el sobre?

—Así es. Pero no te preocupes: ella no notará nada.

—Quizá no regrese a buscarlo.

—¡Ya lo creo que regresará! —rió el hindú—. Por poco tiempo que trates con ella comprenderás que nunca en tu vida encontrarás a nadie que tenga la misma fabulosa suerte que Brigitte Montfort.

—Excepto usted.

—Bueno… Yo también soy un caso aparte, lo admito —sonrió el mendigo—. Pero te aseguro que ella tiene más suerte que el resto del mundo junto. Te apuesto lo que quieras a que no consiguen matarla. Como máximo puede llevarse algún susto, pero eso será todo… Y si no, piensa en lo de esta mañana: ella sola mató a tres hombres, gracias a lo cual precisamente conseguisteis escapar.

—Usted también los habría matado.

—Seguro que sí, Lin. Sólo que tú y yo hemos estado allá tres veces ya y en ninguna de ellas hemos visto a nadie, ni hemos conseguido nada importante. En cambio, llega ella y empiezan a pasar cosas. Sé muy bien lo que digo, Lin: esa mujer es un caso excepcional en todo.

—¿Por eso la está… utilizando?

—Naturalmente. Digamos que le estoy dando toda clase de facilidades para que ella, dirigida a control remoto por mí, vaya solucionando cosas. ¿Qué quejas puede, tener de mí?: la tengo al corriente de todo, le proporciono un pesquero discreto y veloz, un guía que la lleva a un lugar de la costa de Bahía Bias que resulta inaccesible para los demás periodistas… Creo que ella debería estar agradecida, ¿no?

—Sólo me pregunto si ella sola, por sí misma, no habría encontrado el medio de llegar a Bahía Bias.

El mendigo hindú frunció el ceño un instante, para sonreír divertido inmediatamente.

—Creo que sí —admitió—. Es muy audaz y muy inteligente. Pero no hagamos cábalas respecto a lo que ella hubiera podido conseguir o no sin nuestra ayuda… Bastará con muy poca agua, mamá Yuey. Oh, veo que ya brota el vapor…

Se acercó al fogón y colocó el sobre encima del recipiente donde hervía el agua produciendo gran cantidad de vapor, ayudado por el cual el mendigo hindú no tuvo ninguna dificultad en despegar la solapa del sobre… Y al hacerlo un delgadísimo hilo blanco que estaba pegado entre la solapa y el interior se rompió.

—Debí imaginármelo —gruñó el hindú—. Siempre será la misma, tan desconfiada, tan cauta…

—¿Por qué dice eso? —preguntó Lin.

—Observa estos dos hilitos blancos. Eran uno solo, que se ha roto al abrir el sobre.

—O sea, que ella lo ha puesto a propósito, y cuando recoja el sobre sabrá que ha sido abierto.

—Exacto —suspiró el hindú—. Pero no te preocupes demasiado. Ella no suele reaccionar violentamente casi nunca. A menos que sea del todo necesario, se entiende. Tiene… otra clase de armas para vencer a sus adversarios, y las prefiere a la pistola que siempre lleva sujeta al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo… Veamos las fotografías.

Las fue pasando despacio, sin que pareciesen despertarle excesivo interés. Pero se detuvo de pronto cuando vio las fotos del pesquero solitario.

—No me dijiste nada de esto, Lin.

—¿De qué? —Miró el muchacho.

—Este pesquero estaba muy cerca de la costa…, solo, aislado de los otros. Estos dos hombres se inclinan hacia el agua… El pesquero está escondido entre los escollos, igual que el tuyo.

—Ella no me dijo nada de este pesquero.

—Por supuesto que no… ¿Por qué había de decírtelo? Te aseguro que es muy lista. ¿Qué crees que pueden estar haciendo estos dos hombres en el pesquero, tan cerca de la playa?

—Pescar… ¿No?

Las espesas cejas del mendigo hindú estaban fruncidas, y había

en los oscuros ojos una expresión aguda, reflexiva.

—No… No lo creo. ¿Te pondrías tú a pescar tan cerca de la costa?

—Desde luego que no.

El hindú se acercó a uno de los ventanucos y colocó las fotos de modo que recibieran de lleno la luz. Estuvo no menos de dos minutos, pero finalmente suspiró desalentado.

—Me doy por vencido, de momento.

—¿No le interesan las fotos?

—No son mejores que las que conseguí yo. Y no puede decirse que el revelado sea muy bueno… No veo nada especialmente interesante en ellas, por ahora.

—¿Qué hacemos?

—Las guardaremos en el sobre, las pondrás en lugar seguro…, y esperaremos a ver qué más cosas ocurren en torno a Brigitte. Jamás en mi vida he conocido a nadie que tenga tanta fortuna para encontrar siempre el centro de la tormenta. Ya verás cómo de un modo u otro ella se las arregla para encontrar ese centro tormentoso.

—Y entonces intervendrá usted.

—Sólo si es necesario —sonrió el falso hindú—. Bien, creo que debo marcharme ya; no quisiera dejarla sola mucho tiempo en una ciudad como ésta. Hasta luego, Lin. Adiós, mamá Yuey.

El mendigo salió de la choza flotante, cruzó la pasarela, y desapareció por los muelles hacia el centro de la ciudad, dejando a Lin Yuey muy pensativo, porque efectivamente él ya había tenido la impresión de que aquella hermosa mujer tenía el don de meterse en el centro de la tormenta.

* * *

Brigitte consultó una vez más su relojito, impaciente.

Eran apenas las seis de la tarde, y sabía que por mucha prisa que Pitzer y Simón se hubiesen dado en reunir informes respecto a Reginald Mc Coy quizá todavía no habrían conseguido nada. Tenían al camino fácil, ya que sabían que era un teniente de la Marina, y, por tanto, su ficha debía constar en varios de los archivos de personal a los cuales, de un modo u otro, tenía acceso la CIA.

Bebió otro sorbito de cóctel y pensó en la conveniencia de subir a *suite* para escuchar alguna información en el magnetófono. Pero estaba segura de que no habría nada. Había colocado los oídos mágicos en la *suite* de Reginald Mc Coy antes de salir aquella tarde en busca de las fotografías. Mc Coy ocupaba la número 326, en el piso tercero, se había enterado discretamente de eso. Pero lo cierto era que el oficial de la US Navy debía de estar trabajando en aquellos momentos en la zona de exploración, de modo que *suite* estaría en el más completo silencio. Nadie hablaría con él, ni nadie contestaría a una posible llamada telefónica…

De todos modos sería conveniente subir. La cinta, de dos horas de duración, debía de estar terminándose en el magnetófono, y sería conveniente darle la vuelta y dejarla lista para cuando regresase Mc Coy, lo cual sucedería alrededor de las siete y media, para pasar a recogerla a las ocho y cenar juntos.

Y cabía la posibilidad de que quizá Simón o Pitzer tuviesen ya algo qué decirle respecto a Mc Coy desde Nueva York.

Acabó el cóctel, lo dejó sobre la mesita de junco y cristal, y se dispuso a ponerse en pie, dirigiendo una mirada circular, al Patio Azul. No había casi nadie allí. Desde luego ningún periodista, los cuales debían de estar rondando la zona de exploración, ideando mil medios para conseguir acercarse.

—¿Señorita Montfort?

Alzó vivamente la cabeza, y apenas pudo contener una exclamación de asombro, de admiración.

Junto a ella tenía al chino más apuesto que había visto jamás. Debía de medir cerca de metro ochenta, sus hombros eran anchos, sus negros ojos grandes e inteligentes, la mandíbula firme. Su negro cabello aparecía cuidadosamente peinado, planchado sobre un cráneo perfecto. Era un elegante atleta sobriamente vestido de blanco. Llevaba un sombrero asimismo blanco y con una cinta verde claro en la base de la copa, sosteniéndolo entre sus hermosas manos de dedos largos y fuertes. Quizá tendría treinta años.

Era un hombre tan increíblemente apuesto y atractivo que Brigitte tardó un par de segundos en salir de su pasmo.

—Sí… Sí, yo soy Brigitte Montfort.

El chino sonrió de tal modo que Brigitte se sintió un tanto aturdida, maravillada.

—Mi nombre es Po Yang, señorita Montfort. Me parece un obsequio de los dioses conocerla a usted.

—Es usted muy amable, señor Yang…

—Sólo cuando es necesario… o inevitable —volvió a sonreír Po Yang—. En este caso creo que una sonrisa es lo menos que puedo mostrar como prueba de mi admiración total y absoluta.

Brigitte sonrió deliciosamente.

—Sus palabras son como miel, señor Yang.

—Más bien digamos que… que yo soy la mosca, que se siente muy feliz por encontrar tan delicada y exquisita miel. Con todos los respetos, señorita Montfort: ¿puedo decirle que es usted la mujer blanca más hermosa que he visto en mi vida?

—¡Ya lo ha dicho! —rió Brigitte—. Pero me siento disgustada con usted, señor Yang. La expresión del chino no pudo ser más consternada.

—Es algo que jamás me perdonaré. ¿Cuál ha sido mi pecado?

—Ha dicho que soy la mujer «blanca» más hermosa que ha visto en su vida… ¿Quiere con eso decir que no soy la más hermosa mujer… incluyendo las chinas?

—Bien —sonrió de nuevo Yang—, ocurre que todo es cuestión de apreciaciones. Yo opino que no pueden compararse las bellezas orientales y las occidentales.

—Sin embargo, en los concursos de belleza sí se comparan.

—Es uno de los muchos errores de los concursos de belleza… ¿Ha ganado usted muchos?

—¡Ninguno! —volvió a reír Brigitte—. Me lo prohibieron terminantemente, en beneficio de los jurados. Al parecer se temen algunos contratiempos cardíacos si yo me presento en maillot delante de unos señores calvos y de edad… peligrosa.

Po Yang se echó a reír.

—¡Lo creo! —exclamó—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. Perdone mi distracción.

Po Yang se sentó, vio la copa vacía de Brigitte, y ofreció:

—¿Puedo tener el placer de invitarla a otro cóctel?

—De acuerdo, tomaré otro. Pero temo que no podré dedicarle mucho tiempo, señor Yang.

—Lamentable. Pero a veces poco tiempo es mucho…

Mientras decía esto Po Yang hizo una seña a un camarero,

señaló la copa de Brigitte, y mostró dos dedos. El camarero asintió con la cabeza y desapareció hacia el bar.

—Cierto —admitió Brigitte—: a veces poco tiempo es mucho. Pero no sé cómo interpretar sus palabras.

—Podemos decir que aunque estuviese mucho tiempo con usted me parecería poco. Y que, aunque esté poco tiempo, será mucho para mí, ya que el placer, no por breve es pequeño.

—Señor Yang, usted es un poeta…, o un conquistador de damas solitarias y aburridas.

—¡No me diga que se siente solitaria y aburrida!

—Así me sentía hasta hace unos segundos.

—Celebro haber roto esa… monotonía de su vida, y esa soledad. Y espero que no la sorprenda si le pido una… o mil entrevistas más. Pero temo que no va a aceptar.

—¿Por qué motivo?

—No sé. Lo malo siempre llega… lo bueno tememos que no llegue jamás.

—Veo que es cierto que los chinos son filósofos por naturaleza. Pero a veces la filosofía falla.

—Entonces ¿acepta mi invitación para mil entrevistas más?

—De momento tendrá que conformarse con una —rió Brigitte—. Y de una en una quizá lleguemos a las mil.

Po Yang se quedó mirando aquella boca sonriente, dulce, fresca, tierna; y aquellos dos trozos de cielo azul que Brigitte tenía por ojos.

—Espero que no se esté aburriendo de mí —murmuró.

—Desde luego que no.

—En tal caso será muy grato para mí invitarla a cenar…

—Lo lamento. Esta noche la tengo comprometida.

—Ah.

—Le aseguro que es cierto. No acostumbro mentir demasiado a menudo. Po Yang sonrió cortésmente.

En aquel momento el camarero colocaba los dos cócteles sobre la mesita. Esperaron a que se alejase, y Po Yang, tras un sorbo a su copa y esperar a que Brigitte hiciese lo mismo, dijo:

—Bien… La escucho, señorita Montfort.

Brigitte alzó las cejas en gracioso gesto perplejo.

—¿Qué es lo que escucha? —se interesó amablemente.

—Quiero decir que estoy esperando sus aclaraciones, si es usted tan gentil.

—¿Aclaraciones? ¿Respecto a qué?

—A su llamada.

Brigitte pareció verdaderamente confusa.

—¿Mi llamada? No le entiendo, señor Yang.

El ceño de Po Yang estaba ligeramente fruncido, pero el chino mantenía una actitud cortés y paciente.

—Usted me ha llamado, señorita Montfort. Me sorprende que lo haya olvidado, francamente.

Ahora fue Brigitte quien frunció el ceño, sin disimulo alguno.

—Le aseguro a usted que mi memoria es excelente —dijo—. Y en ella no consta el dato de haberlo llamado a usted por ningún medio. Jamás le había visto, no le conozco… ¿Por qué habría de llamarlo? Ni siquiera sé quién es, ni dónde vive… ¿Es esto un nuevo truco para entablar conversación?

El chino miró casi hoscamente a Brigitte.

No dijo nada más. De un bolsillo interior de su chaqueta sacó un sobre en el cual destacaba el membrete del Celeste Hotel. Siempre en silencio tendió el sobre a Brigitte, que lo tomó titubeante pero interesada. Sacó el papel que contenía el sobre, y que también llevaba el membrete del hotel.

En el papel, escrito a máquina, había lo siguiente:

Señor Po Yang:

Para un asunto que nos interesa a ambos le agradecería me visitase cuanto antes en el hotel, a fin de sostener una entrevista personal que puede resultar beneficiosa para los dos. Le ruego que venga con urgencia, y, si yo estuviera ausente, sea tan amable de esperarme.

Le saluda

Brigitte Montfort

La divina espía internacional tuvo que realizar un esfuerzo para salir de su asombro. Porque había motivos: la escritura correspondía exactamente a los tipos de su máquina de escribir, la que le había comprado uno de los botones del hotel. Estaba segura de ello, ya que había empezado en un par de ocasiones a escribir un

artículo sobre su estancia en Hong Kong para desistir acto seguido por considerarlos carentes de auténtico interés.

Sí, sin duda de ninguna clase aquellas letras correspondían a su máquina de escribir. Pero, también sin duda alguna, ella no había enviado aquel mensaje a un hombre del que, hasta pocos minutos antes, ni siquiera sabía que existía.

Cuando alzó la mirada se encontró con los negros e inteligentes ojos de Po Yang fijos en ella.

—Yo no le he enviado esta nota, señor Yang.

—Por su expresión me parece que no voy a tener más remedio que creerla.

—¡Naturalmente que debe creerme! No sé quién es usted, jamás oí su nombre… Le aseguro que no he sido yo quien le ha enviado el mensaje. ¿Cómo lo recibió?

Po Yang sonrió irónicamente.

—Lo llevó a mano un botones de este hotel.

—¿De veras? —Brigitte hizo una seña al camarero—. Ahora sabremos qué clase de broma es ésta. El camarero quedó junto a ellos, mirando obsequiosamente a la muchacha, que pidió:

—¿Quiere decirle al conserje que venga, por favor? Es urgente.

—Enseguida, señorita Montfort.

Po Yang sacó un paquete de cigarrillos americanos y lo ofreció a Brigitte, que tomó uno y aceptó la llamita del encendedor del chino. Luego se quedó mirándolo inexpresivamente.

—Temo que la estoy molestando con la broma de alguien, señorita Montfort. Por mi parte, le aseguro…

—No se preocupe. Ya imagino que no es un invento suyo. En cuanto a la broma supongo que nos ha fastidiado a los dos por igual.

—Lamento contradecirla —sonrió Yang—. A mí no me ha fastidiado una broma que me ha permitido conocerla.

—Es usted extraordinariamente cortés y amable. Espero que… Ah, ya viene el conserje.

El conserje llegó, realizando mil malabarismos oculares para no mirar las piernas de la espía. Brigitte le preguntó si había salido algún botones del hotel con una nota escrita por ella y dirigida al señor Po Yang. El hombre declaró no tener noticias al respecto, pero decidió preguntar a los botones de servicio diurno.

Cuando el conserje se alejaba, Brigitte preguntó:

—¿A qué se dedica usted, señor Yang?

—Soy propietario de unos almacenes en el muelle: Chinese Store, ImportExport… Están en el Dock 2. ¿Los conoce?

—Llevo veinticuatro horas en Hong Kong. Y no sólo no los conozco, sino que jamás oí hablar de ellos, ni de usted, ni he tenido nunca nada que ver con objetos chinos, ni con importaciones o exportaciones de ninguna clase, ni aquí ni en Estados Unidos.

—Resulta un poco sorprendente todo esto.

—¿Usted tampoco me conocía a mí?

—No había tenido ese placer.

—En verdad asombroso. ¿Qué importa y exporta usted?

—Cosas corrientes: objetos de arte chinos, té, sedas… Algunas veces, si la oferta es buena, contrabandeo un poco de opio —sonrió —. La vida es dura. Oh, cuento con su discreción, naturalmente.

—Naturalmente —sonrió Brigitte.

—También me dedico a pequeños transportes de cabotaje. A veces incluso llegamos a Macao con los cargueros más grandes. También hemos hecho el recorrido con las lanchas pequeñas.

—¿Tiene usted lanchas pequeñas? —se interesó no poco Brigitte.

—Un par de lanchas de dos motores, muy veloces y amplias. Están un poco viejas, pero sirven a veces para satisfacer a clientes que tienen mucha prisa en recibir determinadas mercancías.

—Me imagino cuáles son esas mercancías —casi rió Brigitte.

—Es natural. Resulta fácil darse cuenta de que es usted una persona muy inteligente. En cuanto a mí… Bien, me pregunto si puedo esperar que este incidente sirva para… iniciar una relación que a mí se me antoja que resultaría sumamente agradable. En fin, espero que su aceptación a mi invitación a cenar no sea anulada ahora.

—¿Por qué motivo? Usted es el mismo hombre agradable aunque yo no le haya llamado. Será un placer cenar con usted… en la esperanza de que me llevará a algún lugar irresistiblemente exótico.

—Lo intentaré —rió el chino—. Es usted encantadora, señorita Montfort. Sería maravilloso para mí que dispusiera de mi humilde persona para todo cuanto guste. Si en cualquier momento precisa la ayuda de alguien que sabe muy bien cómo desenvolverse en Hong

Kong me agradaría que contase conmigo.

—Puede estar seguro de ello.

—Espléndido. ¿Sigue en pie la cena, para mañana?

—Desde luego que sí… Pero no podría decirle a qué hora estaré lista de mi trabajo periodístico.

—¿Es usted periodista?

—Así es. Estoy en Hong Kong por el caso del piloto cuyo cadáver ha desaparecido en aguas de…

—Oh, sí, ya sé. —Yang frunció el ceño una vez más—… ¿No le parece que se le está dando demasiada importancia a eso?

—Es posible. Pero mi obligación es trabajar en el asunto, mantener informado a mi periódico… ¿Tiene usted teléfono, señor Yang? Le avisaría mañana en cuanto estuviese lista.

Po Yang le tendió una tarjeta. Brigitte la estaba examinando cuando regresó el conserje, que aguardó a que la muchacha le mirase.

—¿Y bien? —inquirió Brigitte.

—Ningún botones ha hecho ese recado, señorita Montfort.

—Está bien… Muchas gracias.

El conserje inclinó la cabeza y se alejó.

Brigitte se puso en pie y Po Yang la imitó en el acto, visiblemente turbado.

—Ya ha oído, señor Yang.

—Sí, sí… No entiendo nada, pero por mi parte insisto en que ha sido un placer. Brigitte le tendió la mano, sonriendo.

—No se lo diga a nadie…, pero yo también me alegro de esta broma. ¿Hasta mañana? Po Yang alzó la mano de Brigitte y la besó ligeramente en el dorso.

—Hasta mañana… Para mí ésta será una de esas ocasiones en las que al tiempo se le llama eterno. Brigitte retiró la mano, dio la vuelta, y se alejó, notando en su espalda, en sus piernas, en su nuca, la ardiente mirada del hermoso chino llamado Po Yang.

Ahora, más que nunca, estaba convencida de que se acercaba al centro de la tormenta. Y eso le encantó.

Capítulo VI

Introdujo la llave en la cerradura, giró el pestillo, y empujó la puerta, todavía pensativa respecto a tan inesperado acontecimiento.

Pero el pequeño papelito blanco que debía haber caído hacia el suelo no apareció. Lo había dejado antes entre la puerta y el marco, de modo que, apenas abrir la puerta, el papelito tenía que revolotear hacia el suelo. Si no sucedía así estaba bien claro que alguien había entrado en la *suite* durante su ausencia. Había estado… o todavía estaba allí dentro.

Brigitte entró con toda naturalidad y cerró la puerta. Inmediatamente se subió la falda de su bonito vestido de tarde y sacó la pistola de su escondrijo habitual, empuñándola fuertemente. Luego miró a su alrededor. Todo estaba igual, nada había sido removido, las persianas estaban como ella las había dejado… Vio el papelito en el suelo. Desde luego se había asegurado bien, al salir antes, de que el papelito no caería a menos que la puerta fuese abierta.

Se dio cuenta de que la puerta del cuarto de baño estaba cerrada. La veía desde allí, desde un lado del saloncito, en la pared izquierda de dormitorio. Entró en éste con absoluta tranquilidad, tarareando una canción de moda… En el vaso había solamente dos rosas, de modo que su visitante no había sido la persona que le estaba proporcionando rosas y notas y que, aparentemente al menos, estaba de su lado.

Se volvió hacia el cuarto de baño, sin dejar de tararear. Era más que probable que el visitante se hubiera marchado ya, pero también quedaba la posibilidad de que aún estuviese en el cuarto de baño, donde se habría escondido al oír abrirse la puerta…

Se colocó a un lado de la puerta, sonrió, y dijo:

—La ventana del cuarto de baño da al patio interior, y son cinco pisos de altura; no podrá salir por ella. Tiene que hacerlo por la

puerta donde yo le estoy esperando… con una pistola en la mano. Y no tengo otra cosa que hacer.

La puerta empezó a abrirse, despacio. Brigitte retrocedió un paso, alzando la pistola.

—Salga con las manos por delante. Igual que si fuese un sonámbulo. Le resultará menos peligroso, porque a veces se me escapa el dedo en el gatillo si no me siento tranquila del todo… ¿*Okay*?

Aparecieron las manos de un hombre. Y, enseguida, el hombre, con el ceño fruncido. Brigitte lanzó una exclamación de auténtica e incontenible sorpresa.

—¡Tío Charlie!

—Vaya un recibimiento —refunfuñó Charles Alan Pitzer—… ¿Puedo dejar de hacer el sonámbulo?

Brigitte se echó a reír, se acercó a Pitzer, le abrazó cariñosamente, y le besó en ambas mejillas.

—¡Oh, tío Charlie, qué contenta estoy de verle!

—Sea formalita, querida: ni soy su tío ni una estatua que soporte impávida sus besos.

—No sea arisco… Pero hombre de Dios, ¿no me reconoció cuando entré tarareando en el dormitorio?

—Desde luego que sí. Pero quería saber qué tal se desenvolvía usted, nena.

—Pues ya ve que sé cuidarme sola… ¡Esta sí que es una sorpresa! ¿Qué hace usted en Hong Kong?

—Vacaciones.

Brigitte volvió a reír, llevando de un brazo a su jefe hasta la cama, donde lo sentó, haciéndolo ella a su lado.

—¿Vacaciones pagadas por la —bajó de pronto a un tono graciosamente confidencial la voz—… por la CIA?

—Puede hablar con voz normal —gruñó Pitzer— y sin acercarse tanto a mí. He examinado la *suite*, y no la están escuchando. Es usted quien está vigilando a alguien por medio del magnetófono que tiene funcionando en el armario.

—Oh, por cierto, tengo que cambiar los discos…

—Ya lo hice yo. No se oye nada. ¿A quién está espiando?

—A un hombre llamado Reginald Mc Coy, teniente de la US Navy.

—¿Un traidor?

—No lo creo… Pero todo puede ser. Le llamé a usted esta mañana a la floristería, y me atendió Simón. No me dijo que estaba usted camino de Hong Kong.

—Los teléfonos son siempre indiscretos, querida, y hay que utilizarlos con mucho cuidado. ¿Para qué me llamó?

—Para pedirle información sobre Reginald Mc Coy, naturalmente. Y también para que ratificase mi impresión de que algo importante está ocurriendo en Hong Kong. ¿Es así?

—Muy importante —asintió Pitzer.

—Sí… Tiene que serlo, para que usted haya abandonado su lecho de algodón en Nueva York… Supongo que Miky Grogan le dijo que yo estaba aquí.

—Desde luego. La fui a buscar, precisamente para enviarla a Hong Kong.

—Pero como yo soy una chica lista ya le estaba esperando en esta fascinante ciudad… ¿Qué está sucediendo?

—No lo sé de un modo concreto. Pero recibí un mensaje de uno de nuestros agentes aquí. Hay un gran movimiento de agentes secretos en Hong Kong, querida. De diversos servicios, quiero decir.

—Ya he comprendido, y además lo tenía comprobado… Lo que ignoro es el motivo de tanto movimiento.

—Eso tampoco lo sé yo. Pero sí puedo adelantarle algo: lo que están buscando en Bahía Bias no es precisamente el cadáver del piloto… Quiero decir que ése no es el máximo interés de la US Navy. Claro está que buscan al piloto, pero sus mayores esfuerzos están dedicados a encontrar los restos de los dos aparatos que chocaron en el aire y cayeron a la bahía.

—¿Por qué? ¿Qué importancia especial tienen?

—¡Le digo que no lo sé!

—Cálmese, primor. Quiere que sea yo quien averigüe eso, ¿no es así?

—Exactamente. No deseamos movilizar a ninguno de nuestros gentes de aquí a menos que sea necesario absolutamente. Quiero decir movilizarlos de un modo directo, ya que, obviamente, están trabajando.

Brigitte se subió la falda, con lo que Pitzer soltó un respingo y se quedó mirando como hipnotizado las sensacionales piernas.

—No se ponga nervioso —rió la muchacha—: sólo voy a guardar la pistola… ¿Alguno de nuestros hombres en Hong Kong tuvo noticias de que yo estaba aquí?

—No —suspiró Pitzer, al perder el espectáculo que significaban las piernas de Brigitte.

—¿Ni me conoce ninguno de ellos?

—Desde luego que no. En lo posible siempre evito poner en contacto directo a dos buenos agentes. Simple precaución.

—Que no sirve de gran cosa, a veces —musitó la divina—. Hay un hombre en Hong Kong que me conoce perfectamente.

—¿Amigo o enemigo? —se alarmó Pitzer—. Porque si es enemigo ya está tomando usted ahora mismo el avión de regreso a casa.

—Creo que es amigo. ¿Sabe usted algo de Reginald Mc Coy?

—En absoluto. Cuando usted llamó a Nueva York yo estaba en el aire. Y todavía no me he puesto en contacto con Simón.

—Pues vamos a poner remedio a eso ahora mismo. Además, le dije a Simón que le avisaría, que le llamaría otra vez. Espero que tendrá alguna noticia que comunicarnos.

Descolgó el teléfono, volvió a pedir conferencia con la floristería, y fue al armario. Lo abrió, y tras un breve vistazo al magnetófono, que estaba funcionando, buscó en un rincón. Dejó abierto el armario y regresó junto a Pitzer, llevando los mensajes recibidos de su anónimo pero amistoso comunicante y las copias de las fotografías tomadas aquella mañana, aquellas que el viejo Ho Min había pretendido explotar por su cuenta.

Pitzer leyó los mensajes. Luego examinó atentamente las fotografías, mientras Brigitte le iba poniendo al corriente de todo lo sucedido desde que llegara a Hong Kong, incluyendo la última sorpresa, constituida por la presentación de Po Yang pocos minutos antes en el Patio Azul, con la aseveración de que ella le había citado.

Cuando Brigitte terminó el relato Pitzer estaba dándose golpecitos con las fotografías en una mano.

—Veo que no necesita usted órdenes mías para meterse en líos, querida niña —comentó.

—Soy como un imán para los jaleos de espionaje —aseguró Brigitte—… Supongo que es herencia materna.

—Posiblemente. ¿Cree usted que ese hombre que coloca las rosas rojas y las notas puede ser Reginald Mc Coy?

—No. No lo creo. Podría ser él, pero mi instinto me dice que no. Además, no creo que Mc Coy me conociese de antes. Y el hombre o la mujer que me envía las rosas rojas me conoce muy bien. Tiene que ser alguien muy seguro de sí mismo… Un hombre, desde luego. Un hombre excepcional, inteligente, que me conoce bien…, y que se dedica al espionaje. Un hombre como… como…

Brigitte quedó boquiabierta, pasmada. Y de pronto sonrió alegremente.

—¿Como quién? —se interesó Pitzer.

—No puede ser… ¡Oh, pero claro que puede ser!

—¡Está bien, diga ya de quién se trata!

—Todavía no, querido tío Charlie. Antes quiero asegurarme.

—Mire, Brigitte, le ordeno…

—No sea ridículo —rió la hermosa—. Usted sólo puede ordenarme lo que yo esté dispuesta a obedecerle. ¿Qué hacemos con esas fotos? Las que tiene Lin Yuey iré a recuperarlas en cuanto pueda.

—Me las llevaré. Hay algo que me sorprende de esto.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe? —Gruñó Pitzer.

—Querido mío, usted no me contrató por… hermosa y divina, sino por inteligente, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Pues no voy a defraudarle en la que respecta a esa inteligencia.

—Ni en lo otro —aseguró Pitzer, mirándola ávidamente.

—No sea… apasionado —rió Brigitte—. Bien, lo que a usted le sorprende de esas fotos es que hayan querido robármelas, ¿verdad? Usted, como yo, ha comprendido que si bien tales fotos no puede conseguirlas fácilmente un periodista sí puede conseguirlas un espía, por mediana que sea su categoría. Entonces, dando por sentado que los agentes de otros servicios llevan más tiempo que yo en Hong Kong y que por tanto cabe esperar que hayan conseguido fotos incluso mejores que las mías… ¿por qué me las quieren robar?

—A veces me fastidia que sea tan inteligente, se lo aseguro —masculló Pitzer.

—No sea tontín, cariño. Es bueno ser inteligente… Fíjese que, en general, resulta posible hacerse el tonto. En cambio, cuando uno es tonto de verdad no puede parecer nunca inteligente de verdad; y eso sí que es grave, querido mío. Bien, entonces llegamos a una conclusión respecto a estas fotos: tienen algo especial que, desde luego, no se ve a simple vista.

—Cuando usted habla, a los demás sólo nos queda asentir —gruñó de nuevo Pitzer—. Llevaré estas fotos a… a un sitio donde un hombre tan inteligente como usted, y que conoce Hong Kong tan bien como usted Nueva York, quizá sepa descifrarlas, encontrar en ellas algo interesante… ¿Cómo va la labor periodística?

—Mal. Podría escribir cosas para embaucar a unos cuantos bobos, pero ése no es precisamente mi estilo ni mi norma. Ni es lo que se merece el público, naturalmente.

—Ya… Usted espera siempre lo sensacional, para escribir esos artículos que le proporcionan ingresos que le permiten vivir en la Quinta Avenida, con piscina en su apartamento…

—No sólo vivo del periodismo —rió Brigitte—. La CIA también colabora. Y no digamos mis propios dineritos, que sé invertir y multiplicar. En cualquier caso… ¿quizá preferiría usted que viviera en una choza maloliente?

—No. Aunque usted es de una pasta tan especial que viviría en ella igual de alegremente, siempre feliz. La envidio.

—¡Pero si ser feliz es facilísimo, tío Charlie! Todo lo que hay que conseguir es ser bueno y vivir de acuerdo con uno mismo. ¡Y no me diga que esto le parece difícil…!

—Lo que sí le digo es que hay que tener carácter para eso…

Sonó el teléfono.

—¡Ese es Simón! —exclamó Brigitte—. Venga a escucharlo… pero no hable.

—Yo tampoco soy tonto —gruñó Pitzer.

Brigitte atendió la llamada. Efectivamente la ponían en comunicación con Nueva York, de acuerdo a su pedido anterior.

—¿Simón? ¿Cómo estás, cariño?

—Hola, prima. Estoy muy bien. ¿Y tú?

—Más bonita que nunca. ¿Tienes, alguna respuesta a las preguntas que te hice?

—Puedo decirte muy poco. Sobre lo de Hong Kong será mejor

que busques ahí alguien que sepa más cosas que aquí en Nueva York.

Brigitte miró sonriente a Pitzer, pero contestó:

—¡Qué fastidio! En fin, ya me las arreglaré… Por aquí se dicen muchas cosas, pero ya sabes que yo siempre intento encontrar algo nuevo, especial… Y a veces los que están lejos saben más que los que están cerca.

—¿Se te está contagiando la filosofía china? —rió Simón.

—Un poco —rió también Brigitte—. ¿Qué sabes de tío Charlie?

—Ocupado en sus cosas, ya sabes. ¿O no lo sabes?

—Lo sé positivamente. Es como si estuviese viendo al querido tío Charlie, con su mueca huraña, siempre preocupado por su trabajo. Sí, es como si lo estuviese viendo, Simón.

—Claro, claro. Entiendo… Ah, primita, respecto a ese chico de la Marina, el tal Mc Cloure…

—Mc Coy, Simón. Reginald Mc Coy. Siempre has sido un tonto de la cabeza. Bueno, ¿qué pasa con Mc Coy?

—Tú sabrás, encanto. Sólo que, pensando, se me ha ocurrido que quizá sea del G-2 y te complique la vida… Ya sabes, de esos tipos que se dedican a cosas de secretos y así… ¿No es el G-2 el servicio secreto de la Marina, o algo parecido?

—Simón, eres el primo más tonto que pueda tener una chica decente y normal. Y como no quiero oír más tonterías será mejor que nos despidamos.

—*Okay*. ¿No me envías besitos para tío Charlie?

—Esta vez los envío para ti. A tío Charlie se los daré yo misma cuando lo vea.

—¿De modo que a él se los darás con tu boquita y a mí me los envías por teléfono? ¡No hay derecho, demonios…!

—Adiós, Simón —volvió a reír Brigitte.

—Adiós, encanto. Un abrazo.

Brigitte colgó, sonriendo, y se quedó mirando a Pitzer.

—Ya lo ha oído —murmuró—: Reginald Mc Coy pertenece al G-2, o lo que es lo mismo, a los servicios secretos de la Marina… No podía ser de otro modo. Por eso está alojado en un hotel y no en cualquier navío. Está vigilando lo que ocurre en Hong Kong, concretamente en este hotel. Habrá otros muchachos como él vigilando en otros hoteles, pensiones, casas particulares, en la calle,

en los muelles…

—De donde se deduce que lo que está ocurriendo es en verdad importante. Muy importante… ¿De qué se sonríe ahora?

—Pienso en Reginald Mc Coy… Me divierte que la Marina también esté movilizando sus fuerzas de espionaje. Por el momento tenemos en Hong Kong representantes de los servicios de espionaje ruso, americano, en dos versiones éste… y seguramente chino y británico, por supuesto. ¿No le parece emocionante, tío Charlie?

—Y peligroso.

—Siempre estamos en peligro…, aunque no nos movamos de casita. Hace unos días leí uno de los sucesos que publicamos en el Morning News: una señora se mató al caer a la calle con un trozo de la terraza de su apartamento, que se desprendió del rascacielos donde estaba ubicado. Quedó completamente aplastada en la acera, a dieciséis pisos por debajo de su muy seguro y confortable apartamento. ¿Qué más da morir así o de un balazo disparado por un ruso, querido? Cuando llega la hora, llega, y eso es todo…

Volvió rápidamente la cabeza hacia el armario, cuya puerta había dejado abierta. Se llevó un dedo a los labios, y tiró de Pitzer hacia el lugar donde estaba funcionando el magnetófono.

Miró su relojito.

Eran las siete y veinte, o sea la hora en que más o menos había calculado que Mc Coy regresaría de la zona de exploración. Escuchó y señaló el aparato, murmurando:

—Me parece que he oído el ruido de la puerta al cerrarse.

Pitzer aguzó el oído, pero no oyó nada, de momento. Un par de segundos más tarde sí oyó el rumor de unas pisadas…

—Ése es Mc Coy —susurró Brigitte.

Se oyó, de pronto, el silbido de Mc Coy. Debía de estar muy contento, y Brigite sonrió al pensar que sin duda su alegría no era ajena a ella. Posiblemente Reggie estaba ya saboreando los besos que pensaba darle aquella noche, y quizá sus proyectos llegaban mucho más allá en la relación entre ambos…

Sonó de pronto el respingo de Mc Coy, y se oyó su voz excitada, crispada:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué…?

Plop.

Plop. Plop.

El ruido de algo pesado al caer al suelo, pisadas precipitadas, la puerta que se abre y se cierra… Luego el silencio total.

Brigitte se había puesto en pie de un salto, y una vez más estaba requiriendo su pistolita de cachas de madreperla. Pitzer también se había incorporado, y corría ya hacia la puerta del dormitorio, pero Brigitte le sujetó por un brazo.

—Quédese.

—Han disparado contra…

—Quédese aquí a la escucha… No podemos saber si es una trampa. Y en estas circunstancias es mejor que me arriesgue yo, puesto que no sabría qué hacer si le ocurría algo a usted. En cambio, si algo me ocurre a mí, usted podrá ponerse en contacto con nuestros agentes.

—Pero puede ser…

—Peligroso, ya lo sé. Esté atento al aparato.

Salió rápidamente de la *suite*. Aquellos tres disparos con silenciador eran indudablemente un mal augurio. Pitzer sabía de tantos trucos en su trabajo que no se sintió tranquilo hasta que, un par de minutos después, oyó la voz de Brigitte por el receptor que llevaba la grabación al magnetófono:

—Ya puede venir, tío Charlie: *suite* 326.

Caítulo VII

Reginald Mc Coy notó en su rostro el suave tacto de unas manos amables, y oyó, muy lejana, aquella voz celestial:

—Reggie… Reggie, querido…

Consiguió abrir los ojos. Los párpados le pesaban tanto que tuvo la impresión de que con ellos estaba alzando un gran peso. Sentía como unas brasas en el pecho y en el estómago.

—Bri… Brigitte…

—Soy yo, Reggie… No te muevas. Pronto tendremos ayuda. Enviaré a por un médico.

—Es… es inútil…

Ahora iba notando en su espalda el frío del mosaico. Se daba cuenta de dónde estaba: tendido de cara al techo en el umbral del dormitorio de su *suite*. Y sabía también que tenía tres balas en su cuerpo. Recordó los balazos, aquellos golpecitos, dos en el pecho y uno en el estómago. Había encontrado a aquel hombre en su *suite*, y se había sorprendido tanto que no había tenido tiempo de nada antes de que el otro le disparase tres veces… Sí: tres veces.

—Calla, Reggie —estaba oyendo a Brigitte—. Con seguridad que si llamo a un médico…

—No, no… Quiero que sepas… Quiero que… que sepas… Oyó pisadas detrás de Brigitte y se asustó.

Luego, al darse cuenta de su propio sobresalto, intentó reír, pero el dolor fue demasiado intenso. Sin embargo, la risa estaba justificada. ¿Qué podía temer él, si ya estaba casi muerto?

El hombre recién llegado se acuclilló junto a Brigitte, mirándole a él, empero.

—¿Cómo está? —preguntó.

Y entonces oyó claramente la respuesta de Brigitte:

—Morirá muy pronto. Tiene tres balas en el cuerpo: dos en el pecho y una en el estómago, que le ha producido perforación total,

según creo. Las del pecho también son mortales.

—Parece que quiere decir algo.

Al oír esto Brigitte volvió a prestarle su atención, con lo que Reginald Mc Coy, en los últimos instantes de su vida, se sintió un poco confortado.

—¿Qué es lo que quieres que yo sepa, Reggie? —le preguntó.

—Ha… ha sido… un… un chino…

—¿Sabes por qué te ha disparado?

—No… No lo sé…

—Reggie, tienes que escucharme bien. Mi verdadero nombre es Brigitte Montfort, no creas que es falso. Es cierto que estoy empleada en el diario Morning News de Nueva York, pero casi siempre que últimamente salgo al extranjero es para prestar servicios a la CIA… ¿Me estás oyendo?

—Eres una… una embustera…

—Te demostraré qué no. Pedí informes sobre ti a Nueva York esta mañana, y esta tarde he tenido la respuesta: perteneces al G-2 de la Marina, al servicio secreto de información naval. Ahora dime quién ha disparado contra ti.

—El… el objeto…

—¿Qué objeto? Había un hombre aquí, lo sé porque tengo colocados tres micrófonos en esta *suite*. ¿Qué tiene que ver ese hombre que te ha disparado con un objeto?

—Un chino…

—Sí, ya sé: un chino. ¿Quién es? ¿Le conoces?

—Objeto… «Objeto 777»…

—«Objeto 777» —repitió Brigitte—. ¿Qué es eso, Reggie?

—Lo están… buscando. Y los… los chinos también lo están… están buscando…

—Te entiendo perfectamente. ¿Qué es ese «Objeto 777»?

—Es… es… Brigitte, si… si eres de… de la CIA no… no permitas que… que el «Objeto 777»… Todavía no… no lo hemos…

Reginald Mc Coy enmudeció de pronto. Quedó con los ojos abiertos y fijos en Brigitte, quien, muy pálida, con mano un tanto temblorosa, se los cerró lentamente.

Estuvo luego unos segundos inmóvil, bajo la mirada de Pitzer, que susurró:

—Siempre cae alguien, Brigitte.

—Ya lo sé… Lo hemos comentado otras veces. Y así es como caemos los que nos dedicamos a esto. Pero Reggie era un muchacho agradable, una buena persona. No voy a decir que lo amase, tío Charlie, pero lamento sinceramente que lo hayan asesinado.

—Nunca me cansaré de decir que tiene usted demasiado corazón, pequeña. Pero el corazón tenemos que olvidarlo ahora. No podemos dejar el cadáver aquí. Si lo encuentran va a armarse demasiado revuelo, y las cosas se pondrán muy difíciles para todos.

—Sí, está bien. ¿Se encarga usted de ocultarlo?

—¿Yo? ¡Imposible!

—¿Imposible? —se sorprendió Brigitte.

—No dispongo de gente para ello.

—Creí que teníamos agentes en Hong Kong.

—Y los tenemos… Pero son agentes blancos, americanos. En Hong Kong el noventa por ciento de la población es china, y es esa población la que hace los trabajos menos importantes… No puedo enviar a dos agentes simulando ser empleados de una lavandería, o de cualquier otra cosa… Dos lavanderos blancos llamarían la atención más que si llevasen pancartas proclamando que pertenecen a la CIA. También la mayor parte de empleados del hotel son chinos: botones, camareros, cocineros, camareras… Dos hombres blancos ocupados en uno de esos menesteres ni siquiera sería creíble.

Brigitte se mordió los labios.

—Es cierto… Y no podemos llevar a Reggie a mi *suite* y esconderlo allí, porque los periodistas deben de estar llegando al hotel… Los pasillos empezarán à llenarse de gente ahora.

—Es un mal asunto.

—Quizá convendría avisar al G-2, en el portaaviones, y que hicieran las cosas discretamente. A fin de cuentas, es su hombre.

Pitzer asintió, pero tras unos segundos de reflexión movió la cabeza negativamente.

—Lo lamento, pero no podemos hacer eso. Quiero que las cosas continúen en calma. Haría cualquier cosa si este muchacho estuviera vivo, aunque malherido. Pero nada podemos hacer por él, y hemos de pensar en nuestro trabajo. Encárguese usted de esto.

—¿Qué? —Respingó, Brigitte—. ¿Cómo puede pretender que yo me encargue de una cosa así?

—Arrégleselas como pueda. Mientras tanto yo iré a ver a un par de agentes, y veremos qué consiguen sacar en claro de estas fotos. Ah, antes de marcharse de aquí recoja los micrófonos.

—De acuerdo. ¡Vaya encarguito me deja!

—Lo siento, pero no podemos hacer otra cosa. Hasta la vista.

—Hasta la vista…

Pitzer abandonó la *suite* de Reginald Mc Coy, y Brigitte quedó a solas con el cadáver. Desde luego el querido tío Charlie le había dejado una papeleta difícil de resolver, pero algo se le ocurriría.

Se dedicó a recoger los tres micrófonos que había colocado horas antes. Luego efectuó un ligero registro, convencida de que nada iba a encontrar que resultara interesante. En primer lugar porque era poco probable que Mc Coy hubiese tenido allí notas relacionadas con lo que realmente ocurría en la zona de exploración. Y en segundo lugar porque, obviamente, el hombre que había matado a Mc Coy había estado allí registrándolo todo cuando Mc Coy le sorprendió, y era lógico que se hubiese llevado lo que pareciese digno de interés.

Permaneció en la *suite* todavía un par de minutos, pensando en algún medio para sacar de allí el cadáver, o esconderlo de tal modo que no fuese hallado antes de la mañana siguiente.

Por supuesto podía esconderlo debajo de la cama, o en el armario… Pero era correr un riesgo innecesario. Había que tener la seguridad de que el cadáver no podría ser hallado ni siquiera por una casualidad. Es decir, que inevitablemente tenía que sacarlo de allí. Si lo conseguía, aunque lo buscasen sus compañeros del G-2 no podrían encontrarlo, y quizá pensarían que estaba trabajando en algo relacionado con su misión. Y de este modo tendría toda la noche por delante para actuar sin que hubiese cundido la alarma en la Marina y en su G-2.

Cogió la llave de la *suite*, salió y cerró. Era mejor subir a *suite* y esconder mejor, el magnetófono que, de momento, no le servía de nada. Mientras tanto quizá se le ocurriese algo.

Llegó a su *suite*, recogió el magnetófono, lo escondió debajo de la cama envuelto en un periódico…, y cuando se incorporó vio la tercera rosa roja y el consabido papelito, que se apresuró a coger y leer.

Decía:

LAMENTABLE LA MUERTE DEL MUCHACHO DEL G-2. TENEMOS MUY POCO TIEMPO ANTES DE QUE CUNDA LA ALARMA. SERÁ MEJOR QUE ESCONDA EL MAGNETÓFONO Y ENCUENTRE EL MEDIO DE HACER DESAPARECER EL CADÁVER. YO NO PUEDO HACER NADA EN ESTA OCASIÓN, IGUAL QUE LE OCURRE A ESE TIPO QUE USTED LLAMA TÍO CHARLIE. ¿NO TIENE AMIGOS QUE PUEDAN AYUDARLA?

Brigitte se guardó el papel en el seno, pero, pensándolo mejor, lo llevó al escondrijo del rincón del armario. Sabía ya positivamente quién era el hombre que parecía estar en todas partes, saberlo todo, verlo y oírlo todo… Estaba segura de no equivocarse en la identidad de aquel hombre que tan bien conocía.

¿Amigos?

¿Tenía ella amigos en Hong Kong? Desde luego que no. Y mucho menos amigos en los cuales pudiese confiar lo suficiente para encargarles nada menos que sacasen un cadáver del Celeste Hotel. Aparte de que aquellos amigos tendrían que ser chinos aquella operación requería… mucha discreción y pericia, una dirección inteligente y una mente audaz a fin de…

Lanzó una exclamación y salió corriendo del dormitorio. En el saloncito recogió de sobre la mesita aquella cartulina rectangular con la dirección y teléfono de Po Yang, el inteligente y atractivo chino que había confesado dedicarse de cuando en cuando al contrabando de opio.

El ceño de la bella espía se frunció. Por supuesto, quien había enviado aquel mensaje a Po Yang lo había hecho por algún motivo determinado, importante, concreto. ¿Estaba Po Yang mezclado en aquel asunto… o alguien quería mezclarlo? No importaba eso, porque aquella persona que hubiese enviado el mensaje debía de tener el mismo interés que ella en que el cadáver de Reginald Mc Coy no apareciese antes de tiempo. En cuanto al asesino quizá preferiría lo mismo, pero era muy lógico que se hubiese apresurado a huir.

Decidida de pronto Brigitte salió de su *suite*. Iría a ver a Po Yang en aquel mismo momento, y tomaría la decisión allí, cuando hubiese hablado con él. Si Po Yang, como parecía lógico, estaba metido en el asunto, le seguiría el juego. No tendría otro remedio.

Cuando salió a la calle empezaban a encenderse las luces de la

ciudad. En el muelle se veían ya las de los barcos de toda clase. Las calles empezaban a parecer más llenas de gente, que ya no tenía tanta prisa como durante el día. Tres chinitas jóvenes, montadas en bicicletas, pasaron muy cerca del bordillo, riendo y parloteando en chino mientras miraban burlonamente a Brigitte, con sus párpados estirados por la risa.

Una *rickshaw* pasó delante de ella. Llamó al coolie, que se detuvo en seco. Subió y dio la orden:

—Lléveme al Dock 2 de Hong Kong, en línea recta y deprisa… Buena propina.

—Sí, *Madame*.

Una vez en el Dock 2, adonde llegó sin que el chino se las hubiera querido dar de listo paseándola para aumentar su tarifa, Brigitte encontró pronto el almacén de Po Yang, un edificio grande y de buena apariencia. Había una bombilla sobre el gran cartel que indicaba:

CHINESE STORE IMPORT & EXPORT PROP. PO YANG

Había unos chinos descargando un gran camión cuya mercancía era llevada al cercano embarcadero y traspasada a un carguero también de buen aspecto y relativamente grande. Unas chinas jóvenes reían cerca del carguero haciendo señas a los empleados de Po Yang.

Cuando preguntó por éste le señalaron una puerta muy grande encajada en un gran arco. Sobre aquel arco se veía la casa que debía de ser el domicilio particular de Po Yang.

Una criada china, de edad avanzada y mirada impávida, escuchó su petición de ver urgentemente al señor Yang.

—Dígale que soy Brigitte Montfort.

Había un pequeño patio que pretendía ser agradable, pero que olía inevitablemente a mar sucio, a petróleo, a pescado, a humo. La criada china subió el pequeño tramo de escalera que llevaba a la parte alta de la vivienda. Y apenas cinco segundos más tarde aparecía el propio Po Yang, con expresión no poco sorprendida, pero, sobre todo, alegre. Bajó rápidamente los escalones de piedra y tomó la mano de Brigitte, llevándosela a los labios.

—Señorita Montfort, esto es una dicha muy grande para mí…

¿Ha cancelado su cita de esta noche?

—Por fuerza, Po Yang. Pero si está usted ocupado…

—Para usted nunca. ¿Puedo ofrecerle mi humilde casa?

Brigitte sonrió y se dirigió hacia la escalera, aceptando el gesto invitador de Yang. Éste subió tras ella, abrió la puerta que daba al cuadrado y pequeño rellano, y sonrió invitadoramente.

Apenas cruzar el umbral, Brigitte quedó gratamente sorprendida. Allí desaparecía todo signo de la rudeza del embarcadero, del aspecto exterior de la casa. Un gran salón, con suave iluminación que proporcionaban dos lámparas de pie, una estantería sin fondo conteniendo objetos chinos en verdad exóticos, un ave azul disecada… En un rincón algunos almohadones bajo una de las lámparas. Al lado una mesita baja en la que había un vaso, un periódico, un cenicero con un cigarrillo humeante… Al otro lado una biblioteca y un televisor. No había ni una sola silla o diván, o sillón. La luz resultaba tenue, sedante, amable.

—De modo que es aquí donde vive… —musitó Brigitte.

—Digamos que es… mi cubil. Tengo proyectado comprarme pronto una casa en la parte alta de la ciudad. Pero ya le dije que la vida es dura a veces…, y hay que trabajar mucho y muy duro.

—Entiendo que así ha trabajado usted. Pero al menos ha obtenido resultados.

—¿Qué resultados? —Alzó una ceja el chino.

—Bueno —sonrió Brigitte—, al menos los suficientes para comprarse una villa en el Peak, según entiendo.

—Ah, ya. Sí, en efecto. —Po Yang sonrió alegremente—. Incluso algo más, francamente. Si me perdona un instante intentaré encontrar una silla para…

—Me encantará sentarme en esos almohadones, no se moleste.

—Usted nunca podría causarme molestias. ¿Le apetece un *whisky*? Tengo un buen *whisky* inglés. O americano, si lo prefiere.

—Tomaré escocés con hielo.

Po Yang batió palmas, y la china vieja apareció tan de repente que Brigitte estuvo a punto de lanzar una exclamación. Po Yang le dijo algo en chino y la vieja desapareció.

—¿Qué le ha dicho? —se interesó Brigitte.

—Le he pedido hielo, simplemente —rió él—. ¿No habla usted chino? ¿Ni siquiera un poco?

—Todavía no. Espero aprenderlo si permanezco unos pocos días más en Hong Kong.

Po Yang rió alegremente.

—Me temo que necesitará algo más de unos pocos días para aprender el chino… ¿No quiere sentarse?

Le dio la mano, sosteniéndola mientras Brigitte se sentaba en los almohadones. Luego, él se sentó a su lado y se quedó mirándola fijamente, pero siempre correcto.

—Me gustaría poder expresar mi satisfacción por su visita… Pero temo mucho que a veces las palabras carecen del suficiente significado. ¿Cómo debo interpretar su grata visita?

—¿Tiene que haber un motivo especial para visitarlo?

Po Yang parpadeó lentamente.

—Pues… no —murmuró—. Yo preferiría que no, al menos.

—Lamento defraudarlo —rió Brigitte—: existe un motivo.

—¿Un motivo… que no es personal?

—Cuando trato con un hombre que me agrada siempre pongo algo de… personal en ese trato.

—¿Y yo… le agrado?

—Mucho —susurró Brigitte, mirándolo intensamente.

Po Yang adelantó una mano hacia el brazo de Brigitte, que la notó seca y dura, firme, agradable. La mano ascendió por el brazo, hasta el cuello. Luego, muy despacio, Po Yang atrajo a la espía, susurrando:

—Estoy convencido… que es usted… una mujer sincera…

—En todo momento —susurró también Brigitte.

—¿Puedo besarla?

—Lo estoy deseando.

Po Yang rodeó con el otro brazo la esbelta cintura femenina, y tiró suavemente hacia sí. Brigitte vio acercarse aquellos labios prietos, varoniles, y pensó que, efectivamente, estaba deseando que Po Yang la besase.

Por eso, cuando lo hizo correspondió cálidamente al beso, tan dulcemente que el chino se estremeció. Fue un estremecimiento largo y profundo que agradó a Brigitte. Era satisfactorio comprobar que su beso no era recibido ordinariamente.

Apartó los labios de los de Po Yang y se quedó mirándolo a los ojos.

—Po Yang, te he dicho que soy una mujer sincera en todo momento, pero quizá no sea cierto. Por lo menos en algunas cosas…

—Tu beso ha sido sincero —dijo él.

—Eso sí. Pero he venido a algo más que a besarte.

La vieja china apareció en el exótico salón llevando una bandeja con una botella, un vaso, y un cubito de plata con hielo.

Lo dejó todo en la mesita baja y desapareció tan silenciosamente como había llegado. Po Yang acarició delicadamente un hombro de Brigitte.

—¿A qué has venido?

—Necesito ayuda.

El chino asintió con la cabeza.

—Cuenta con ella.

—Todavía no he dicho qué clase de ayuda…

Po Yang sonrió secamente.

—No importa. Lo que sea, cuenta con ello. Si el precio son tus besos no me importa.

—Tú estás comprendiendo que yo espero algo de ti.

—Sí.

—¿Y no te importa?

—Me importa. Pero si tus besos son todos igual de sinceros que el primero yo comprendo las cosas. Te resulto agradable, pero al mismo tiempo me necesitas… No tiene nada que ver una cosa con otra. Dime qué tengo que hacer.

—Eres un hombre… sorprendente.

—No demasiado. He visto muchas cosas durante mi vida en Hong Kong, Brigitte. Sé distinguir a las personas. Yo creo… creo que aunque no hubieses llegado a necesitarme mañana por la noche habríamos cenado juntos, y te habría besado… Sabiendo esto creo que debo ayudarte. Lo considero una cuestión aparte.

—Te lo agradezco mucho.

Po Yang sonrió de nuevo, pero más dulcemente.

Sirvió *whisky* con hielo a Brigitte, esperó a que bebiese un sorbo, y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—Varias cosas. ¿Podrías prestarme una de tus lanchas pequeñas?

—Sí.

—Es para ir a…

—Lo sé. Quieres acercarte a la zona que están explorando los de la US Navy. Eres periodista, y me parece natural. Todos lo están intentando. Rechacé varias buenas ofertas por alquilar mis lanchas.

—¿Y a mí me la vas a alquilar?

—¿Alquilar? —rió él—. ¿Cuánto piensas pagarme?

—Po Yang, no quiero comprometerte. La lancha tiene que ser alquilada. El chino quedó pensativo unos segundos.

—Comprendo… Crees que quizá pueda haber complicaciones para mí y lo que pretendes es salvar mi responsabilidad. Yo te alquilo la lancha, lo cual es muy distinto a prestártela, lo que podría hacer suponer una cierta… complicidad contigo y con lo que hagas o intentes.

—Así es.

—Dame un dólar. Es el precio que pongo al alquiler. Pero en el recibo colocaremos tres ceros detrás del uno. ¿Está bien así?

—Muy bien.

—Solucionado lo de la lancha. ¿Qué más?

—Te he dicho que he cancelado mi cita… por fuerza.

—Sí, eso has dicho. ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a un hombre…

—No es cosa fuera de lo corriente en Hong Kong —dijo Po Yang sin alterarse en absoluto—. Aunque… ¿Tal vez ese hombre era el que tenía que cenar contigo?

—Sí.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Me conviene que ese cadáver no sea encontrado… por el momento.

—Lo recogeré. Dime dónde está.

—No quiero que aceptes estas cosas como… como una fatalidad. Tienes derecho a negarte a ayudarme en esto.

—Naturalmente. Pero yo quiero ayudarte. Y supongo que preferirás que no pregunte nada.

—Creo que es mejor para los dos.

—Pues no pregunto —sonrió él—. ¿Dónde está ese hombre?

—En el Celeste Hotel, en la *suite* 326. Es un teniente de la US Navy llamado Reginald Mc Coy.

☺Po Yang pareció confuso.

—¿Es uno de los hombres que están buscando…?

—Es el jefe de los *Frog Men*, según se dice. O sea, el mejor hombre de los que buscan con equipo submarino el cadáver del piloto.

—Supongo… que no lo has matado tú.

—No.

Po Yang se mostró ahora un poco indeciso.

—Sé que he dicho que no voy a preguntarte nada, pero… Bien, mantendré mi palabra.

—Gracias. Yo te explicaré lo que pueda, pero será más adelante. ¿Podrás sacar a ese hombre del hotel?

—Podré. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—No demasiado. Cuanto antes lo hagamos, mejor. ¿Cómo te las arreglarás?

—Pues… Digamos que el oficial americano me encargó un objeto de arte, y que un par de mis hombres van a llevarlo a su *suite* para que lo examine a su gusto. Como no encontrarán al oficial americano regresarán a mi almacén con el objeto de arte, que será lo bastante voluminoso como para llenar una gran caja… ¿Te parece bien así?

—Me parece perfecto. Ésta es la llave de la *suite*… Supongo que tus empleados serán discretos y de confianza.

—Un hombre como yo, que a veces trafica en opio, siempre necesita tener algunos empleados discretos y de confianza —sonrió Po Yang—. ¿Algo más?

—De momento no. Y si no te has de disgustar…

—Entiendo. ¿Tienes que marcharte?

—Esta noche sí.

Po Yang asintió con la cabeza, y se puso en pie. Ayudó a Brigitte a hacer lo mismo, y la abrazó suavemente por la cintura. Brigitte le echó los brazos al cuello, cerró los ojos, y separó los labios… que enseguida recibieron la caricia de los de Po Yang.

—Tengo… tengo que marcharme —susurró ella cuando el beso finalizó.

—Te acompañaré abajo. Y arreglaré inmediatamente ese asunto. ¿Cuándo necesitarás la lancha?

—No lo sé.

—La tendré lista en todo momento a partir de ahora.

Manteniendo un brazo en torno a la cintura de Brigitte, Po Yang

caminó hacia la puerta. Bajaron al pequeño patio, y antes de abrir la gran puerta de madera el chino la volvió a besar, largamente. Luego, en silencio, abrió la puerta y empujó a Brigitte suavemente hacia el exterior. Ella sonrió, le dio un leve beso en los labios, y se alejó. Cuando tras dar unos pocos pasos se volvió le puerta ya estaba cerrada. Po Yang no era de los que perdían el tiempo.

Ahora con toda seguridad Brigitte sabía que el complaciente chino tenía algo que ver en aquel asunto. Pero adivinar qué clase de intereses lo impulsaban iba a resultar tarea un poco más… prolongada. De momento la pugna estaba en pie. Y si Po Yang sacaba del hotel el cadáver de Reginald Mc Coy ella no tenía nada que perder.

Caminaba hacia la salida del muelle por entre chinos, malayos, hindúes e incluso algún blanco, que la miraban muy expresivamente, cuando vio la *rickshaw* parada a poca distancia de ella. Reconoció inmediatamente al *coolie*: era el mismo que la había llevado allí, y quizá tenía la esperanza de volver a tomar una pasajera tan generosa… Esperanza que Brigitte no pensaba defraudar. Tomaría aquella misma *rickshaw* y vería el modo de…

—Siga caminando —dijo una voz junto a ella—. Pero no hacia la *rickshaw* sino hacia su izquierda, hacia el automóvil negro.

Volvió ligeramente la cabeza y vio al hombre. Un poco más allá había otro, con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, igual que el que tenía a su lado. Ambos eran de raza blanca.

Pero Brigitte comprendió instantáneamente que no iban a tratarla con la exquisita amabilidad del complaciente chino llamado Po Yang.

Capítulo VIII

Caminó hacia el automóvil, y el hombre que iba tras ella abrió la portezuela de atrás. Brigitte entró, y el hombre lo hizo tras ella como si fuese su sombra. El otro se sentó ante el volante y puso el coche en marcha inmediatamente. Brigitte observó que las cortinillas del asiento posterior estaban corridas.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ya lo verá.

—¿Son británicos?

—Cállese.

—Ya veo que no lo son. Ni americanos. Supongo que son rusos; pero les aseguro que yo no he tenido nada que ver con la muerte de Fedor Yashin.

El hombre que iba a su lado volvió la cabeza hacia ella, y Brigitte pudo ver únicamente el duro brillo de sus ojos. Estaban dejando atrás la zona portuaria y enfilaban ya una de las calles que convergían en Victoria Road. Por las ventanillas delanteras se divisaban los anuncios luminosos de diversos colores.

Mirar a través de las ventanillas era cómo presenciar una película ambientada en Hong Kong, viendo en el pequeño recuadro la multitud que iba de un lado a otro.

—¿Tienen intenciones de matarme?

—Todo dependerá de usted —replicó rápidamente el hombre.

—¿En qué sentido? ¿Qué esperan de mí?

—De momento que se calle. Ya sabrá pronto lo que le interesa.

El coche inició la subida al Peak, dando vueltas. Tantas que Brigitte, que apenas conocía Hong Kong, hubiese perdido la noción del trayecto de no haber sido porque, de cuando en cuando, veía el muelle, cada vez más abajo, cada vez más pequeños los iluminados buques.

De pronto empezó a ver villas a los lados de la carretera. Luego

empezaron a espaciarse, o quizás era debido a que ocupaban más terreno, de modo que las casas, forzosamente, estaban más separadas unas de otras. Eran unas hermosas villas, casi todas con motivos chinos en las verjas. Pero la construcción era moderna. Se veían un instante, todas ellas con abundante iluminación, incluso de colores.

Por fin, y de un modo inesperado, el coche se detuvo ante las verjas de una villa parecida a las demás. Las verjas se abrieron inmediatamente, pero antes de que el coche entrase la bella espía pudo ver el dragón rojo hecho con tubo fluorescente y colocado en uno de los pilares que sostenían las verjas. Y debajo, también en neón, las palabras que daban nombre a la villa, de acuerdo con el dibujo: Red Dragon. Y el número de aquella villa en una avenida de cuyo nombre no tenía ni idea: el 2374.

Para su sorpresa quien había abierto la puerta era un chino, si bien vestido a la europea. Aunque… ¿por qué sorprenderse? En su mundo nada podía causar sorpresas.

El coche siguió adelante, hacia la gran casa que se veía como a cien metros; una casa modernísima, lujosa, rodeada de almendros y sauces. Pasaron junto a una piscina y una pista de tenis. Tanto esto como la casa estaba rodeado de un tupido jardín en el que abundaban los claveles chinos y los tulipanes, todo ello como protegido por numerosísimos pinos de gran belleza, más almendros, gigantescas tecas…

El coche se detuvo delante de la casa.

—Si tiene armas será mejor que me las entregue ahora. Créame, es un buen consejo, señorita Montfort.

—Lo creo.

Se subió la falda, despegó la pistola, y se la entregó al sujeto, que sonrió como divertido… y no poco maravillado.

—¿Ninguna otra? —insistió.

—No.

—Bien… Apéese.

Obedeció. El que había conducido el coche lo había hecho ya, y la estaba esperando. El otro se apeó a su vez, y le dio un leve empujón.

—Camine.

Había un ancho tramo de escalera que llevaba a una especie de

columnata en la cual se veían algunos caracteres chinos. Sobre la puerta había un gran farol, también chino, de color verde y rojo. La puerta se abrió antes de que los tres hubiesen llegado a ella, y Brigitte miró con indiferencia al chino que la había abierto, y que no dijo ni una sola palabra.

Siempre siguiendo las indicaciones de los empujoncitos Brigitte caminó hacia una de las puertas que daban al gran vestíbulo lleno de objetos de arte chino, alfombras, grandes lámparas, jarrones con flores y bellos cuadros de bucólica composición…

Uno de los hombres abrió la puerta y señaló hacia el interior con un movimiento de cabeza. Brigitte entró, y apenas pudo contener su exclamación de asombro. En un instante se sintió transportada a la auténtica China.

Se hallaba en una enorme estancia con las paredes bellamente decoradas con abanicos y cuadros, armas antiguas, grandes tapices de seda bordada… En el centro había un estanque cuyas aguas recibían luz indirecta y en el que flotaban numerosos lotos y nadaban algunas carpas. En el centro geométrico del estanque un surtidor de tres chorros de agua roja, color que debía de estar conseguido con luces, no tiñendo el agua, obviamente. Al fondo, una puerta de cristales, tras la cual se veía un jardín interior lleno de bambúes. En el suelo había esterillas y almohadones… Pero lo realmente asombroso en aquel lugar era el techo, de cristal. A través de él se veían ya la luna y las primeras estrellas de la noche.

—¿Es de su agrado mi humilde casa, señorita Montfort?

Se volvió vivamente hacia el lado donde acababa de encenderse una luz azul, también indirecta. Las sorpresas no habían terminado todavía.

Allá, sentado en un montón de almohadones bordados con flores, dragones, montañas y pagodas, estaba el hombre que había formulado la pregunta.

Era un chino.

El ser humano más increíblemente gordo que Brigitte había visto en toda su vida.

Era como una bola enorme, de color entre marrón, gris y amarillo. Un monstruo todo carne. Un enormísimo montón de carne con ojos, si así podían llamarse los dos pequeños puntitos brillantes que se hundían entre enormidades de carne.

Estaba sentado en un montón de almohadones suficientes para seis personas que gustasen de la comodidad. Llevaba un kimono rojo y negro, y su cabeza era completamente calva e insólitamente reluciente. Sus manos parecían dos grandes muñones de los que sobresalían unos proyectos de dedos tan gruesos como las muñecas de Brigitte.

Estaba descalzo, mostrando unos pies asombrosos por su redondez, como si fuesen globos. Aquel chino debía de pesar más de ciento sesenta kilos, a despecho de que su estatura no parecía aventajada precisamente.

Tras el instante de estupor, de incredulidad, Brigitte recuperó su habitual aplomo y sonrió.

—Yo no creo que esta casa sea humilde, señor. Es magnífica.

—Reciba mis más expresivas gracias por su elogio… ¿La habéis desarmado?

Uno de sus captores asintió. No había nadie más allí: Brigitte, los dos hombres que ella creía rusos, y el chino monstruoso. Absoluta, total, definitiva e indiscutiblemente monstruoso.

El fenómeno movió su cabezota rezumante de grasa.

—¿No quiere sentarse? —ofreció.

—Es usted muy amable —aceptó Brigitte.

El chino sonrió como pudo.

—Pero sólo de momento —deslizó—. No se llame a engaño. Puedo ser profundamente amable… o espantosamente cruel. Todo depende de…

—De mí —sonrió Brigitte—, ¿no es cierto?

—Es cierto. ¿Me permite decirle que es usted asombrosamente hermosa?

—Por supuesto. Pero con una condición.

—¿Una condición? ¿Cuál?

—Que usted me permita decirle que es asombrosamente repugnante, señor.

Hubo como una volcánica agitación en toda aquella masa de carne y grasa, y Brigitte tardó algunos segundos en comprender que era debido a la risa del fantástico chino.

—Lo sé —admitió entre risas el gordísimo—. Sé muy bien que mi aspecto se diferencia notablemente del de Po Yang.

—¿Notablemente? —Arqueó una ceja la divina—. Yo diría que

no existe diferencia.

—¿Realmente? Ah, es usted sumamente lisonjera, señ…

—Lo que quiero decir es que la diferencia entre cosas o personas existe en cuanto se puede establecer una cierta igualdad o como mínimo un cierto parecido en un momento dado. Yo, por ejemplo, puedo ser diferente a otras mujeres, en cuanto a que, siendo digamos simétrica a ellas, soy mucho más hermosa que la mayoría… Pero ellas siguen siendo mujeres. En cambio entre usted y Po Yang no puede existir diferencia, porque jamás podría establecerse no ya una cierta igualdad, sino ni siquiera el más leve parecido, ya que usted ni remotamente tiene el aspecto de un ser humano.

—¡Muy ingeniosa! —Se agitaron de nuevo por la risa los montones de grasa—. Dígame una cosa, señorita Montfort: ¿está intentando desafiarme, tal vez demostrarme que no me tiene miedo?

—Exactamente.

—Es usted una insensata. Pero, a fin de cuentas, las consecuencias de esa insensatez las va a pagar usted misma… A menos que lleguemos a un acuerdo. Ante todo quiero que usted adquiera el convencimiento de que no tiene posibilidades de sobrevivir a esta entrevista.

Brigitte sonrió deliciosamente, abrió su bolsito, sacó un cigarrillo, y lo prendió con su encendedor de platino y brillantes.

—¿Qué más? —inquirió cortésmente.

—Observo en usted una… desmesurada confianza en sí misma, en sus posibilidades. ¿A qué es debido eso?

—Siempre he tenido mucha suerte.

—Ah… De momento, por favor, entregue su encendedor a Barian. Opino que una fotografía mía, obtenida con ese encendedor, sería una pieza… de concurso. Además, usted no va a poder utilizar esa fotografía.

—Es usted muy agudo.

Brigitte tendió el encendedor a uno de los hombres, que se lo guardó en un bolsillo.

—Y ahora, señorita Montfort, seguiremos la charla. Como le decía hace unos segundos es poco probable…, por no decir imposible, que usted salga viva de aquí. Entienda bien que esta es

una villa solitaria, en cierto modo. Todo el mundo me conoce en Hong Kong, pero saben que llevo una vida retirada y que rara vez recibo visitas.

—Lo cual no le impide utilizar su inteligencia. Supongo que desde ese… pedestal tan mullido dirige usted ciertos servicios de… información.

De nuevo se agitaron los ciento sesenta kilos de grasa.

—Sospecho que va a ser un placer conversar con usted. Pero le ruego que llamemos a las cosas por su nombre auténtico. ¿Por qué decir información cuando los dos sabemos que la palabra correcta es espionaje?

—Como guste.

—Muy amable. En efecto, por difícil que parezca desde aquí dirijo una importante red de espionaje. Oh, claro, posiblemente no sea mejor que la de los británicos o los americanos, pero sé que algunas personas están contentas con mi trabajo. Muy contentas.

—Naturalmente se está refiriendo a la MVD soviética.

—Es posible.

Brigitte le miró irónicamente.

—Señor repugnante: ¿no hemos quedado en que llamaríamos a todas las cosas por su nombre?

—¡Es cierto! —Hipó ahora agudamente el chino—. ¡Es cierto! Y, en efecto, trabajo para los rusos. ¿La sorprende?

—¡Qué tontería! Yo no me sorprendo por nada.

—Magnífico. Y ahora, franqueza por franqueza: ¿para quién está trabajando usted?

—Para el Pato Donald.

El hombre llamado Barian se acercó a Brigitte con gesto amenazador, pero el chino gordísimo consiguió mover una mano con gesto de prohibición, mientras decía:

—Su sentido del humor es admirable, pero le ocasionará abundantes lágrimas de sangre.

—Fin del drama —se burló Brigitte.

Los enormes mofletes del chino se movieron un poco. Seguramente estaba sonriendo.

—Mi nombre es Tao Tsing, y, como le he dicho, tengo… intereses en Hong Kong. Grandes y productivos intereses. Dada mi… inactividad corporal es poco probable que se me tenga en

cuenta como posible agente de espionaje. Sin embargo, soy un buen agente muy bien pagado por Rusia. Le presento a Barian y Oglof. Son rusos y espías. Como lo era Fedor Yashin antes de que sus amigos lo matasen.

—¿Mis amigos? Está usted muy mal informado.

—Quizá. ¿No es Po Yang amigo suyo?

—En cierto modo.

—Oh… En cierto modo, ¿eh? Bien, quizá sea lo bastante amigo para matar a Yashin porque éste se llevó su cámara fotográfica, señorita Montfort. De este modo, matando a Fedor Yashin, Po Yang se hizo con la cámara fotográfica… Aunque quizás usted no tuvo tiempo de advertirle que ya estaba vacía, y él, preocupado, se la arrebató al infortunado Yashin.

—Si él se la arrebató a Yashin… ¿cómo sabe usted que la cámara estaba vacía?

—Sencillo. Yashin hizo una llamada telefónica comunicándolo… Supongo que ya sabrá usted que Yashin estaba en el Celeste Hotel como periodista.

—No me he interesado por ello. Era fácil de comprender.

—Usted sabe el valor del tiempo y del esfuerzo —elogió Tao Tsing, muy complacido—. Por eso no dudamos que, nos entregará cuanto antes esas fotografías.

—No tomé fotografías.

—Señorita Montfort, cuando usted estuvo esta mañana en Bahía Bias con un extraño pesquero, Barian y Oglof la vieron. Estaban en cierto lugar demasiado lejos de usted para poder intervenir, pero con unos buenos prismáticos vieron perfectamente lo que sucedió. No hemos conseguido identificar al chino que le alquiló el pesquero y la llevó allí porque, tal como ustedes dicen, todos los chinos son iguales.

—Vil calumnia —sonrió la divina espía—. La prueba de que no todos los chinos son iguales la tenemos en su repugnante presencia.

Tao Tsing no se alteró en absoluto.

—Admito que soy poco corriente… en muchos aspectos —pareció congratularse—. Pero prosigamos. Oglof y Barian la vieron a usted. Y la identificaron porque la habían visto en el Celeste Hotel la noche anterior. Entonces, cuando usted se marchó de Bahía Bias ellos partieron en su pos y avisaron a Yashin de que usted tenía

unas fotos que habían despertado la… ira de unos hombres que había en la bahía. Como es natural esas fotos suscitaron nuestro interés. Pero usted parece inteligente, y ya las había puesto a salvo. Ahora quisiera que me aclarase algo que me tiene perplejo…

—¿Qué es ello?

—Veamos… Aquellos tres hombres a los que usted mató tan limpiamente estaban a las órdenes de Po Yang, lo sé con toda seguridad. Usted los mata…, y luego resulta que es amiga de Po Yang… ¿Cómo debo o puedo entender eso?

—Pueden ser dos cosas. Una: que yo no sea amiga de Po Yang. Dos: que no sabía que aquellos hombres estaban trabajando para él.

—Absurdo. Absurdas ambas hipótesis.

—Allá usted si no me cree.

—¿Pretende hacerme creer que Po Yang y usted no están trabajando juntos?

—¿Para qué bando trabaja Po Yang?

—Para… Oh, vamos, no perdamos tiempo. ¿Sabe una cosa que se me está ocurriendo… y que me parece muy divertida?

—Algún chiste, supongo.

—Puede parecerlo. El chiste consiste en enviarle a Po Yang su cabeza.

—Veo por aquí objetos de arte peores —sonrió Brigitte—. Me parece una excelente idea, señor. Pero quizá Po Yang llegase a disgustarse con usted si hacía semejante cosa.

—Quizá. Pero Po Yang y yo nos conocemos bien… Procuramos respetarnos en lo posible. Claro que, inevitablemente, llegará el momento en que tendremos que enfrentarnos… seriamente.

—¿Y cómo llegará usted hasta él? ¿Rodando?

Otra vez se agitaron las mantecosas enormidades de Tao Tsing.

—¡Ésta también es una buena idea! —admitió—. Pero resulta más cómodo viajar en automóvil. Bien, vamos a resumir un poco esta chispeante conversación, porque me fatigo. Vamos directos al asunto… Algo está pasando en Bahía Bias, y yo quiero saber qué es. Po Yang tiene allá a unos cuantos hombres, a los cuales permitiré que vayan actuando hasta que me convenga o hasta que encuentren lo que buscan para, entonces, quitárselo. Pero mientras tanto me gustaría examinar esas fotos y hacerle a usted unas preguntas que espero sean contestadas con rapidez y seriedad.

—Las fotos no las tengo. Pero quizá conteste a sus preguntas.

—Veamos. Primera: ¿qué clase de extraña relación hay entre usted y Po Yang?

—¿Extraña?

—Muy extraña puesto que primero mata a tres de sus hombres y luego él la visita a usted y posteriormente usted a él… ¿Qué clase de relación hay entre ustedes dos, si me permite insistir?

—Nos sentimos atraídos el uno por el otro.

Los hundidos ojillos de Tao Tsing casi desaparecieron en el fondo de sus grasientos párpados cuando los entornó.

—Segunda: ¿qué es lo que, están buscando?

—Ostras con perla.

—Tercera: ¿quién es el chino que la llevó a Bahía Bias?

—Mao Tse Tung.

—Cuarta: ¿qué clase de enlaces tiene usted con hombres blancos y quiénes son éstos y dónde están?

—En Moscú. Envíeles saludos de mi parte.

Tao Tsing se puso en pie, despacio, pero menos pesadamente de lo que Brigitte hubiese podido sospechar. Era, en efecto, de corta estatura, y casi resultaba más monstruoso en pie que sentado.

—Llevadla a las anillas y amarradla —dijo.

Oglof y Barian cogieron a Brigitte por los brazos y la llevaron hacia la pared, en el lado en que estaba como tapizada por cañas de bambú. Apartaron dos de éstas en dos puntos y aparecieron unas anillas de las cuales colgaban unas tiras de piel. La espía fue atada fuertemente por las muñecas, bajo la impávida e impenetrable mirada de Tao Tsing.

Éste sólo se acercó a la muchacha cuando estuvo bien sujeta por las tiras de piel. Llevaba en la mano derecha un látigo corto, y Brigitte comprendió que aquél sería el castigo menos doloroso de los que podían ocurrírsele a Tao Tsing.

—De veras —susurró el chino—: lo siento por usted…

Capítulo IX

Tao Tsing echó la mano atrás, y, bruscamente, hacia delante. El corto látigo silbó, manejado horizontalmente, y dio de lleno en el vientre de Brigite, que se estremeció, pareció saltar al mismo tiempo, y se mordió los labios para no lanzar el chillido de horrendo dolor que explotó dentro de su pecho.

—Como ve —dijo sosegadamente el chino— procuro golpear en partes que no… perjudiquen su belleza visible. Pero eso es de momento. Pronto llegaremos al rostro, o al pecho… Va a ser muy lamentable. ¿No quiere contestar a ninguna de mis preguntas?

Brigitte ni siquiera se molestó en responder. Notaba en su vientre como si tuviese un hierro al rojo vivo abarcándolo todo, de cadera a cadera, y estaba intensamente pálida. Si hubiese tenido la menor esperanza de que iba a salvar la vida si hablaba posiblemente lo habría hecho… Pero no podía sacrificar a Pitzer, y posiblemente a varios agentes de la CIA en Hong Kong en vano.

No.

No lo haría.

Hubiese podido aclarar las extrañas circunstancias que estaban uniéndola a Po Yang, pero sabía que Tao Tsing no se conformaría con aquellas revelaciones, y que seguiría golpeándola hasta saberlo todo. Y ella no quería decirlo todo. No, al menos, mientras creyese que podía soportar el dolor.

El segundo latigazo la alcanzó un poco más abajo, y el dolor fue tan intenso ahora que sus piernas se aflojaron y casi quedó colgando de las muñecas.

—Todavía puede morir con su belleza intacta, señorita Montfort. No quiero engañarla: está usted condenada a muerte. Pero hay muchos modos de morir. ¿Quiere contestar a mis preguntas? ¿Quiere…?

—Se ha desvanecido —informó Barian, acercándose.

—Pues despiértala, y pronto. No podemos estar toda la noche con ella. Hay que regresar a Hong Kong, para vigilar a Po Yang. Yo esperaba que la MVD enviaría a más de tres agentes, Barian.

—No parecía demasiado importante el asunto.

—Y quizá no lo sea… Pero, importante o no, vosotros llevaréis el informe a la MVD, yo os lo aseguro. Despiértala.

Barian alzó la cabeza de Brigitte sujetándola por los cabellos.

—Está sin sentido —repitió.

—Ya te he oído. Y te he dicho que la despiertes.

—Está bien.

El ruso no parecía demasiado satisfecho con aquello, pero, a fin de cuentas, había quedado claramente establecido que Brigitte Montfort formaba parte de uno de los sistemas de espionaje que coincidían en Hong Kong… Lo cual era tanto como si Brigitte hubiera aceptado de antemano todo cuanto pudiese ocurrirle. El espionaje no es ninguna broma.

La golpeó en ambas mejillas violentamente, primero al revés y luego al derecho. Brigitte se agitó gimiendo, y Barian, implacable, la golpeó de nuevo en ambas mejillas.

Brigitte abrió los ojos y miró alrededor, con expresión apagada.

—No parece tener usted mucha resistencia, francamente —dijo Tao Tsing—. Como me temía los golpes del látigo son demasiado rudos para usted. Tendremos que probar otra cosa… Será más doloroso, pero lo resistirá mejor, porque es un método más suave.

El enorme chino dejó el látigo y cogió una caña de bambú, uno de cuyos extremos estaba trabajado a cuchillo hasta conseguir que quedasen formadas varias delgadas fibras de caña.

—Es un método que se me ocurrió no hace mucho. Observe este bambú… El bambú es una variedad de caña muy fuerte, hasta el punto de que si quemo estas puntas quedarán unos instantes todavía pegadas a la caña. Serán como… como gruesas agujas al rojo vivo. Si estando encendidas penetran en un cuerpo humano el destrozo es muy considerable… ¿Sigue sin querer contestar?

Brigitte permaneció muda. Siempre había oído decir que toda resistencia humana tiene un límite.

Sabía de casos en que hombres de la CIA sometidos al tormento habían delatado finalmente a algunos de sus compañeros. Y en aquel momento comprendió la cautela de Pitzer al no querer que

uno de sus agentes supiese dónde encontrar directamente a otro. Pitzer, zorro viejo en aquellos asuntos, sabía que en un momento u otro tanto la resistencia física como la integridad mental y moral del espía se resquebrajan…

Y cuando Brigitte terminó de comprender por propia experiencia esta verdad no pudo evitar una carcajada…, que resultó crispada, espasmódica, reveladora pura y simplemente de su dolor y su miedo… que a todo trance quería contener y ocultar.

Tao Tsing no entendió en absoluto el significado de aquella absurda e improcedente risa de la espía americana.

—Su valor es admirable —dijo—, pero acabará cediendo. Ya verá cómo tarde o temprano me dirá lo que deseo saber.

—No… no podré, Tao Tsing; por… la sencilla razón de… de que ni siquiera yo sé… lo que quiere usted saber… No sé dónde podría encontrar… a mis compañeros…

—Ah, eso quiere decir que sus compañeros no son Po Yang y sus hombres. ¿Me equivoco? Brigitte comprendió entonces la trampa, y alzó la cabeza cuanto pudo, mirando al sonriente Tao Tsing.

—Se equivoca.

—Yo creo que no. Quizás obtengamos de usted una interesante revelación. Sé que llegó de Estados Unidos, y por eso me extrañó cuando la supe en relaciones con Po Yang… ¿Quizá no es usted de su grupo por una u otra conveniencia? ¿Digamos que no es usted, como yo me inclinaba a creer, una aventurera sin patria y sin más amo que el capricho y el dinero? ¿Va a resultar que, con vulgar lógica, trabaja usted para la CIA? Y si es así, ¿qué clase de sorprendente trato existe entre usted y Po Yang?

Brigitte intentó sonreír, y sólo consiguió una mueca.

Po Yang fue a un rincón, encendió una pequeña calentadora eléctrica, y acercó las puntas del bambú a la resistencia, que se puso roja inmediatamente. Al poco de los extremos del bambú salía humo, y, enseguida, una llamita prendía en cada uno. Tao Tsing esperó a que se consumiese una parte de las agujas de caña, y entonces regresó ante Brigitte.

Adelantó el bambú hasta que estuvo a menos de cinco centímetros del rostro de la muchacha.

—Observe esto… Puedo hincarlo en cualquier parte de su cuerpo. Será como si arrancasen su carne con unas pinzas al rojo

vivo… Pero lo resistirá mejor que los latigazos… Y si recurre al truco de desvanecerse, cuando «recupere» el sentido le tendré preparado algo mucho peor. ¿Quiere contestar a mis preguntas?

—¿Le da lo mismo que lo haga yo, Tao Tsing? —inquirió una voz nueva en el ambiente.

El chino lanzó un grito que pareció brotar de una caverna; y se volvió tambaleándose debido a la rapidez que había intentado imprimir a su movimiento. Oglof y Barian fueron mucho más rápidos que él, buscando con la mirada al hombre que había hablado, y oyendo al mismo tiempo la exclamación de Brigitte:

—¡Fantasma!

Fue una exclamación de profunda alegría, casi un grito palpitante de llanto…

Pero Oglof y Barian apenas pudieron oírlo completo, porque mientras se volvían dos disparos brotaron desde una zona a la que no llegaba bien la iluminación indirecta; dos disparos amortiguados por el servicio del silenciador; dos pinceladas cárdenas fueron perfectamente visibles un instante…

Barian recibió la bala en el centro de la frente, y saltó hacia atrás sin haber tenido tiempo siquiera de tocar su pistola; dio una grotesca voltereta y cayó a los pies de Brigitte, ya muerto.

Oglof llegó a tocar la pistola que tenía en el bolsillo, pero, mientras intentaba colocarla horizontalmente para disparar a través de la tela, la bala llegó a su corazón, acertándolo de lleno…

El ruso quedó como petrificado tras un brusco paso atrás. Estuvo un par de segundos inmóvil y luego comenzó a caer lentamente, mientras Tao Tsing conseguía por fin localizar al hombre vestido completamente de negro que estaba en el rincón, junto a la puertecilla que llevaba a su despacho privado.

—No se mueva —le ordenó aquella voz.

Tao Tsing echó a correr, de pronto, hacia las cristaleras que daban al jardincillo posterior, lleno de bambúes. Su enorme mole se movió como rodando hacia los cristales. Era como una gigantesca y monstruosa pelota de agitada, temblorosa carne y gelatina.

En cambio, el hombre vestido de negro pareció una flecha, dada su velocidad de movimientos. A pesar de la diferencia de distancia llegó a las cristaleras antes que Tao Tsing, y cuando éste empezaba a frenar su marcha jadeante y amenazándolo con el bambú de

extremos abrasados, adelantó hacia él y le propinó un escalofriante puntapié en el descomunal vientre.

Tao Tsing lanzó un chillido que pareció el de una rata. Soltó el bambú y retrocedió un par de pasos, siempre como rodando sobre sí mismo. Sus gordas manos se hincaron en el vientre, como queriendo arrancar de allí aquel insoportable dolor…, mientras Fantasma le propinaba otro puntapié cerca de la zona del primero, alcanzando ahora los testículos en un impacto cruel, absolutamente bestial. El chino quedó del color intermedio entre el gris y el morado, y cayó al suelo en verdad rodando sobre sus adiposidades, gritando como si lo estuviesen despedazando.

Una mano grande, nervuda, vigorosa, lo agarró por los pliegues del cuello del kimono y tiró de él hacia el estanque, como ignorando el enorme peso de aquella mole. Lo soltó allí y ordenó fríamente.

—Desnúdese.

—No… ¡No!

—¿No? —Fantasma recogió del suelo la caña de bambú, regresó junto a Tao Tsing, y dijo—: Yo no amenazo tanto como usted, hipopótamo castrado. Vea.

Acercó la caña a una de las rollizas mejillas del chino y la hundió allí fuertemente, con rabia. La caña atravesó la carne como un cuchillo al rojo atravesaría una pella de manteca. Las púas ardientes se rompieron, quedando dentro de la papada de Tao Tsing, cuyos alaridos eran ya infrahumanos.

Fantasma lo tiró al estanque de un puntapié en las paquidérmicas nalgas, y Tao Tsing se hundió con gran aparato de salpicaduras entre las carpas, que huyeron aterrorizadas hacia un rincón del estanque cuya profundidad era apenas de un metro.

La cabeza de Tao Tsing emergió desesperadamente a la superficie, pero Fantasma había saltado al agua con él, en posición vertical, y cuando aquel horrendo rostro apareció le golpeó con todas sus fuerzas con la caña en la frente, que crujió a punto de romperse. Tao Tsing saltó hacia atrás, y volvió a emerger, cada vez con más desesperación, cada vez más semejante a un monstruo. Fantasma lo dejó ponerse en pie, se acercó a él, y le hundió el puño derecho en el estómago.

Luego el izquierdo. De nuevo el derecho.

Y de nuevo el izquierdo. Derecho, izquierdo, derecho, izquierdo, derecho…

Tao Tsing pareció deshincharse, encogerse. Fue arrugándose sobre sí mismo, hundiéndose lentamente en el agua del estanque, entre sus lotos y sus carpas. Sin piedad alguna Fantasma colocó una mano en la asquerosa coronilla y mantuvo la cabeza por debajo del nivel del agua. Algunas burbujas empezaron a subir a la superficie, y Tao Tsing se agitó, siempre desesperadamente, pero Fantasma no cedió en su presión, y las burbujas continuaron saliendo, saliendo, saliendo…

Un minuto después habían cesado completamente. Fantasma retiró la mano de aquella redonda cabezota y movió el cuerpo, que giró como una boya y quedó entre dos aguas, suspendido, enredado en algunos tallos de lotos…

El hombre vestido de negro salió del estanque y se acercó a Brigitte.

—¿Cómo está la reina del espionaje? —se interesó.

—John… John Pearson… querido Fantasma… ¡Sabía que eras tú quien estaba ayudándome!

—Ah… ¿De veras crees que te he ayudado en algo?

—No seas tan… británico y desátame.

—Al llamarme británico… ¿has pretendido insultarme?

—John, por favor… ¡Hay dos chinos más por ahí fuera!

Brigitte se calló, porque en aquel momento John Pearson, el más audaz agente del MI5 británico, sacaba un cuchillo que todavía tenía manchas de sangre fresca en algunas partes de la hoja. Y mientras cortaba las tiras de piel que sujetaban las manos de Brigitte, el británico rectificaba:

—Había dos chinos, querida mía. Resulta que un británico les ha hecho una demostración del manejo del cuchillo.

—¿Los has matado?

—No tuve más remedio. A uno le hundí el cuchillo tres veces en los riñones mientras le tapaba la boca por detrás. Al otro tuve que matarlo un poco a estilo carnicero…, pero la culpa fue de él. ¿Estás bien?

La ayudó a ponerse en pie, abrazándola por la cintura.

—Me siento como… como resucitada, John, querido Fantasma ¡Oh, qué estúpida he sido…! Debí reconocerte cuando apareciste

ante mí disfrazado de mendigo hindú.

—¿Finalmente supiste que era yo? —sonrió Pearson.

—¡Claro! Fue de pronto, por ciertos detalles… Y recordé los ojos de aquel asqueroso y osado mendigo hindú… Debiste de pensar que estaba perdiendo facultades al no reconocerte[1].

—Algo de eso hubo… Aunque creo que no quedan por aquí más tipos de ésos será mejor que nos marchemos cuanto antes de este fantástico «Dragón Rojo». ¿Puedes caminar?

—Espero que sí…

Pasaron junto al estanque, y Brigitte se detuvo a mirar a Tao Tsing. Cogió la caña y lo empujó un poco. El chino se movió como una medusa en la corriente.

—Parece un sapo —definió Brigitte su punto de vista.

—Era un sapo —sonrió secamente Pearson—. Vamos, no conviene perder más tiempo.

Salieron de la casa, recorrieron el sendero hacia la salida de la villa, y, junto a las verjas de ésta, Brigitte vio el cadáver del chino que la había abierto al llegar ella prisionera. Estaba caído cara al cielo, crispado el rostro.

—¿Y el otro? —preguntó.

—Al otro tuve que matarlo dentro de la casa. Estuvo a punto de sorprenderme, pero por fortuna mis facultades auditivas todavía funcionan perfectamente. Me vio un segundo antes de que le diese la primera cuchillada, y tuve que… maltratarlo un poco para que no gritase.

—Oh, Dios mío, ¡has matado a cinco hombres por mi causa!

—¿Verdad que soy un gran amigo? —rió Pearson, tenso—. Bueno, ahora no será necesario que salte las verjas como un vulgar ladrón. —Abrió las verjas y señaló hacia fuera, inclinándose—. Majestad…

Brigitte salió de la villa casi riendo a pesar de la tensión, que resultaba evidente en ambos. En cualquier caso era maravilloso que hubiese salido con bien de aquella situación, que estuviese todavía viva, volver a encontrarse con Fantasma…

—Tengo un coche algo más abajo —dijo él—. Vamos allá y hablaremos de regreso a la parte baja.

Poco después se acomodaban los dos en el coche, y Pearson sacaba un paquete de cigarrillos de la guantera.

—¡Mi encendedor! —exclamó Brigitte—. Barian se lo quedó… ¡Tengo que ir a buscarlo!

Saltó del coche y echó a correr hacia la villa. Regresó apenas un par de minutos después, jadeando. Pearson la miró con incredulidad.

—Eres la reina del asombro, querida mía. ¡Volver a semejante lugar por un simple encendedor!

—No tan simple. Tiene una cámara de microfotos.

—Lo supongo. ¿Y qué? ¿Acaso la CIA no podría proporcionarte otro? A propósito, querida: espero que me proporciones copias de esas microfotos.

—¿De qué microfotos?

—De las que has obtenido de Barian, del otro, de Tao Tsing… Querida, ¿te parezco tonto?

Brigitte se echó a reír.

—Prometido, John: ¡tendrás copias de esas fotos!

—Muchísimas gracias. ¿Un cigarrillo?

Se lo colocó entre los labios, pero pareció pensarlo mejor, quitó el cigarrillo, besó los labios de Brigitte, y volvió a colocar el cigarrillo.

—Siempre tan deliciosa —murmuró—… ¿Al Celeste Hotel?

—Claro… ¿Y tu disfraz de mendigo?

—En el portamaletas. Tengo que cambiarme a menudo, y no me queda más remedio que llevarlo conmigo. ¿Has sacado algo en claro de las fotos de Bahía Bias?

—¿Qué fotos?

—Las que tiene Lin Yuey.

—¡¿También sabes eso?! —exclamó Brigitte.

—Lo sé todo. O casi todo, que todo no lo sabe nadie. Debo decirte que Lin Yuey ha estado trabajando para mí desde el primer momento… ¿No lo sospechaste?

—No… No del todo. Me extrañó que el chinito me llevase adonde no había llevado a nadie, adonde sus compañeros no querían llevar a ningún periodista. Sabía que había algo, pero…

—En cuanto te vi en Hong Kong comprendí que intentarías algo. Era lógico. Y como tendrías que recurrir a una embarcación te presté la mía.

—¿La tuya?

—La de Lin Yuey. Le dije que tú irías por el muelle, que tenía que alquilarte su lancha y llevarte adonde me había estado llevando a mí durante los días anteriores. Incluso le di una foto tuya, querida.

—¡Oh!

—Y, como siempre, tuviste más suerte que yo. Creo que no soy un mal agente secreto, amor… ¿Tú qué opinas?

—Eres el mejor…, Después de mí, claro…

Pearson sonrió, atento a la carretera, que descendía hacia la ya completamente iluminada Hong Kong.

—Es un gran elogio, viniendo de ti —replicó—. He estado tres días yendo a Bahía Bias con Lin Yuey, y nada ha ocurrido. Llegas tú, te presto la embarcación, y a la primera incursión que realizas ya suceden cosas, lo echas todo a rodar, organizas el gran jaleo, mueren hombres… Encanto, tú tienes algo especial.

Brigitte estaba pensativa.

—¿De modo que Lin Yuey te dejó ver las fotos? —murmuró.

—Ajá… Dirigidas al tal Charlie Montfort, que naturalmente es un personaje falso, ya que no tienes familia. Por cierto, rompí el hilito que pusiste en el sobre.

Brigitte se echó a reír.

—¡No importa! John, de veras, me siento feliz por volver a verte… Y agradezco mucho tus notas de aviso, de ayuda… Y, sobre todo, tu romanticismo al regalarme rosas rojas. ¿Dónde estás alojado?

Pearson la miró sorprendido.

—En el Celeste Hotel, naturalmente. ¿Qué pasó concretamente con Reginald Mc Coy, el hombre fuerte del equipo de hombres-rana?

—No sé. Tenía instalados tres micrófonos en su *suite*, pero sólo pude oír sus palabras y los disparos. ¿Hace mucho que sabías que era del G-2?

—Apenas veinticuatro horas. Dime la verdad: ¿sabes lo que está ocurriendo en Bahía Bias?

—No.

—No te pido que me digas lo que está ocurriendo… Sólo si lo sabes o no.

—De veras que no, John.

—¿Y no has sacado nada en limpio de las fotos?

—En absoluto. Son bastante mediocres… Su único mérito, y muy relativo, es que han sido tomadas más de cerca que las otras, lo cual, existiendo los teleobjetivos, no significa gran cosa.

—Sin embargo, varias personas las quieren.

—No puedo imaginar por qué. John: ¿enviaste una nota escrita con mi máquina a un chino llamado Po Yang?

—No.

—¿Sabes quién mató a Fedor Yashin?

—Tampoco.

—¿Ni quién mató a Reginald Mc Coy?

—Te aseguro que no.

—Entonces… estamos los dos navegando a la deriva.

—No tanto. Sabemos que algo están buscando los chinos en Bahía Bias. Me refiero a los dos que tú fotografiaste cerca de la costa, no a los que estaban más adentro, reunidos varios pesqueros. Desde luego esos dos hombres no estaban allí pescando.

—Entonces ¿qué hacían? ¿Buscaban ellos lo mismo que los hombres-rana de la US Navy? Pearson alzó las cejas.

—Me parece un, poco absurdo que dos tipos quieran competir con un equipo de hombres-rana norteamericanos, querida. Con tanta vigilancia, sin equipo adecuado, y dos hombres solos… ¿qué podrían conseguir?

—Tao Tsing afirmaba que esos dos hombres trabajaban para Po Yang.

—Eso puede resultar interesante… ¿Qué clase de relaciones hay entre ese Po Yang y tú? Confieso que me sorprendió su visita al hotel, y también cuando tú le visitaste a él.

—Tu asombro ha salvado mi vida, ya que te impulsó a seguirme. ¿Relaciones entre Po Yang y yo? —reflexionó Brigitte—. Bueno, es un chino apuesto, pero él tiene su propio juego en esto, estoy segura. De momento aceptó inmediatamente sacar de hotel el cadáver de Reginald Mc Coy.

—Ah, estupendo. Así tendremos unas cuantas horas más de libertad antes de que la US Navy dé la señal de alarma. En fin, creo que estamos más o menos como al principio.

—Sólo que nos hemos quitado de encima a los agentes rusos.

—Lo cual es algo tranquilizador en verdad. ¿Qué piensas hacer

ahora? De verdad.

—Lo primero, cambiarme de ropa —sonrió Brigitte—. Luego… No sé. Supongo que tendré que cenar algo: me siento desfallecida.

—¡No cuentes conmigo! —rió Fantasma—. Ni intentes localizarme en el Celeste Hotel. Mi disfraz allá es meticuloso, bien estudiado. Y, claro está, no me he inscrito con el nombre de John Pearson…, o el de *Mister* Ghost, como me llamas tú.

—Te llamo así porque eres un auténtico fantasma —sonrió Brigitte—. Apareces vestido completamente de negro, o bien con harapos, o como un hombre vulgar… y nunca hay modo de controlarte. Pero, como sea, espero que la vida nos vaya reuniendo muchas veces.

—¡Para lo que me sirve! —suspiró Pearson.

—No hay que desesperar —rió maliciosamente Brigitte—. En el momento menos pensado puedes conseguirlo.

—Amén —gruño Pearson—. ¿Te importa que te deje a unas pocas manzanas del hotel?

—¿Tienes que… transformarte?

—Así es. Y cuando llegues no preguntes por un hombre apuesto, de ojos grises, cabellos rubios, sonrisa simpática y aspecto inteligente. Tampoco el coche te servirá como pista. *Allright*?

—*Okay* —rió de nuevo Brigitte—. No me interesaré por ti… Pero supongo que tú no piensas perderme de vista.

John Pearson se limitó a sonreír. Poco después detenía el coche a medio kilómetro escaso del hotel y miraba con expresión contrita a la espía.

—Lamento tener que dejarte aquí, cariño.

—Has hecho demasiado —suspiró ella—… Nunca lo olvidaré.

Le besó en los labios y se apeó. El coche se alejó, y Brigitte reanudó a pie el camino hacia el hotel. Aunque sólo fuese por aquella vez pensaba respetar los deseos de aquel fantasma que se había ganado mucho más que un beso.

Capítulo X

Cuando Brigitte entró en su *suite* tampoco aquella vez estaba el papelito. Se quedó en el umbral vacilante, pero Pitzer apareció enseguida procedente del dormitorio, llevándose un dedo a los labios pidiendo silencio. La espía cerró la puerta y se encaminó hacia el dormitorio, adonde había regresado el hombre de la CIA.

—Supongo que ya debe de saber que se han llevado el cadáver, jefe. ¿Vio a los dos chinos de…? ¿Qué le ocurre?

Pitzer estaba pálido como un muerto, desencajado el rostro.

—Hay que actuar deprisa, Brigitte —dijo con voz tensa.

—De acuerdo —parpadeó la divina—. Pero… ¿qué ha pasado ahora?

—Sabemos ya lo que están buscando los de la US Navy. El cadáver del piloto lo tienen desde ayer por la tarde, pero ellos siguen buscando.

—Entiendo. Y la CIA ha podido enterarse, por fin. ¿Qué están buscando?

—El «Objeto 777».

—Ah… Reggie Mc Coy habló de eso, pero no aclaró…

—Es una bomba nuclear. Una bomba H.

A pesar de su serenidad Brigitte dio un paso atrás, y de su rostro huyó el color. Quedó tan pálida como Pitzer, los ojos un tanto desorbitados, la boca abierta…

—¿Una bomba… H? —jadeó.

—De nueva concepción. Según parece será de una potencia doble a la última conseguida de esa serie. Ha sido designada, durante su transporte, como el «Objeto 777».

—Pe-pero ¿qué… qué hace una bomba de esa categoría en aguas chinas? —tartamudeó Brigitte.

—Estaba siendo transportada desde una base norteamericana a la ciudad sudvietnamita de Hué. La base norteamericana está en el

archipiélago Riu-Kyu. Trace usted una línea recta en el mapa desde Riu-Kyu a Hué y comprenderá que el punto donde cayeron los dos aparatos está en esa línea. El más pequeño de ellos transportaba la bomba.

—¡Pero si no ha estallado…!

—Porque no llevaba la espoleta colocada. Pero esa… ese artefacto llamado «Objeto 777» sí contiene el resto de sus mecanismos, incluida la carga atómica. Y ahora el «Objeto 777» está en el fondo del mar, en cualquier punto de la Bahía Bias… ¿Comprende ahora lo que estaban buscando aquellos chinos del pesquero solitario?

—No… No puede ser… ¡Es imposible que un par de hombres crean que van a lograr apoderarse de… de un artefacto que no debe de pesar menos de mil quinientos kilos…!

—Unos mil ochocientos. Y respecto a su incredulidad sobre lo que estaban buscando esos dos hombres quiero que vea lo que nuestros compañeros de Hong Kong han conseguido de las fotos que usted tomó en Bahía Bias.

Pitzer sacó las fotografías de un bolsillo interior. Y junto con ellas un sobre. Dejó las fotografías originales de Brigitte sobre la cama y sacó las que contenía el sobre.

—Tuvieron que hacer ampliaciones al máximo, y hay que admitir que ha sido un trabajo veloz y eficiente… Ahora preste atención a este detalle fotográfico ampliado. Corresponde a un lado del pesquero chino solitario, y, según parece, usted tomó la fotografía cuando los dos chinos se inclinaban hacia el agua… «para recoger la red». Mírelo atentamente.

Brigitte tomó la foto, un tanto nerviosa, y la miró con toda su atención. De pronto lanzó una exclamación y acto seguido se mordió el labio inferior. Señaló un punto de la foto, exclamando:

—¡Pero esto es…!

—Un hombre-rana. De no haber sido por el color de su rostro y ese débil reflejo en el cristal de su lente seguramente no habríamos podido distinguirlo, ni siquiera con esta foto ampliada. El hombre está en descompresión, al parecer, ya a muy poca distancia de la superficie. Observe, ahora que lo tenemos localizado, los detalles tan interesantes… Es indudable que lleva un traje de goma, pero esa goma es entre verde claro y azul claro. No vemos las aletas, pero

suponemos que son del mismo color. Así mismo, y eso sí podemos verlo claramente, el color de la goma de su lente monocular es entre azul y verde claro. Y lo mismo sucede con los tubos de aire, la boquilla, el rifle de arpón…

Brigitte se dejó caer en el borde de la cama, todavía visiblemente pálida.

—¡Dios mío!

—Por supuesto ese hombre-rana no puede estar solo. Un hombre solo no conseguiría nada. Ni siquiera dos o tres hombres. Mil ochocientos kilos son muchos kilos, incluso contando con la ayuda de expulsión del agua. Calculando el peso que el empuje del agua puede restarle al «Objeto 777» todavía tendrían que mover esos hombres un peso superior a los mil kilos, más o menos. Sin embargo, es evidente que…

—¿Que quieren apoderarse de «Objeto 777»?

—Eso creemos. En realidad, querida, podemos decir que es evidente, ¿no le parece?

—Pero eso… ¡eso es absurdo, increíble!

—¿Por qué?

—Pues…

Brigitte se calló. Permaneció pensativa, mientras Pitzer encendía un cigarrillo y se lo colocaba en los labios, mirándola con cariñosa amabilidad.

—¿Por qué? —insistió suavemente.

—No… No es absurdo, ni increíble… ¡Ni siquiera imposible! ¡Quiero ver esas fotos!

Pitzer no pudo evitar un gesto admirativo.

—Parece que se ha dado usted cuenta… —murmuró.

Brigitte estaba ya examinando las fotos de la decena de pesqueros chinos que se hallaban bien a la vista en Bahía Bias. Formaban como un círculo bastante desigual, pero círculo al fin.

—Estos hombres… Estos pesqueros están esperando que los hombres-rana con equipo color mar localicen la bomba H. Ese equipo color mar permite a los hombres-rana en cuestión esconderse en cualquier sitio, esquivar la vigilancia directa de los *Frog Men* en cualquier lugar y momento, tan sólo permaneciendo inmóviles, confundiéndose con el color del agua. Si ellos localizan el «Objeto 777» es posible que lo aten con cables…, de los cuales

tirarían a una todos esos chinos que están ocupando los pesqueros. De este modo el artefacto, el «Objeto 777» sería desplazado hacia la costa…

—Donde podría ser cargado en un camión o cualquier otro vehículo —acabó Pitzer—. Es fácil suponer que la utilidad de esa bomba H para los chinos es mucho más grande de lo que podría significar poseer ese solo proyectil. Evidentemente si esa bomba llega a manos de la China comunista sus técnicos la estudiarán y… Bueno, no nos engañemos: si los chinos comunistas consiguen nada menos que todo un modelo directo de «Objeto 777» la fabricación de más bombas de ese tipo sería sólo cuestión de tiempo.

—Y no demasiado.

—No, no demasiado. Imagínese lo que sería para ellos poseer una bomba H norteamericana… No los planos, o apuntes, o microfotos conseguidos por algún excelente espía: tendrían la mismísima bomba H completa y montada…

—Pero sin espoleta.

—¿Y qué? Analizarían sus materiales, su estructura, sus dispositivos… Sí, únicamente les faltaría la espoleta de disparo, pero a mi entender no creo que les resultase excesivamente difícil diseñarla y por supuesto todavía menos fabricarla.

—Dios Santo… ¿Cómo… cómo ha sabido todo esto?

—¿Sabe lo que es un agente inter-doble?

—Claro: un agente que pertenece a dos servicios de inteligencia del mismo país.

—Exacto. Realmente son sujetos bastante peculiares, ¿no le parece? Porque ser agente doble, es decir, trabajar para dos servicios de espionaje enemigos tiene un cierto sentido, pero hacerlo para dos servicios de su mismo país requiere… un cierto sentido del humor y no poco apego al riesgo y a las situaciones… llamémoslas chocantes… Pero en fin, la cuestión es que nosotros tenemos uno de esos agentes en la sección del G-2 que está actuando en la flota y en Hong Kong concretamente ahora. Uno de nuestros muchachos estaba en contacto… rutinario e indirecto con él. No podían verse, lo tenían prohibido… Pero hoy han tenido que hacerlo, presionados por mí. Pues bien, la información directísima proviene de ese agente inter-doble.

—¿Le han informado ustedes a él respecto a estas fotografías?

—No.

—¿Quiere decir que el G-2, por tanto, no sabe todavía lo que sabemos nosotros, es decir, la presencia de esos hombres-rana chinos que están buscando el artefacto?

—No, no lo sabe.

—Pero… ¿por qué? —Casi gritó Brigitte—. ¡El mando de esa flota tiene que saber lo que ocurre!

—¿Por qué motivo?

—¡Cómo que por qué! ¡Para que busquen con más insistencia ese «Objeto 777», y para que destruyan a cañonazos esos pesqueros si es necesario!

—Querida —dijo fríamente Pitzer—, usted está olvidando una cosa muy importante. Ese «Objeto 777» está en aguas chinas. Hasta el momento la China comunista está aceptando la presencia de la flota yanqui porque no puede decir al mundo que se niega a que sea recuperado el cadáver de un piloto americano…

—¡Y porque les interesa que no se tomen medidas drásticas para recuperar el «Objeto 777»!

—Efectivamente. Fíjese que ni siquiera han protestado por el hecho de que dos aviones militares norteamericanos invadiesen durante su ruta el espacio aéreo chino. Imagínese la que habrían armado si no les interesase este asunto.

—Pero… ¿quién les informó a ellos de lo que transportaba nuestro avión?

—Nadie. Debemos pensar que en principio, simplemente, decidieron aprovechar el incidente para meter las narices en material militar estadounidense, posiblemente sus intenciones iniciales fueron robar material de escasa o relativa importancia, o, como digo, simplemente meter sus narices en nuestros asuntos, y ver si de un modo u otro podían obtener algo, aunque sólo fuese la satisfacción de una protesta pública contra Estados Unidos…

—Y entonces encontraron ellos el «Objeto 777».

—Evidentemente. Lo tienen ellos, pero van dejando que los de la US Navy sigan buscándolo porque necesitan tiempo para llevárselo. O eso, o todavía no lo han encontrado, de modo que les interesa sostener la situación. Por supuesto sería más cómodo para ellos prohibir la permanencia de esa flota en sus aguas y buscar la bomba con toda tranquilidad, o terminar de llevársela si ya la han

encontrado. Pero, mientras el mando naval norteamericano no diga haber encontrado el cadáver del piloto la actitud china sería muy mal vista en todos los medios políticos internacionales, cosa que por el momento a China no le interesa.

—Es decir, que tienen que soportar nuestra presencia en sus aguas mientras esa presencia tenga esos visos de… humanitario romanticismo, de ternura hacia un piloto muerto en servicio, y cuyo cadáver, a ser posible, se pretende recuperar para enviar a la patria.

—Muy vistoso, ¿verdad? —Se mostró sarcástico Pitzer—. Y muy astuto. Hay demasiados corresponsales mundiales en Hong Kong que hablarían mucho y muy acremente de China si ésta prohibiese la búsqueda del piloto. Pero imagínese ahora que desde el portaaviones se lanzan unos cuantos cañonazos contra esos pesqueros chinocomunistas… ¿Qué cree que ocurriría?

—Por el momento que China exigiría la inmediata retirada de la US Navy de sus aguas jurisdiccionales.

—Con lo cual se quedaría libre la mar, para ella sola… Y se podría dedicar tranquilamente y con muchos efectivos a la búsqueda de ese «Objeto 777». O sea, querida, que aunque supiese lo que está ocurriendo la US Navy no podría hacer nada. Agredir a diez «inofensivos» pesqueros chinos sería considerado mundialmente como un crimen brutal. No, Brigitte, la US Navy no puede hacer nada a ese respecto. Solamente seguir buscando el «Objeto 777», con la esperanza de poder encontrarlo antes que los chinos…, si es que éstos no lo han encontrado ya, repito.

—Pero nosotros sí podemos hacer… algo más.

Pitzer dio una palmadita en una rodilla de Brigitte.

—Podemos intentarlo, al menos. ¿Se le ocurre algo?

—No sé… De momento no. ¡Si supiéramos en qué lugar exacto cayó ese «Objeto 777»!

—Según parece en lugar distinto del que está explorando la US Navy —dijo astutamente Pitzer.

—Claro…

—Sin embargo, mataron a Reginald Mc Coy.

Brigitte le miró vivamente.

—¡Usted sabe algo más! —se excitó.

—Un poco más, gracias a nuestro agente inter-doble incrustado en el G-2. Según parece, Reginald Mc Coy, que como ya sabemos

era el mejor de nuestros hombres-rana, inició esta tarde la búsqueda del «Objeto 777» por otro sector. Lo hizo él solo, tras exponer una teoría que no fue… excesivamente atendida, respecto a que quizá la bomba H, por un motivo u otro, se había desplazado hacia la costa. No se le dio crédito porque, precisamente, en Bahía Bias pasa una corriente hacia el interior. En primer lugar el «Objeto 777» es demasiado pesado para que en su descenso a las profundidades pueda sufrir desviaciones excesivas. En segundo lugar está esa corriente, que hubiese empujado el proyectil hacia el interior del mar, no hacia la costa.

—Pero Mc Coy emprendió por su cuenta una exploración hacia la costa… Y fue entonces cuando le mataron.

—Temiendo que pudiera encontrar el artefacto o ver algo que a alguien no le interesaba que fuese visto. ¿Le parece razonable esta teoría?

—Me parece tan razonable que creo que voy a echarme a temblar de un momento a otro… ¿Cree que, en definitiva, esos hombres-rana con traje color mar han encontrado la bomba y la están arrastrando hacia la costa?

—¿Por qué no? Y no olvidemos que los pesqueros chinos están muy cerca de la costa. Si se extendieran unos cables desde ellos a la bomba ésta podría ser entonces desplazada más rápidamente hacia dichos pesqueros, y entonces, ya bajo éstos el artefacto, sólo se trataría de que los chinos decidieran cómo se la llevaban definitivamente de allí. Por supuesto es una tarea delicadísima… No se trata de arrastrar el cadáver de una ballena, sino de un artefacto atómico del cual se desconoce, por lo menos por parte china, sus características y condiciones para la explosión. Es natural que adopten muchas precauciones en ese arrastre. Y además los hombres-rana deben ir moviendo el «Objeto 777» de modo que no choque contra las rocas, no sólo por sus posibles consecuencias explosivas, que por supuesto no se producirían por simples golpes, sino porque éstos serían captados por el sonar de nuestra flota. Si ese sonar capta el peculiar sonido de la bomba contra una roca, y el Mando sospecha por fin lo que está ocurriendo, igual se lían a cañonazos. De modo que esos chinos deben de estar muertos de miedo…, pero están ahí. Y para mí que se están llevando la bomba, querida.

—Parece… increíble.

—Eso lo admito. Bien, los dos estamos un poco pálidos, y ambos sabemos que ni a usted ni a mí se nos hace palidecer fácilmente. Por cierto: ¿qué le ha pasado? No la veo muy pimpante.

—Oh, es usted muy amable al interesarse por mí —dijo irónicamente Brigitte—… ¿Cree que en estos momentos están arrastrando la dichosa bomba?

—En estos momentos lo dudo. Los de la US Navy no buscan de noche, de modo que si viesen luces bajo el agua las cosas se complicarían mucho para esos chinos; presumo que el mando de la flota no se andaría entonces con remilgos… No. No creo que estén trabajando ahora, arriesgándose a que el «Objeto 777» sufra cualquier desperfecto contra las rocas, o se rompa algún cable… o estalle. Trabajan durante el día, por supuesto desde que sale el sol hasta que se pone, mientras haya la menor señal de luz útil. ¿No quiere decirme qué le ha pasado?

—Tuve un tropiezo con agentes de la MVD.

—Entiendo. Bueno, es natural que ellos también hayan metido las narices en esto. ¿Lo ocurrido tiene relación con Fedor Yashin, el ruso que le robó la cámara fotográfica con el teleobjetivo?

—Era uno de ellos… Adivine a quién me he encontrado en Hong Kong.

Pitzer adoptó una expresión reflexiva.

—A ver, déjeme pensar… ¿A su amigo John Pearson, alias Fantasma, ese hombre del MI5 tan astuto, inteligente y audaz…, según opinión de usted?

Brigitte miró con gesto de pasmo a Pitzer, que sonrió burlonamente y quedó expectante. Brigitte estaba atónita.

—¿Qué sabe usted de él? —inquirió.

Pitzer hizo un gesto de suficiencia.

—Está alojado en este hotel con el nombre de Jean Delafonte, francés, periodista —dijo, como sin darle importancia en lo más mínimo—. Ocupa la *suite* 529.

—¡Está en este mismo piso! —exclamó Brigitte.

—Es vecino suyo. Por cierto que el señor Pearson lleva un muy convincente… atuendo de enmascaramiento. Pero ha tenido la mala suerte de que yo le he recordado gracias a las fotos que usted obtuvo de él cuando el asunto de Roma.

—¡Se lo merece! —rió Brigitte.

—¿Qué quiere decir?

—Que él también va por ahí repartiendo fotografías mías a chinitos con pesquero.

—Ya. Pero evidentemente usted lo hizo primero, eso de repartir fotografías de él… En fin, ¿puedo saber ya lo que le ha ocurrido?

—Desde luego. Fui a ver a Po Yang para pedirle…

Brigitte relató lo ocurrido desde que saliera del hotel hacia el almacén de Po Yang hasta que John Pearson la había dejado a cierta distancia del hotel. Cuando acabó el relato Pitzer se estaba acariciando la barbilla, pensativo.

—Una cosa es evidente —dijo—: los rusos no están teniendo mucho éxito en este asunto. Según entiendo están todos fuera de combate… Todos los que fueron destinados a este asunto, se entiende.

—Eso parece.

—Una cosa interesante sería saber quién envió aquella nota a ese Po Yang, en nombre de usted, citándolo en el hotel… Y también sería interesante saber por qué lo hizo. ¿Cree que pudo ser John Pearson, su amig…?

—No. John no. Estoy segura.

—¿Entonces…?

—No sé. Tendremos que seguir pensando… ¿Qué están haciendo en estos momentos nuestros dos compañeros?

—Vigilando Bahía Bias, naturalmente. Eso, uno de ellos. El otro no anda lejos de aquí, y estamos en contacto por medio de radios de bolsillo. Le he traído una a usted.

Se la entregó, y Brigitte la guardó, preguntando:

—¿También este agente se llama Simón?

—Es un nombre que me gusta —sonrió Pitzer—. ¿A usted no?

—¡También! —rió Brigitte—. Y ya que podemos entrar en contacto por radio siempre que lo deseemos, jefe amado… ¿qué tal si se marcha y así podré bañarme, cambiarme de ropa y cenar algo?

—Es una buena idea. Mientras esté cenando, piense. Tenemos que encontrar un plan para el amanecer.

—*Okay*. Hasta la vista, tío Charlie.

Pitzer miró las rodillas de Brigitte, optó por darle una palmadita en una mejilla, y salió del dormitorio, desde donde Brigitte le

estuvo mirando hasta que lo vio salir de la *suite*.

Entonces descolgó el teléfono y pidió:

—Con la quinientos veintinueve, por favor.

Tuvo que esperar unos segundos hasta que atendieron la llamada en esa *suite*. Una voz de hombre, con acento francés:

—*Hallo?*[2]

—*Monsieur Delafonte?*[3]

—*Mais oui, Madame…*[4]

—*L'espion anglais?*[5]

—*Quoi?*[6] —respingó Pearson.

—*Vos êtes très charmant avec votre camouf age, mon amour…*[7]

—¡Brigitte![8]

—*Au revoire, chérie!*[9] —rió la divina. Y colgó.

Se desnudó, se puso un cortísimo albornoz, y se disponía a entrar en el cuarto de baño cuando sonó la llamada a la puerta. Fue hacia la cama, recogió su pistolita, que también había recuperado del cadáver de Barian, y se la adhirió al costado con esparadrapo. Luego cruzó el albornoz sobre su pecho y fue a abrir.

Otra sorpresa…, aunque un tanto relativa.

—Po Yang…

—Hola —sonrió el apuesto chino—. ¿Puedo pasar?

—Claro… ¡Claro, querido!

Lo dejó pasar, cerró la puerta, y se volvió hacia él, mirándolo con expresión dulcísima.

—Me disponía a bañarme… —De pronto apareció una expresión de alarma en sus ojos—. ¿Ha ocurrido algo malo?

—En absoluto —sonrió Po Yang, mirándola con ojos ardientes—. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—¿Seguro que todo ha ido bien? —insistió Brigitte.

—Sucedió todo como te dije. He venido porque no me pareció conveniente preguntarte por teléfono qué quieres que hagamos con ese cadáver.

—Es cierto, no… no aclaré ese punto. ¡Oh, por supuesto que no se debe hablar de eso por teléfono!

—Por supuesto. —Po Yang la abrazó y su voz brotó susurrante —. Repetiré mi pregunta: ¿tienes algo que hacer esta noche?

—Pues… bañarme, cenar…

—¿Y qué más?

—Nada más. La verdad es que estoy deseando acostarme. O tal vez decida dar una vuelta por Hong Kong.

—Para cualquiera de esas cosas cuenta conmigo.

—Po Yang, no… Esta noche no. Tienes que encargarte de ese cadáver.

—Es un cambio muy poco ventajoso para mí —protestó el chino, besándola en el cuello. Brigitte lo apartó, siempre con dulzura.

—Po Yang, no me gustan… las prisas. A veces lo echan todo a perder.

—Entiendo. Dijiste mañana y será mañana… Acepto. ¿Qué hago con el cadáver?

—¿Tienes algún lugar donde esconderlo, aunque sólo sea por un día… por menos de veinte horas?

—Desde luego.

—Entonces eso es todo por ahora.

—¿Todo? —musitó Po Yang.

Brigitte sonrió. Le echó los brazos al cuello y le besó profundamente en la boca, mientras Po Yang deslizaba sus manos bajo el albornoz, acariciando la tersa y fragante carne desnuda de la espía…, que se apartó rápidamente, antes de que el chino llegase a tocar la pistola, y de nuevo mostró su más dulce sonrisa.

—Hasta la vista, querido —susurró.

Po Yang asintió con la cabeza, sonriendo. Fue hacia la puerta, pero cuando estaba a punto de abrirla Brigitte lanzó una exclamación, como quien acaba de pensar algo importante, decisivo.

—¡Espera! ¿Recuerdas lo de la lancha?

—Desde luego, querida.

—Bien… ¿Tienes equipos submarinos?

—¿Equipos submarinos?

—Trajes de goma, tubos de aire para inmersión, lentes, aletas, fusil de aire comprimido…

—¿Necesitas esa clase de equipo?

—Posiblemente.

Po Yang estuvo mirándola fijamente unos segundos, con el ceño fruncido. Por fin murmuró:

—Supongo que en algún momento te sincerarás conmigo.

—Ya te prometí eso —dijo ella, acercándose a él.

—Sí… Lo prometiste. No tengo eso que pides, pero puedo conseguírtelo, si realmente lo necesitas.

—¿Harías eso por mí?

—Creo que estoy haciendo cosas más difíciles y peligrosas, ¿no? —refunfuñó Po Yang.

—Es cierto —rió quedamente la divina espía—. Es cierto, amor. Y yo… lo recordaré siempre. ¿Tendrás ese equipo preparado?

—Lo tendré. ¿No quieres nada más?

—No seas irónico. Lo único que quiero es besarte una vez más, bañarme, cenar…, y hacer pequeñas cosas por Hong Kong.

—Pequeñas cosas en las cuales yo no puedo intervenir.

—De momento no. ¿Te gusta madrugar?

—Tengo que hacerlo con frecuencia.

—¿Mañana, por ejemplo?

—¿También vas a pedirme que madrugue?

—¿No quieres hacerlo?

—Brigitte —sonrió Po Yang—, creo que un hombre haría todo lo que le pidieses… si lo mirabas así y le prometías aunque sólo fuese un beso.

—¡Cuenta con el beso! —rió ella, mimosa, acariciándole la barbilla—. ¿Te parece bien a las tres de la madrugada?

—¡Las tres de la madrugada! —Casi gritó Po Yang—. Pero… ¿qué puedes tú tener que hacer a esas…? Un momento —achicó los ojos el chino—. Creo que entiendo. Quieres estar en Bahía Bias al amanecer, ¿no es eso?

Brigitte volvió a besarlo en los labios, siempre dulce, cariñosamente. Luego insistió:

—¿A las tres, querido?

—A las tres. Creo que estoy cometiendo una tontería. Huelo las cosas… raras desde muy lejos. Espero que, por lo menos, podré seguir disfrutando de esa cosa estúpida que es la vida.

—La vida es maravillosa —dijo, ella—. ¿Por qué perderla, amor?

Po Yang movió la cabeza con gesto preocupado, abrió la puerta, y abandonó la *suite*.

Brigitte quedó inmóvil unos segundos, sonriendo. Luego se dispuso a bañarse, si no había más interrupciones. Tendría que ponerse algo en los latigazos del vientre, que le dolían y ardían casi más que cuando los recibió… Luego bajaría a cenar.

Y, finalmente, en efecto, se daría una vuelta por Hong Kong. Una vuelta que no sería tal, sino una visita directa al pesquero del muy espabilado chinito amigo de Fantasma, el joven Lin Yuey.

Capítulo XI

—¡Lin! ¡Lin Yuey!

Brigitte lo estaba llamando desde el borde del muelle. Sólo veía la luz que había en lo alto de un palo del pesquero. Una luz miserable, mortecina, que se suponía bastaba para que la embarcación fuese visible en la noche. Por fortuna la iluminación de Hong Kong y de los grandes buques solucionaban el problema de la mínima visibilidad.

—Estoy aquí, señorita —apareció el muchacho.

—Tengo que subir a bordo otra vez, Lin. ¿Quieres colocar la pasarela?

El muchacho lo hizo, y Brigitte pasó rápidamente al pesquero, ya sin sorprender a Lin con su seguridad y agilidad.

—¿Tienes el sobre que te entregué esta tarde? —pidió Brigitte.

—Claro. ¿Lo quiere?

—Así es.

—Se lo traeré enseguida.

El muchacho entró en la choza construida sobre el pesquero y reapareció apenas diez segundos después con el sobre. Lo tendió a Brigitte, que lo miró con indiferencia.

—¿Están todas las fotos o Fantasma se quedó alguna?

—¿Cómo dice? No entiendo…

—No seas tonto —rió ella—. Sé muy bien que estás trabajando para *Mister* Ghost. Ya he hablado con él. Entre otros uno de sus disfraces es el de mendigo hindú. Conozco a Fantasma hace tiempo, y somos buenos amigos.

—Mejor para usted, entonces.

—Sin duda. Esta noche me ha salvado la vida.

—No me extraña en el señor… Fantasma.

—¡Eso es! —rió Brigitte—. ¡Nada de mencionar nombres! Me gusta tu cautela… pero conmigo no es necesaria. Supongo que

Fantasma te diría que confía en mí. Oh, hasta cierto punto, claro… Si hay algo que interesa a su país, o al mío, nos pelearemos por ello, e incluso, si es necesario, nos haremos una mala jugada el uno al otro. Pero a veces hemos trabajado juntos en causas que interesaban lo mismo a su país que al mío… Te digo todo esto, Lin, porque quiero que confíes en mí.

—Está bien.

—¿Confías?

—Si tiene que preguntarme algo hágalo ya.

—De acuerdo. ¿Conoces a un hombre llamado Po Yang?

—Claro.

—¿Quién es?

—Un hombre importante de los muelles. Tiene un almacén de importación y exportación… Todo el mundo le conoce.

—¿Qué opinas de él?

—¿Yo?

—Tú —sonrió Brigitte.

—Bien… No sé… Es un hombre agradable, y tengo entendido que se porta bien con todos.

—Vaya… ¿Y a un chino llamado Tao Tsing? ¿Lo conoces?

—¡Tao Tsing! ¡Ése es aún más rico que Po Yang! Pero nunca se le ve por los muelles… Tiene una villa muy bonita en el Peak llamada Red Dragon. Nunca he estado allí… Dentro, quiero decir. Pero creo que ha de ser maravillosa.

—Es muy bonita, en efecto —sonrió Brigitte—. Y a Tao Tsing le encantan las carpas y los lotos. ¿Qué opinas de él?

—¿De Tao Tsing? Nada… No sé. A Po Yang le veo de cuando en cuando, oigo hablar de él… Pero nadie dice nada de Tao Tsing. Sólo que es muy rico y que vive solo en Red Dragon… Dicen que está muy gordo, y que casi no puede moverse, que por eso no viene nunca por Hong Kong.

—¿Has oído alguna vez que entre ellos haya habido algo…, que se hayan relacionado de algún modo…, aunque hayan sido disputas comerciales, por ejemplo?

—Nunca. No, no… Nunca he sabido que hubiese nada entre Po Yang y Tao Tsing.

—¿Tú sabías que Po Yang trafica en opio a veces?

Lin Yuey miró socarronamente a Brigitte.

—¿Y quién no trafica en opio en Hong Kong cuando puede? Yo supongo que Po Yang, como todos, aceptará algún buen negocio cuando se lo propongan. Lo hacen todos, de veras.

—¿Incluso tú?

—Para traficar en opio ganando dinero hay que tener dinero antes, señorita.

—Claro. ¿A ti te ha parecido notar alguna vez actividades… raras en Po Yang y sus hombres?

—¿Qué son «actividades raras»?

—Digamos las que tú no puedes comprender.

Lin Yuey parecía ahora desconcertado. Reflexionó unos segundos antes de mover negativamente la cabeza.

—A mí nunca me han parecido raras las actividades de Po Yang y sus hombres. No son raras para Hong Kong, al menos.

—Está bien —suspiró Brigitte—. ¿Qué dijo Fantasma de las fotografías?

—Que no eran muy buenas, y que carecían de interés, según le parecía a él.

—¿Eso fue todo?

—Sí.

—Bien… Hasta la vista, Lin.

—¿Está usted sola por aquí?

—Así es.

—Tenga cuidado. Lo mejor sería que tomase un taxi cuanto antes, para regresar enseguida al hotel.

—Tal vez lo haga —sonrió amistosamente la espía—. Gracias por tu interés Adiós.

Regresó al muelle y se alejó. Desde luego le habría gustado ver Hong Kong de noche, pero de momento llevaba dos allí y no había podido disponer de tiempo para ello. Aunque tal vez Lin Yuey tenía razón, y lo mejor era no tentar a la suerte…, ni a cualquier granuja o un grupo de ellos que estuvieran dispuestos a desvalijar a una joven tan hermosa que sin duda les haría pensar en otro botín mucho más agradable y placentero que un puñado de dólares.

Sí, valía más no complicarse la vida.

Sobre todo, precisamente aquella noche, si quería estar despierta y bien despejada a las tres de la mañana sería mejor que se dedicase a dormir…

* * *

Sonó el teléfono, y Brigitte, adormilada alargó la mano hacia el aparato. Descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—Brigitte, ¿qué estás haciendo?

La divina se sentó bruscamente en la cama, dio la luz, y miró su relojito de pulsera. Eran las dos y cinco de la madrugada.

—Fantasma —musitó—… ¿Qué ocurre?

—¿Qué estás haciendo?

—Dormía…

—Vístete inmediatamente. Sal del hotel dentro de diez minutos… Apenas salgas verás aparecer una *rickshaw* ante ti. Sube a ella y no preguntes nada. Simplemente el coolie te llevará a tu lugar de destino… ¿Lo has entendido bien?

—Sí, pero…

Clic.

Brigitte se quedó mirando al auricular. Así era John Pearson… cuando sucedía algo grave.

Saltó de la cama, se vistió rápidamente, se colocó su pistolita en el muslo izquierdo, y consultó de nuevo su relojito: las dos y doce minutos. Tenía todavía tres minutos para salir a la calle a tiempo de ser recogida por aquella *rickshaw* que le enviaba John Pearson. Incluso tenía tiempo para otras cosas.

Recogió su bolsito, sacó de él rápidamente la radio del tamaño de un paquete de cigarrillos, y accionó el botón.

—¿Tío Charlie? —llamó.

—Soy Simón. Tío Charlie está durmiendo ahora. ¿Sucede algo nuevo?

—Muy nuevo. El MI5 acaba de llamarme por teléfono. Tengo que salir dentro de dos minutos y medio del hotel, subir a una *rickshaw* que pasará por delante, y dejarme llevar.

—¿No sabe lo que ocurre?

—No.

—Llamaré a tío Charlie… ¿Ha dicho dos minutos y medio?

—Ahora solamente dos. ¿Suficiente?

—Lo intentaremos. Llamo ahora mismo a tío Charlie.

Brigitte guardó la radio, se colgó el bolsito de un brazo, y salió

de la *suite*.

Salió a la hora exacta a la calle, con aspecto tranquilo, mirando como fascinada la vida nocturna de Hong Kong…

Pero no tuvo demasiado tiempo para ello porque una *rickshaw* apareció ante ella acercándose al borde de la acera. Subió, y el coolie dio un tirón brusco, echando a correr Victoria Road abajo, hacia los muelles. Era un coolie veloz, fuerte, que tiraba del carrito con mucho vigor. Parecía tener mucha prisa, sus pies calzados con fuertes sandalias se movían velozmente sobre el asfalto.

Cuando esos pies se detuvieron la *rickshaw* estaba cerca del muelle en el cual tenía Lin Yuey su pesquero grande. El coolie bajó las varas del carrito y se dirigió hacia el borde del muelle, asió la cuerda que mantenía amarrado al pesquero, y tiró con fuerza, acercándolo. Saltó a él y se volvió hacia Brigitte, tendiéndole la mano, a pesar de que la distancia salvada por él ofrecía cierto riesgo para una mujer… que no fuese Brigitte Montfort. Ésta aceptó el reto y saltó, cayendo sobre la cubierta y asiéndose a la mano del hombre.

—¡John! —exclamó entonces.

El coolie se llevó un dedo a los labios. Soltó su mano y se dedicó rápidamente a desamarrar el pesquero. Dejó caer la cuerda al agua, tomó la pértiga, y empujó la embarcación hacia el interior del muelle.

Brigitte se colocó a su lado.

—¿Qué significa esto, John? —inquirió.

El coolie continuó empujando vigorosamente el pesquero hacia el centro del puerto. Cuando la distancia entre el pesquero y el muelle era ya superior a los cien metros dejó la pértiga en cubierta y agarró una mano de Brigitte mientras metía la otra bajo sus andrajos.

—Ven —dijo escuetamente.

Su mano reapareció provista de una linterna, cuya luz dirigió hacia los rincones de la choza en cuanto entraron.

El primer cadáver que vio Brigitte fue el del abuelo de Lin Yuey. Estaba tendido de lado, y cerca de su mano se veía una pipa. Tenía en el cuello un profundo tajo brutal y certero… Poco más allá Brigitte vio a una mujer china muy gorda. Estaba caída de espaldas, como desparramando sus carnes por el piso. La luz de la linterna

delató la sangre que había brotado de su garganta, y que ahora formaba un enorme coágulo todavía tierno.

Luego la luz iluminó el tercer cadáver… Brigitte emitió un gemido.

—¡Lin! —exclamó.

Se arrodilló a su lado, casi temblando. El muchacho tenía no menos de cuatro cuchilladas repartidas en el cuerpo. Cerca de su mano derecha se veía un viejo cuchillo de limpiar pescado, que, evidentemente, no había tenido tiempo de utilizar para defender su vida ni las de los suyos.

—Dios mío, John —apenas pudo alentar Brigitte—, ¿qué… qué ha pasado?

—La cosa está clara —dijo Pearson con voz ronca—: alguien vino aquí, y nada más entrar mató a Lin. Luego no debió de tener ninguna dificultad en asesinar a su madre, y menos todavía al abuelo, que no se enteraba de nada.

—Pero… ¿quién? ¿Por qué?

—No lo sé, aunque se podrían obtener sencillas conclusiones al respecto. Yo diría que es algo relacionado con el asunto que está movilizando estos días el espionaje en Hong Kong. Supongo que tú o yo fuimos seguidos hasta aquí, en un momento u otro, y está claro que decidieron eliminar a Lin por ayudarnos.

—Yo… Yo estuve aquí… hacia las diez…

—¡Estuviste aquí! —Casi gritó Pearson—. ¿Para qué?

—Vine a recoger las fotos… John, no… no podía imaginar… ¡Y esas fotos son muy importantes! John Pearson acarició suavemente la frente fría de Lin Yuey.

—Entiendo… Entiendo, Brigitte. Tenías que hacerlo, claro.

—La… la culpa es mía…

—Eso es muy discutible. Tal vez lo hubiesen matado aunque no intervinieras tú. De cualquier modo siempre tiene alguien la culpa de las cosas que ocurren. Y si esas fotos son importantes hiciste bien en venir a buscarlas, naturalmente.

—Pero ¿cómo podía yo imaginar…?

—Es simple mala suerte. Debieron de pensar que el muchacho era peligroso por saber demasiadas cosas… Posiblemente querían capturarlo con vida para interrogarlo, pero cuando él quiso defenderse lo hicieron trizas.

—Es horrible…

—Lo es —suspiró el británico—. Nosotros estamos acostumbrados a esto, pero… Bueno, acostumbrados no es la palabra exacta. Digamos que nuestro estómago se va… haciendo pedazos a base de ir soportando las cosas que nuestra profesión nos obliga a ver… y algunas veces a hacer. Pero acostumbrarnos… No. No creo que haya nadie que se acostumbre a esto. ¿Quieres que te confíe un secreto? Tengo ganas de tener sesenta años: mis músculos se aflojarán, mi mente no será tan rápida, mi audacia decrecerá, forzosamente… Dejaré de ser un espía veloz, peligroso, importante. Entonces será cuando en el MI5 llamarán a John Pearson y le dirán muy finamente que tienen para él trabajos de otro cariz, que él es demasiado valioso para arriesgarlo por esos mundos… Con un poco de suerte hasta es posible que me propongan que me retire, pintándomelo todo de color de rosa para el ya breve futuro. Pero entonces me haré un lavado de cerebro, me compraré una casita en la costa, un bote, unas cuantas cañas de pescar, una tonelada de libros y otra de discos de música clásica…

La voz de Pearson terminó por crisparse y quebrarse. Brigitte le apretó suavemente el brazo.

—Apreciabas mucho a Lin, ¿verdad? —susurró.

—Era un chico inteligente. En dos años he estado tres veces en Hong Kong, y siempre me ha ayudado muy bien. Yo le había prometido… le había prometido muchas cosas… Le regalaba libros, le decía que más adelante, cuando tuviese unos cuantos años más, le convertiría en un buen agente anexo al MI5… Podría comprarse una casita en la ladera del Peak, trabajar para el servicio de Inteligencia de Su Majestad, dejar el muelle, cuidar a su madre… Era un gran chico, Brigitte, de veras.

—John no sabes… cuánto lo siento.

—Tal vez sí lo sepa. Tú eres como yo, como muchos de nosotros: una tonta sentimental. Peleamos, engañamos, matamos… Y de pronto, en cualquier momento, algo se… afloja o se rompe en tu interior, y te sientes deprimido y un poco… canalla, un poco asesino, un poco rufián…

Brigitte tomó entre sus manos el rostro del disfrazado agente británico, y le besó suavemente en los labios; una caricia de amigo, de comprensión, de afecto.

—John, tú y yo vamos a encontrar a quien ha hecho esto.

—Seguro que sí. Pero… ¿solucionará algo?

—Te comprendo. Pero sea quien sea lo encontraremos. Y sirva o no de algo, lo mataremos. Aunque debo decirte que sí servirá de algo: quien ha hecho esto es una fiera asesina, y al matarla impediremos que continúe cometiendo brutalidades semejantes. Esa clase de gente no merece ninguna consideración, John… No merece tan siquiera vivir.

—Sí, tienes razón —se endureció la voz de Pearson—… Nosotros encontraremos y mataremos a esa fiera.

—Lo haremos. Ahora llévame al muelle.

—¡No! ¿Por qué crees que lo primero que he hecho ha sido traer el pesquero aquí? Puede que estén esperándonos. Hemos llegado tan deprisa y de modo tan inesperado que no han tenido tiempo de hacer nada, los hemos sorprendido… Pero no quiero llevarte ahora allí.

—Bueno, de todos modos ya es la hora de que yo empiece a trabajar. ¿A qué viniste al pesquero, John?

—Lin y yo teníamos que salir en el otro pesquero hacia Bahía Bias antes del amanecer. De modo que vine a buscar al muchacho.

—¿Ya sabes la verdad de lo que está ocurriendo?

—No… No del todo. Tengo algunas ideas, pero…

—El «Objeto 777» es una bomba H.

—¿Una…? ¡Dios! Creo… creo que empiezo a entender…

—Hay hombres-rana chinos buscando esa bomba. Llevan unos trajes de goma especial, del color del mar…, que no creo hayan sido fabricados a toda prisa para esta operación, ni mucho menos. Cabe pensar que los tenían ya, con vistas a otras operaciones de este tipo en aguas costeras de otros países donde hubiera cosas que merecieran su interés. Es decir, que los chinos no están tan dormidos como mucha gente cree… En cualquier caso, ahí los tenemos, en Bahía Bias, buscando la bomba. O quizá la tengan ya.

—Sí… Sí, entiendo. Y esos pesqueros chinos que no se mueven de la bahía… están colaborando, de un modo u otro.

—Naturalmente. Y a ver quién les dice que no pueden estar ahí, en sus propias aguas. ¿Comprendes la postura norteamericana?

—Desde luego. Así que era eso… Nada menos que pretenden apoderarse de vuestra bomba H, para tenerla como prototipo, para

poder construir las que quieran partiendo de ella.

—Exactamente. Nosotros, la CIA, creemos que ya la tienen, y que la están arrastrando hacia la costa.

—No me digas más. Las piezas del rompecabezas van encajando ahora con toda facilidad. ¿Qué pensáis hacer?

—Es obvio, querido —sonrió angelicalmente Brigitte—: quitarles esa bomba de las manos. Oh, pero con toda delicadeza, se entiende… No queremos que la China comunista tenga motivos de queja Y ahora, si no tienes inconveniente, llévame a cualquier otro punto del muelle. Tengo una cita a las tres y ya falta poco.

—¿Vas a ir a Bahía Bias?

—Sospecho que no tengo otro remedio.

—¿Tendrás ayuda de la CIA?

—Muy relativa. Realmente mis propósitos son… muy personales. Es un intento casi descabellado, John. Y temo que para ello no hacen falta demasiadas personas. La ayuda que pueda recibir será, posiblemente, tan sólo terrestre. Y yo tengo que trabajar en el mar.

—Te llevaré al muelle —susurró Pearson.

Cogió de nuevo la pértiga, mientras Brigitte accionaba su radio de bolsillo.

—¿Tío Charlie?

—¡Brigitte! ¿Qué está ocurriendo? Iba a llamarla, pero no sabía si eso podía perjudicarla. ¿Quién es ese coolie?

—Un fantasmal y viejo amigo. ¿Dónde está usted?

—En el muelle. Simón está conmigo. Les vimos desplazarse hacia el centro del puerto, pero…

—Son las tres menos doce minutos. A las tres, o muy poco más, salgo rumbo a Bahía Bias.

—¡Brigitte, espere! ¿Qué pretende?

—Voy a intentar lo único razonable, querido tío Charlie: quitarles el «Objeto 777» a los chinitos.

—¿Está loca? ¡Espere, tenemos que encontrar el medio más…!

—Yo tengo ese medio. Ah, sólo una cosa: si al mediodía no saben nada de mí digan al mando de la flota que hagan papilla a esos pesqueros chinos y que dejen ya la discreción y el disimulo…, o el «Objeto 777» estará mañana en tierras chinas… ¿*Okay*?

—Brigitte, escuche…

—Oiga, tío Charlie: en esto hay también algo de cuestión personal. Y voy a hacerlo a mi modo. Me voy a Bahía Bias. Adiós…, por si acaso. Recuerdos a Miky Grogan y Frank Minello.

—¡Brig…!

Pero Brigitte Montfort había cerrado ya la radio, y la estaba guardando en su bolsito. Pearson, que estaba manejando la pértiga, murmuró:

—Unos tontos sentimentales, ya te lo he dicho antes. Eso es lo que somos nosotros. Incluso ese tío Charlie, que sin duda comprende que lo que vas a intentar es lo único posible si exceptuamos la intervención directa y decisiva de la US Navy, teme que maten a su espía preferida. Ah, pero él se debe de creer un hombre muy duro, frío, sin sentimientos… ¡Pobre tío Charlie!

Brigitte sonrió débilmente.

—Sí —murmuró—… ¡Pobre tío Charlie!

Poco después el pesquero se detuvo en un punto del muelle alejado del de origen, y John Pearson colocó sus manos en los hombros de Brigitte.

—Adiós, amor: feliz espionaje.

—No nos despidamos, John.

—Los dos estamos locos… Y tú lo sabes. Y dime: ¿qué les pasa a los locos?

—¿Que los encierran? —sugirió Brigitte.

—Eso es en la vida normal, querida. En la que nosotros llevamos, simplemente, son eliminados.

—Nosotros tendremos más suerte. Ya verás como dentro de muchos años podrás invitarme a ver tu casita en la playa, tu bote de pesca, tus libros y tus discos… Feliz espionaje, John… Sólo eso. Nunca adiós.

Le besó en los labios y saltó al muelle.

Capítulo XII

A las tres menos dos minutos Po Yang oyó la llamada a la puerta de su casa de los muelles, contigua a sus almacenes.

No le gustó el hecho de que la llamada sonase en aquella puerta, ya que significaba que quienquiera que fuese había conseguido entrar al patio.

De modo que cogió una pistola automática y fue a abrir. Lo hizo con la mano izquierda, dejando la derecha colgando a lo largo del cuerpo y un poco atrás, con la pistola lista para disparar. No había lugar para ello.

—¡Brigitte! —exclamó al ver a la espía.

—¿Estás listo…? Oh, Po Yang, pareces sorprendido.

—¡Desde luego que estoy sorprendido! —El chino se guardó la pistola en la axila—. Ya es bastante el lío en que creo me estás metiendo para que, además, entres en mi patio como… como…

—¿Como una mariposa?

—Me he sobresaltado, eso es todo. ¿Cómo has entrado?

—Es obvio, querido: saltando la tapia.

—¿Tú has conseguido saltar la tapia? —exclamó Po Yang.

—¿Puedo entrar… con la seguridad de que no vas a dispararme? —sonrio la divina.

—Claro que… Oh, no seas irónica. Pasa. —Brigitte entró, y el chino cerró la puerta—. ¿Cómo has conseguido saltar la tapia?

—No fue nada difícil, querido. Soy una persona ágil, de muy buenos músculos… Y estoy bien entrenada.

—¿Entrenada? ¿En qué?

—Supervivencia, judo, karate, paracaidismo… Cosas así.

Po Yang, de pronto, se echó a reír alegremente.

—¡Está bien, está bien, me encanta que estés de buen humor, querida! Todo eso del judo, del karate…

—Te aseguro que es cierto. Además sé disparar de un modo…

escalofriante, amor. Lo mismo me da una pistola que una metralleta, o una granada de mano… Sé volar, nadar, cabalgar, luchar…

—Mira, Brigitte…

—Es cierto todo, querido, te lo aseguro. Tengo algo que debo confesarte.

—¿Qué es ello?

—Pertenezco a la CIA americana.

Po Yang quedó boquiabierto, aturdido. Por fin alentó apenas:

—¿A la… CIA?

—Central Intelligence Agency, el servicio de espionaje y contraespionaje de los Estados Unidos de América. Tenemos una cierta rivalidad con el FBI en las cuestiones interiores, en lo que afecta a seguridad nacional, pero lo cierto es que si quieres contratar un buen espía en Estados Unidos deberás acudir a la CIA, pues nosotros somos más… dúctiles, más flexibles, más… contemporizadores. Se dice que nuestro entrenamiento es más frío, más… inhumano. Somos capaces de cualquier cosa con tal de conseguir lo que deseamos.

—Espero que no te estés burlando de mí.

—De ninguna manera. ¿Tenemos a punto la lancha y el equipo de buceador que te pedí?

—O sea, que en efecto también eres una excelente buceadora, entre tantas otras cosas.

—En efecto —sonrió Brigitte—. ¿Todo está a punto?

—Desde luego.

—Entonces saldremos inmediatamente hacia Bahía Bias. ¿O prefieres no acompañarme?

—No digas tonterías. Jamás te hubiese dejado ir sola a ese lugar.

—Te lo agradezco. Po Yang, ¿puedo confiar en ti?

—Naturalmente.

—¿Sabes lo que está ocurriendo en Bahía Bias?

—Todo el mundo lo sabe: están buscando el cadáver de un pil…

—No, no, no… No, querido. El cadáver del piloto fue recogido ya ayer. Lo que están buscando los de la US Navy es el «Objeto 777».

—¿Qué es eso?

—Ni más ni menos que una bomba H.

Po Yang se mordió los labios y quedó como petrificado, mirando fijamente a Brigitte.

—Es… es una broma, claro…

—¿Por qué crees que tengo ganas de bromear? Te aseguro que todo cuanto te estoy diciendo es cierto.

—Pero… pero dicen que… que…

—Sé lo que dicen. Lo cierto es que se trata de una bomba H. Esa bomba viajaba desde una base norteamericana en el archipiélago Riu-Kyu a la ciudad de Hué, en Vietnam del Sur. La mala suerte hizo que el bombardero que la llevaba y un avión nodriza chocasen en el aire…, y la bomba está ahora en algún punto de Bahía Bias, quizás a cuarenta metros de profundidad, quizás a quinientos.

—Bien… No sé… ¿Qué tiene que ver eso contigo?

—Mucho. Yo voy a recuperar esa bomba.

—Oh, vamos… ¡La US Navy lleva ya casi cuatro días buscándola sin encontrarla, y ahora quieres ir tú a hacerlo como si fuese… un juego!

—¿No quieres acompañarme…, ayudarme? Po Yang vaciló visiblemente.

Por fin masculló:

—Estás loca… Y yo estoy más loco que tú. Pero vamos a ir a buscar esa bomba H. Brigitte le echó los brazos al cuello, y frunció deliciosamente la boquita.

—Po Yang, querido mío, sabía que podría contar contigo…

—Esto es una insensatez, una locura de las más grandes. Es perder el tiempo, además.

—No, no, querido… Ocurre que si yo no recupero esa bomba H va a pasar a poder de la China comunista.

—¡Qué…!

—Te aseguro que sí. Hay hombres-rana de la China comunista que están buscando esa bomba. Quizá la hayan encontrado ya… Pero yo voy a quitársela… ¿Lo entiendes?

—No soy ningún niño —masculló Po Yang—. Lo entiendo todo…, y sigo pensando que estás loca.

—Loca por ti —sonrió la mimosa espía.

Y besó más dulcemente que nunca los prietos labios del oriental, que pareció empezar a olvidarse de que aquella madrugada la espía internacional tenía otras cosas en que pensar, y procedió a

acariciarla con intensidad y anhelo creciente…, hasta que ella rompió bruscamente su excitante contacto.

—Ya basta, Po Yang. Tenemos que marcharnos.

—Está bien. Ven por aquí.

La llevó por otra puerta, cruzaron una gran sala a oscuras, y Po Yang abrió una puerta que había al fondo. Abajo Brigitte vio enseguida el mar, al cual se llegaba por una escalera de madera, de peldaños ya muy gastados. Al final de esa escalera, flotando en las sucias aguas, había una lancha amarrada.

—Te ayudaré…

—No es necesario.

Po Yang bajó el primero, y, ya en la lancha, se volvió hacia Brigitte, que aunque no necesitaba ayuda de ninguna clase terminó por aceptar la solicitud del chino.

—¿Y el equipo submarino? —inquirió.

—En esa caja.

—Pon en marcha la lancha.

Po Yang obedeció mientras Brigitte abría la gran caja de madera y examinaba su contenido. Era, en efecto, un equipo submarino con todo lo necesario, incluidos dos tubos de aire cuya duración no debía de ser inferior a las dos horas. Más que suficiente, pensó, ya que lo que no consiguiese en dos horas no lo conseguiría nunca.

Cerró la caja y se acercó a Po Yang, que estaba manejando la lancha hacia la salida del puerto, cruzando veloz junto a grandes cargueros, yates, transatlánticos…

Atrás iban quedando las luces de colores de Hong Kong, todavía viviendo, todavía agitada por las vidas de los seres que apuraban la noche hasta el último momento.

Delante…

Delante Brigitte Montfort tenía uno de sus más resonantes éxitos en la CIA… o la muerte.

—¿Cuánto calculas que tardaremos en llegar?

—Poco más de una hora.

—Estupendo. Aún no habrá amanecido del todo. ¿Conoces bien estas aguas?

—Llevo treinta y dos años en Hong Kong. Toda mi vida. Conozco estas aguas como el que más pueda presumir de conocerlas.

—Entonces supongo que podrás burlar la vigilancia de la US Navy y llevarme al fondo de la bahía, cerca de la costa.

Po Yang la miró dubitativo.

—Esa parte está llena de escollos.

—¿Crees que no podrás pasarlos?

—Sí, sí podré, desde luego, pero… Está bien, te llevaré a ese lugar.

* * *

Llegaron cuando había una raya de lívida claridad en el este. En menos de diez minutos amanecería en Bahía Bias, y muy poco después empezaría a verse el sol emergiendo del mar como una gigantesca naranja hirviente.

—Para el motor.

Po Yang obedeció, y se quedó mirando interesado a Brigitte, que había sacado unos pequeños prismáticos de su bolsito. La vio enfocarlos hacia el centro de la bahía, en el punto más cercano a la costa.

—Están ahí todavía… Es natural.

—¿Quiénes están ahí?

—Los pesqueros chinos del continente. Están anclados en el centro de la bahía, conservando su formación casi circular.

—No veo que eso tenga nada de extraordinario.

—Lo tiene. La misión de los hombres de esos pesqueros consiste en ir tirando de los cables que unos hombres-rana están atando al «Objeto 777». El sistema es simple. Un tanto lento, ya que no les interesa delatar sus intenciones y su auténtico trabajo, pero simple… y seguro. Los hombres-rana tienen ya localizada la bomba H en algún punto. Llevan cables allá, los atan a la bomba, y luego, mientras los pescadores tiran de los cables como si en realidad estuviesen tirando de unas redes, ellos van moviendo la bomba de modo que no choque contra las rocas, o pueda soltarse, o sufrir desperfectos… Es una tarea paciente, propia de —Brigitte sonrió amablemente—… propia de chinos, que según se dice tienen… tenéis mucha paciencia, Po Yang.

—La mía se está acabando ante tantas tonterías —sonrió él—. Pero no estoy dispuesto a perderme una situación tan interesante. Y

menos en tu compañía… ¿Qué tenemos que hacer ahora?
—Tú nada. Yo me pondré el equipo e iré a buscar esa bomba… Si la encuentro soltaré los cables que la sujetan.
—Es una buena idea…, si te dejan llevarla a la práctica. ¿No sería mejor avisar a la US Navy de lo que está ocurriendo?
—No. Discreción, querido, discreción… Ése ha sido siempre el lema del espionaje. Y el lema personal de Brigitte Montfort. No importa que tenga que matar a alguien, pero hay que hacerlo con mucha elegancia, con discreción.
Po Yang volvió a sonreír, un tanto tristemente.
—Estoy pensando que me has estado utilizando de acuerdo a tus proyectos, eso es todo. Y… no espero ya nada de ti, esa es la verdad.
—Ahora tengo que ponerme el equipo. ¿Quieres vigilar con los prismáticos, mientras tanto?
—¿Qué es lo que tengo que vigilar?
—Cualquier reacción a nuestro alrededor que indicase que se han percatado de nuestra presencia… y que no les agrada.
Po Yang se dedicó a mirar hacia lo más profundo de la curva de la bahía, cerca de la playa, mientras Brigitte se ponía el traje de goma en un rincón de la lancha, operación en la cual tuvo que invertir casi diez minutos. Para cuando terminó el sol ya se veía sobre el mar, rojo, redondo, ardiente.
—Tendrías que ayudarme a colocarme los tubos de aire —pidió.
El chino dejó los prismáticos y la ayudó a abrochar los atalajes que sostenían los tubos gemelos de aire. Luego Brigitte se sentó en la borda y se colocó las aletas. Antes de colocarse los lentes y la boquilla del tubo de aire miró intensamente al chino.
—No puedo tardar más de dos horas. Si transcurrido ese tiempo no he salido regresa a toda prisa. Y no digas a nadie que tuviste tratos con Brigitte Montfort, pues quizás eso pudiese proporcionarte disgustos en un momento u otro…, como a ciertas personas que me ayudaron.
—Es muy peligroso lo que intentas. Una locura. Si me hubieses dicho antes…
—Sé que habrías traído dos equipos para bucear. Pero no quiero ni quería eso, no quería complicarte demasiado. Recuerda lo que te he dicho dos horas.

No dijo más. Le tendió los brazos, y el oriental se inclinó sobre aquellos tiernos labios siempre frescos y tan suaves…

—Brigitte, vuelve —susurró.

—Ésa es mi intención, te lo aseguro —susurró también ella.

Se colocó los lentes y la boquilla y se dejó caer al agua de espaldas. Tenía dos horas de autonomía submarina. Dos horas que eran capaces de agotar al buceador más experimentado y vigoroso… Pero Brigitte sabía que no sería necesario tanto tiempo para hacer su trabajo. Eso, en el supuesto de que pudiese hacerlo…

El agua no estaba demasiado fría, pero como el traje de goma no cubría las piernas, sintió el frescor en éstas. No resultaba desagradable, pero sí llegaría a serlo si permanecía mucho tiempo bajo el agua.

Enseguida vio el fondo arenoso, con algunas rocas que parecían proyectarse hacia la superficie formando aquellos traicioneros y peligrosos escollos.

Empezó a nadar hacia el interior, de momento.

Sus intenciones eran desviarse luego hacia donde se hallaban los pesqueros chinos, porque era el único medio infalible de localizar el «Objeto 777». Sólo tenía que encontrar uno de los cables que sin duda estaría sujeto a uno de los pesqueros chinos, seguirlo…, y en el otro extremo estaría la bomba H, ya desprendida de los restos del bombardero siniestrado.

El fondo iba siendo más y más profundo. Empezó a ver algunos peces de vivos colores, y otros plateados que parecían rojizos cuando el sol, dando muy oblicuamente en el agua, llegaba hasta sus escamosos cuerpos alargados.

Tras ella oía el susurro de la arena movida levemente en la playa por el ligero oleaje. Era como un murmullo continuo, constante, que cambiaba de un lado a otro, pero siempre igual, idéntico… De su boquilla brotaban las burbujas características del buceador que utiliza tubos de aire: unas burbujas semiesféricas, entre el color azul y el plata, brillantes, que emergían bamboleándose graciosamente hacia la superficie.

Veía algas y otras plantas extrañas, esponjosas, rosadas, moviéndose en una ondulación lenta y suave. Un pez de casi un metro de longitud se escondió velozmente entre aquellas algas. Unos grandes cangrejos de color rojo intenso se ocultaban bajo la

arena presurosos y con una habilidad extraordinaria.

Sólo oía ahora el gorgoteo del aire que iba soltando. El silencio relativo de mar iba espesándose cuanto mayor era la profundidad… Pero nunca era el silencio total, no era cierto que el mar fuese el mundo del silencio, porque ella oía ruidos diversos, la mayoría de los cuales no sabía identificar, pero que debían de proceder de rocas y arena moviéndose, chocando, desplazándose… Y el lejano rumor del oleaje en la playa…

En algunos puntos la profundidad de aquellas pequeñas fosas parecía teñir el agua de negro. A su derecha había un gran macizo de escollos, en cuya costra caliza picoteaban algunos peces de buen tamaño. Un pulpo de casi un metro de envergadura lanzaba sus chorros de negro líquido mientras estiraba sus ocho patas en frenético y perfecto movimiento natatorio hacia el fondo, hacia una de las fosas.

Calculó que ya estaba, lo bastante mar adentro para girar y acercarse a la costa describiendo un ángulo recto con respecto a su marcha anterior. De este modo llegaría directa a los pesqueros chinos. Quizá los hombres-rana ataviados con traje de goma color mar todavía no habían entrado en acción. Era muy temprano…

De pronto vio a uno de ellos.

Acudía rápidamente a su encuentro, apenas visible.

Brigitte desvió bruscamente la dirección de su marcha, pensando que podría ocultarse. Llegó hasta una cavidad en los escollos de su derecha, y se escondió… Pero la dirección tomada por aquel hombre-rana no era casual: efectivamente acudía a su encuentro.

La había visto.

Y, justo entonces, Brigitte vio al otro hombre-rana, nadando apenas a tres metros por detrás del primero. No lo había visto antes, tan eficaz era el camuflaje que representaba el color de aquellos equipos submarinos.

Brigitte tuvo la sensación de que el frío del agua llegaba entonces también a su cuerpo, al sentir el escalofrío. Ni siquiera llevaba uno de los fusiles acuáticos de arpón… Nada. Estaba completamente desarmada.

La suerte estaba definitivamente echada…, a menos que ella no conociese a las personas. Era su única probabilidad.

Los dos hombres-rana se habían reunido, y señalaban hacia

donde estaba ella escondida en la cavidad rocosa. Ambos apercibieron sus fusiles de aire comprimido y continuaron nadando hacia el gran escollo.

Llegaron tan cerca que Brigitte comprendió que su única posibilidad de salvación consistía en intentar huir. Podía intentar nadar más deprisa que aquellos hombres, encontrar un punto para salir del agua.

Se apartó del escollo y nadó hacia la grieta donde poco antes se había escondido el asustadizo pulpo. El fondo se veía negro, tenebroso.

¡Fssss!

Un siseo breve, un rumor de agua…, y uno de los arpones rebotó contra las rocas, y se habría ido al fondo de no estar sujeto al fusil por el hilo de nylon. Brigitte volvió la cabeza y vio al hombre que había disparado recogiendo rápidamente el hilo para recuperar el arpón.

Y, al mismo tiempo, vio venir el otro arpón, con un idéntico siseo de desplazamiento por las tranquilas aguas. Tuvo que recurrir a toda su serenidad para no cometer el tremendo error de proferir un grito cuando, tras el violento giro que dio a su cuerpo, el arpón pasó rozándole el pecho y fue a dar también contra las rocas.

La boquilla escapó de entre sus dientes, y gran cantidad de burbujas empezaron a subir a la superficie con un gorgoteo veloz, como descontrolado.

Cogió la boquilla, volvió a colocársela en la boca, y reanudó la desesperada huida. Al menos tenía que poder huir, llegar hasta el mando de la US Navy, decirles…

El tercer hombre-rana apareció de pronto ante ella a menos de dos metros de entre las rocas. Pero su traje de goma no era de color mar, sino negro. Y los ojos claros que Brigitte vio a través de la lente monocular no correspondían a un oriental, sino a…

«¡Sabía que estarías aquí, Fantasma!», pensó Brigitte.

El arpón disparado por John Pearson pasó rozándola, pero su objetivo no era ella, ciertamente, sino otro más alejado…

El hombre-rana chino más adelantado, que en el aquel momento estaba acabando de recoger el hilo de recuperación del arpón, recibió el proyectil disparado por Pearson justo en el centro del pecho. Fue como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Soltó su

arpón, se crispó, dio una vuelta sobre sí, mismo llevándose las manos al mástil del arpón disparado por Pearson…, y empezó a hundirse lentamente, mientras su boquilla, suelta, lanzaba gran cantidad de burbujas hacia la superficie.

El otro chino se dedicaba frenéticamente a recoger hilo, dispuesto a recargar su fusil de aire comprimido lo más deprisa posible… Pero John Pearson tenía otro sistema mucho mejor. Brigitte le vio sacar otro arpón de un estuche donde todavía quedaban cuatro más, y colocarlo en el tubo del fusil. Pearson no llevaba sus arpones sujetos por el hilo de nylon, sino sueltos. De este modo una vez disparado uno no tenía que perder tiempo en recuperarlo tirando del hilo. Le bastaba colocar otro y…

¡Fsss!

El segundo arpón disparado por Fantasma cuando el chino ni siquiera había conseguido recuperar todo el hilo también pasó muy cerca de Brigitte, que lo miró dirigirse velozmente hacia el cuerpo del oriental.

Éste también lo vio venir, y se ladeó, hizo un esfuerzo por esquivar la flecha de hierro… Sólo lo consiguió a medias. El arpón sé clavó en una de sus piernas, y, al instante, el hombre se olvidó de todo. Soltó su arpón y se llevó las manos al muslo mientras descendía girando lentamente…

John Pearson no tuvo piedad. Nadó rápidamente hacia el chino que se estaba hundiendo, sin recargar el fusil de aire comprimido. Pero al llegar junto al oriental un cuchillo apareció en su mano. El chino sacó el suyo, dispuesto a defender su vida aunque fuese en inferioridad de condiciones, pero la primera cuchillada asestada por Pearson cortó el tubo del aire de su equipo, y el chino comenzó a bracear desesperadamente. La segunda cuchillada le alcanzó de lleno en el estómago, y súbitamente todo movimiento cesó por parte del hombre-rana chino. John Pearson pasó debajo de él, lo sostuvo en sus brazos, y el cuchillo volvió a entrar en funciones… de un modo definitivo.

Luego el cuerpo del chino fue hundiéndose más, y más…

Brigitte acudió al encuentro de Pearson, que a su vez nadaba hacia ella. La muchacha se había procurado el fusil del primer enemigo, y arrastraba el arpón colgando del hilo. Se reunieron bajo el agua, y Brigitte se tocó con dos dedos un lado de la boca y luego

puso esos dedos junto a la boca de Pearson. El inglés sonrió tras el cristal, y luego señaló hacia las rocas con insistencia. Brigitte asintió, y nadaron los dos hacia allí.

Poco después John Pearson emergía, y cuando Brigitte lo hizo tras él se encontró en una especie de pozo de paredes rocosas. El agua no se movía allí. El británico se quitó la boquilla y aspiró fuertemente el aire libre. Se agarró a las rocas, dio un tirón con sus fuertes músculos, y quedó sentado sobre la roca. Ayudó a Brigitte a hacer lo mismo y se quedó mirándola con expresión hosca.

—¿Ni siquiera… se te ha ocurrido —jadeó—… traer un fusil… sub… sub… marino…?

Brigitte tuvo que esperar unos segundos a recuperar el ritmo respiratorio que el esfuerzo y la tensión habían alterado. Entonces incluso consiguió sonreír.

—Te estaba… esperando. Y no quería que me viesen armada, tenía que ser… una víctima fácil… ¿Comprendes? Quería confirmar unas sospechas…

—Eres una insensata… ¿Cómo podías estar segura de que yo vendría?

—Nos conocemos hace tiempo, John. Me pregunto cómo conseguiste llegar aquí antes que yo.

—Por si no lo sabes Hong Kong es colonia británica. Y yo soy británico. La Policía Colonial tiene unas lanchas velocísimas.

—Oh… ¡No sabes cuánto te quiero, John!

—Muy graciosa: Bien, en cuanto hayas recuperado el aliento pasaremos al ataque. Hay otros tres hombres-rana trabajando en esto. No va a ser fácil llegar hasta esa… ese «Objeto 777». Pero se me ha ocurrido algo que quizá pueda interesarte.

—Estoy segura de eso.

John Pearson mostró a Brigitte un grueso rollo de delgadísimo hilo metálico.

—Esto es todo lo que tenemos. Y… Bueno, tú sabes que lo que pretendemos hacer puede costarnos la vida, Brigitte.

—Puedes… retirarte, si quieres. Dime cuál es tu plan, yo me haré cargo de él, y tú regresa a Inglaterra, a tu casita junto al mar. ¿Cómo encontraste este lugar? ¡Nadie puede vernos aquí!

—Excepto desde el aire.

—Claro… Bien, John: ¿regresas a Inglaterra?

—No seas absurda. Este rollo de alambre tiene la suficiente longitud para…

* * *

Po Yang consultó su reloj y frunció el ceño. Hacía ya casi tres cuartos de hora que Brigitte había abandonado la lancha, sumergiéndose. Y tres cuartos de hora era demasiado tiempo para…

De pronto vio al hombre-rana aparecer en la superficie, como a veinticinco metros de él, el hombre-rana llevaba un traje de goma del color del agua de mar, y apenas se distinguía en ésta. Pero Po Yang distinguió perfectamente el movimiento que el buceador hizo con un brazo. Junto al primer hombre-rana apareció otro, de igual indumentaria, y éste alzó sobre su cabeza dos trajes de goma para inmersiones… Dos trajes de goma negra, normal y corriente. Po Yang sonrió entonces, correspondió al saludo que los dos buceadores le habían hecho con el brazo, y se dirigió a los mandos de su lancha. Cuando volvió a mirar hacia los hombres-rana éstos habían desaparecido.

El chino tomó el bolsito de Brigitte, lo abrió, y se quedó mirando burlonamente la pistolita de cachas de madreperla, los gemelos, la diminuta radio de bolsillo. Cogió un cigarrillo del paquete, lo prendió con el encendedor de platino y brillantes, y expulsó placenteramente el humo hacia el cielo azul y dorado del ya avanzado amanecer.

Luego puso en marcha la lancha.

No habían pasado las dos horas que Brigitte le diera de plazo. Pero no importaba. No.

Ya no importaba.

—Adiós —dijo sonriente Po Yang, mirando hacia el agua—. Adiós, dulce y hermosa Brigitte… Creo que nunca te olvidaré.

Capítulo XIII

Po Yang detuvo la lancha junto al embarcadero del cual habían partido él y Brigitte unas tres horas antes.

Hong Kong estaba ya inundado por la luz solar, y en los muelles había gran movimiento de pesqueros, regresando unos y zarpando otros. En los cargueros reinaba ya la actividad, y se oía el rumor de cadenas, grúas, motores…

Pero aquella mañana Po Yang no tenía interés por nada de aquello. Aquella mañana, por fin, iba a redondear su capital, su fortuna que le permitiría poseer una villa en el Peak y continuar con sus negocios…

En pocas horas iba a convertirse en millonario.

Llevaba varios años de lucha, de esfuerzo, de miedo… Y por fin aquella radiante mañana él iba a ser uno de los hombres verdaderamente adinerados de la exótica ciudad de Hong Kong…

Amarró la lancha y subió rápidamente los peldaños de madera… En pocos segundos se encontró en su casa. En aquella casa húmeda y con un cierto olor a muelle que tantos años había tenido que soportar.

Pero todo acaba.

Todo tiene su fin tarde o temprano.

Y para Po Yang había llegado el fin de aquella casa, la despedida.

Recorrió velozmente aquella sala casi a oscuras, apareció en el salón, y se dirigió directamente a un rincón. Allá presionó un lado de la pared…, y una puerta se abrió. Las maderas parecieron partirse, se separaron silenciosamente. Una abertura que permitía escasamente el paso de un hombre quedó ante Po Yang, que entró, apretó otro resorte, y la puerta se cerró.

Fue como si nadie hubiese allí. El salón quedó solitario. Pero a poca distancia el inteligente chino llamado Po Yang estaba quitando

la funda que cubría le emisora clandestina. Sus manos se movían deprisa, nerviosas… La serenidad puede perderse a veces, y no sólo por sucesos que perjudiquen. También puede una persona perder la serenidad cuando, por fin, ha conseguido lo que durante mucho tiempo ha estado anhelando.

Se sentó delante de la emisora, suspiró profundamente, y movió la clavija.

—Po Yang llamando desde Hong Kong —dijo—. Punto 10-12-01… Punto 10-12-01… Contesten. Hubo una breve pausa.

Y de pronto una voz, en chino:

—Punto 10-12-01… Identifíquese.

—Po Yang, Dock 2… Asunto submarino, pesqueros, artefacto. Está hablando Po Yang desde Dock 2 de Hong Kong. ¿Identificado?

—Identificado. Adelante, Po Yang.

—La mujer sobre la cual informé, cuyo nombre es Brigitte Montfort, era agente de la CIA americana.

—¿Era?

—Era. Brigitte Montfort ha sido… ejecutada en el fondo del mar por nuestros hombres-rana especiales en misión de robo del artefacto americano.

—¿Qué pasa con el artefacto en cuestión?

—Es llamado «Objeto 777» por los americanos. Las últimas noticias obtenidas anoche por contacto personal indicaban que el dicho «Objeto 777» estaba sujeto por cables que convergían en los pesqueros destacados en el centro y playa de Bahía Bias. Anoche localizamos al sujeto que había ayudado a la agente de la CIA a llegar a la bahía. Su nombre era Lin Yuey. Era un muchacho muy joven. Vivía en un pesquero con una mujer y con un anciano que fumaba opio.

—¿Qué ha sido de ellos?

—Dos de los hombres destinados en la bahía y yo les hicimos una visita. Estuve en el Celeste Hotel para preguntar a la agente de la CIA qué hacía con el cadáver del hombre-rana americano que yo mismo maté. Después de recibir instrucciones de ella ordené a esos dos mencionados hombres que escondiesen el cadáver del americano llamado Reginald Mc Coy, y me quedé delante del hotel. La agente enemiga llamada Brigitte Montfort salió del hotel y fue a visitar al llamado Lin Yuey… La seguí. Luego, reunido ya con los

dos hombres que se habían hecho cargo del cadáver de Mc Coy, matamos a Lin Yuey y al anciano y a la mujer. No queda ningún cabo suelto, ningún indicio que nos acuse.

—¿Y el «Objeto 777»?

—Esperamos tenerlo esta noche en la playa.

—¿Eso es seguro?

—Casi seguro. Ya he dicho que esperamos conseguirlo.

—Está bien. ¿Y los rusos?

—Parece que hayan desaparecido de pronto. Después de matar al llamado Fedor Yashin y robar la cámara fotográfica que a su vez él había robado a la agente americana me convencí de que no podían saber gran cosa del «Objeto 777»… de la verdad… Entonces calculé que la mujer de la CIA podía saber más cosas que Yashin, pero me pareció muy prudente, muy astuta…

—¿Y…?

—En una de las visitas que hice a su *suite* decidí escribirme yo mismo una nota, y luego me presenté a verla al hotel diciendo que ella me la había enviado. Yo había utilizado su máquina de escribir, de modo que ella no pensó que había sido yo mismo quien la había escrito, pues en ningún momento ha sospechado de mí. Supongo que ella calculó que se trataba de alguna jugarreta más o menos retorcida por parte de los rusos. Y tal como me había propuesto ella aceptó mi compañía con cierto… agrado.

—Fue un modo muy inteligente de contactar, Po Yang.

Una amplia sonrisa de satisfacción se plasmó en las hermosas facciones del chino.

—Gracias —dijo, procurando contener la emoción de su voz—. Sí, realmente, el contacto fue muy bien. Esta misma madrugada terminó por confesarme su vinculación a la CIA, y no sólo eso, sino que la he llevado a Bahía Bias… Ella tenía el descabellado proyecto de recuperar el «Objeto 777».

—Y evidentemente no ha sido así.

—Por supuesto que no. Cuando ella se sumergió yo utilicé su espejito de maquillaje como un heliógrafo para enviar señales a los pesqueros. Me contestaron que cinco hombres-rana salían en aquel momento para buscar a la agente de la CIA. Apenas tres cuartos de hora después dos de los hombres-rana con equipo especial aparecían en la superficie, cerca de mí, y me mostraban el equipo

de Brigitte Montfort, para hacerme comprender que ya la habían matado. Sin duda el nombre que ella estaba utilizando era falso, pero sí es cierto, en cambio, que ella está ahora muerta y metida desnuda en cualquier agujero de un escollo, donde no tardará mucho en ser pasto de los peces más voraces. Por eso debieron de quitarle el traje de goma: para facilitar el banquete a los peces.

—Perfecto. Volvamos al «Objeto 777». Tenemos que hacernos con él rápidamente, sin más demora. Los americanos acabarán por comprender que las cosas no son tan simples como han estado creyendo hasta ahora, y tomarán sus medidas más fuertes.

—Para esta tarde espero recibir noticias sobre el «Objeto 777», y supongo que ya estará muy cerca de la playa.

—¿Enviamos el camión-grúa?

—No… Manténganlo en la espesura. Cerca, pero bien escondido, por el momento. Esperaremos a que sea completamente de noche. Y además hay que actuar despacio en esto últimos momentos. No olvidamos que tuve que matar al teniente de la US Navy que se dedicó a buscar en dirección contraria a la que indicaba el mando de la flota yanqui…

—¿Descubrió algo ese oficial?

—Nada. Pero lo habría descubierto esta misma mañana si hubiera continuado buscando. Por eso le esperé en su *suite* después de haber acudido a la «cita» que la espía de la CIA formulaba en la nota que yo mismo escribí, y le maté. Ahora tengo su cadáver escondido en el almacén, en una caja cuyo destino es San Francisco y que se supone contiene objetos de arte chinos.

—Bien. ¿Resumen?

—Muerto Fedor Yashin, a mis manos. Muerto Reginald Mc Coy, a mis manos. Muerto Lin Yuey y su familia, a mis manos. Muerta la agente de la CIA, a manos de los hombres-rana especiales. Parece que el asunto está solucionado. De todos modos llamaré otra vez a las cinco de la tarde, hora, en que ya habré recibido la visita de los hombres que dirigen los pesqueros de la bahía. Para esa hora sabré punto por punto todo lo sucedido, y podré indicar si el camión-grúa debe salir de la selva hacia la playa para recoger el «Objeto 777».

—Perfecto, Po Yang. Debo elogiar la buena coordinación que resulta evidente en su labor. ¿Qué hay respecto a las fotografías que esa mujer obtuvo en la, bahía?

—Creemos que fotografió la escena en el momento en que los hombres-rana que regresaban a la superficie estaban en descompresión, o en todo caso, a punto de ser recogidos por el pesquero aislado. Por lo menos así lo sugiere la actividad posterior de Brigitte Montfort. Pero, aparte de ella, parece que nadie más interviene en esta faceta del asunto. Ha estado trabajando sola…, y ahora está muerta.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No, hasta las cinco de la tarde.

—Buen trabajo, Po Yang. Enhorabuena.

—Gracias.

Po Yang cortó la comunicación y se puso en pie. Tapó de nuevo la emisora clandestina y salió del escondrijo, que cerró también. Se volvió sonriente hacia el centro del salón, frotándose alegremente las manos…

Quedó inmóvil, sumido en su éxtasis de triunfo. ¡Ah, los sueños…! ¡Los sueños de grandeza, de opulencia…! ¡Al fin iban a cumplirse! Estaba convencido de que después de aquello ya no sería tan sólo uno de los mejores agentes chino-comunistas, sino el mejor, el dirigente, con base en Hong Kong, su terreno, el sitio que mejor conocía, y donde podría conseguir muchos más triunfos a cuál más resonante.

Sí.

El mejor, el jefe, el dirigente.

Compraría una villa en el Peak, dos o tres automóviles, y tendría docenas de hombres a sus órdenes. Sería no sólo rico, sino poderoso de verdad, más poderoso de lo que sería por la simple posesión de vulgar dinero…

Soltó una carcajada tremolante de alegría…

—Celebro encontrarte de buen humor, Po Yang.

La voz procedía del montón de almohadones del rincón, y fue como un suave viento cálido que, no obstante, provocó un gélido estremecimiento en el cuerpo del chino.

Se volvió como si todos sus músculos, todos sus nervios, se hubiesen agarrotado.

Y se quedó mirando incrédulamente a la divina espía, vestida con unos *shorts* masculinos y un negro jersey muy holgado, cuyas mangas estaban subidas por encima del codo.

Sólo eso.

—Brigitte… —pudo alentar apenas Po Yang.

La bellísima agente de la CIA sonrió dulcemente.

—¿Has oído hablar del don de la ubicuidad, amor? —preguntó.

—¿El… el don de…?

—De la ubicuidad.

—Bien, no sé a qué viene…

—No muevas la mano hacia tu chaqueta, querido. Es un gesto que puede ocasionarte un disgusto. ¿Comprendes?

Po Yang se pasó la lengua por los súbitamente secos y congelados labios.

—Sí… Sí, comprendo…

—Estupendo. Oh, pero no has contestado a mi pregunta, amor.

—¿Qué… qué pregunta?

—Respecto a la ubicuidad. ¿Sabes lo que es?

—Claro… Sí.

—¿De veras? Bueno, eso termina de demostrar que eres una persona culta… A menos que estés mintiendo, a lo cual eres muy aficionado. Veamos: ¿en qué consiste el don de la ubicuidad?

—Es la… la facultad de una persona para… estar en varios sitios a la vez.

—*Okay*. Generalmente, sólo en dos sitios. Y, según parece, querido, yo tengo ese don. Lo digo porque, supuestamente, yo estoy muerta y sepultada en los recovecos de un escollo esperando convertirme en pasto para tiburones y demás animalitos del mar, que no dejarían de mí ni los huesos. Trágico destino para un cuerpo tan hermoso, ¿no estás de acuerdo?

—Sí… Desde luego, sí.

—Gracias. Pero, en fin, puestas así las cosas se diría que poseo el don de la ubicuidad, puesto que estoy allí y estoy aquí. Vamos, que el don de la ubicuidad, en el cual mucha gente no cree, existe. ¿No te parece sorprendente, querido Po Yang?

—Brigitte, creo… creo que…

—¿Por qué tienes que creer nada, querido? Tú no tienes que «creer», puesto que eres… un ser superior. Así pues, no «crees», sino que «sabes». Por ejemplo, «sabes», estás seguro, que Brigitte Montfort, la agente de la CIA, está muerta ahora… ¿Cómo no había de estarlo, querido, si tú mismo viste a dos de tus amigos hombres-

rana haciéndote señas muy expresivas en ese sentido, mostrándote un traje de goma de color negro…, mi traje, precisamente?

—Yo… Me alegro de que no estés… muerta.

—¡Pero si estoy muerta, querido! Sólo que con esto del don de la ubicuidad… ¿O prefieres que digamos que he reencarnado muy rápidamente, y que ya vuelvo a estar aquí, junto al hombre que tantísimo me ama?

—Sea como sea me siento feliz por verte…

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! Pero… ¿no sientes curiosidad por saber lo ocurrido?

—Desde luego. Sí, naturalmente.

—Naturalmente. Verás… Bueno, me tiré al agua desarmada, según mi plan, porque quería que ciertos hombres-rana de indumentaria color mar así lo supiesen y me considerasen, por tanto, una presa fácil. De este modo sólo enviaron dos a por mí, mientras los otros tres se dedicaban a su trabajo con el «Objeto 777». Esos dos hombres vinieron a por mí muy confiados. No podían saber, claro está, que yo tengo amigos hasta en el fondo del mar. Uno de esos amigos, un inteligente colega británico, un… fantasma, apareció en el momento justo y mató a los dos hombres-rana de indumentaria color mar. Luego ese hombre y yo fuimos a por los otros tres… Se sorprendieron mucho. Pero para entonces ya estaban muriendo… ¿Me sigues?

—Sí… Sí, sí.

—Qué bien. Decía, querido, que entre mi amigo y yo matamos muy rápidamente a los tres sorprendidos hombres-rana restantes. Luego nos pusimos los trajes de goma de dos de ellos y subimos a la superficie a hacerte unas señas que suponíamos estabas esperando. Te fuiste, muy feliz. Entonces nosotros desprendimos muy rápidamente los cables. Me refiero, claro está, a los cables de los pesqueros que estaban sujetando el «Objeto 777». Luego mi amigo me hizo comprender para qué servía el rollo de alambre fino pero sólido que se había procurado: lo ató alrededor del «Objeto 777» y llevamos el extremo hacia uno de los navíos de la flota de la US Navy, donde se hicieron cargo de él personas especializadas en trabajos de recuperaciones submarinas. Desde ese navío pasamos mi amigo y yo a una torpedera velocísima que nos trajo a toda prisa a Hong Kong…, a un lugar que nosotros señalamos. ¿Adivinas cuál es

ese lugar?

—¿Mi casa?

—¡Querido, tu inteligencia siempre tan despierta…! ¡Claro que nos trajo aquí! Entonces nos ocultamos convenientemente y… hemos podido enterarnos de algunas cosas… ¿Podrás creer, amor de mis amores, que he estado escuchando lo que hablabas por radio con alguien que sin duda está en el continente al mando de una potente e interesante emisora?

—Entonces… lo sabes todo.

—Hombre, tanto como todo —sonrió encantadoramente Brigitte— me parece mucho saber. Por ejemplo, ignoro qué fue antes, si el huevo o la gallina. Pero en cuanto a este asunto, sí, lo sé todo. Oh, pero eso no es demasiado mérito, ya que realmente desconfiaba de ti. Vamos, tú no puedes creer que los demás seamos tan tontos, ¿verdad? En cuanto a mis sospechas, las confirmó cierto monstruoso individuo llamado Tao Tsing… El pobre está muerto ahora. Y bien muerto. No creo que él tenga el don de la ubicuidad ni ninguna otra de mis muchas e insólitas cualidades. Un fantasma lo ahogó entre sus lotos y sus carpas, y allá se quedó, verdaderamente muerto para siempre. Pero él me ayudó a resolver mi… desconfianza. ¿Puedo decirte que fue una buena idea la de entrar en mi *suite* y escribirte tú mismo una nota, para luego ponerte en contacto conmigo?

—Yo creo que sí fue una buena idea —sonrió Po Yang.

—¡Por supuesto! Acabo de decírtelo, ¿no es así? A mí no me duelen prendas, querido. O si lo prefieres dicho de otro modo: lo que es, es, y punto.

—Bien. —Po Yang movió los brazos con gesto fatalista—… ¿Qué es lo que piensas hacer ahora?

—En primer lugar quería decirte que a estas horas el tan deseado «Objeto 777» está ya en el portaaviones de la US Navy… Lo cual, evidentemente, quiere decir que la China comunista no va a poseer, por ahora, el secreto de esa bomba H.

—Claro.

—¡Y tan claro, querido! —rió duramente Brigitte—. Luego quiero aclararte un par de puntos de los cuales no pareces estar muy seguro… Dichos puntos son dos. Uno: mi verdadero nombre es Brigitte Montfort. Dos: el hombre que me ha ayudado se llama John Pearson y pertenece al MI5 británico. Claro que ese hombre

también puede aparecer en cualquier momento convertido en un mendigo hindú, en un coolie chino, en un francés llamado Jean Delafonte… Es un hombre casi tan admirable como yo, querido Po Yang.

—Lo dudo —sonrió el chino—. Ese hombre puede ser muy audaz, muy inteligente… Pero tú tienes una clase especial, una fortuna incomparable, una suerte inigualable… Empiezo a pensar que la CIA tiene en ti una de las mejores cartas del espionaje mundial…

—¡Qué amable eres, querido! —exclamó Brigitte—. ¡No sabes cuánto te agradezco esas palabras! Aunque a mí, francamente, la CIA en sí me importa bien poco. ¿Sabes lo que me impulsa a trabajar para ella?

—¿Qué?

—La grandiosidad de sus recursos. Por lo demás… Vamos a ver: ¿tú crees que si me alegro de haber recuperado esa bomba es por la CIA, o tan siquiera por los Estados Unidos de América?

—¿No? —susurró Po Yang, entornando los ojos.

—Bueno, no voy a negarte que por los Estados Unidos sí, un poquito. Soy norteamericana, ¡qué le vamos a hacer! Ahora bien, mi mayor alegría consiste en que al evitar que, vosotros tengáis la bomba tal vez retraso un poderío bélico chino que permita unos cuantos años más de paz en el mundo. Paz relativa y no completa, claro, pero… paz. Y puedes estar seguro que si pudiese hacer desaparecer todas las bombas H del mundo no quedaría ni una, ni norteamericana, ni rusa, ni de nadie. Pero, si ha de haber bombas, pues…, lo siento, pero que estén en casa. En fin, tú me comprendes.

—Sí. Eres una mujer… excepcional, ahora me doy plena cuenta de ello.

—Tan excepcional que he descubierto al hombre clave del espionaje chino-comunista en Hong Kong… ¿No soy admirable, amor?

—Por supuesto.

—Gracias, gracias, y… gracias. Pero es que, querido, además he descubierto a un asesino feroz, a un hombre frío como la muerte, a un personaje estremecedor, a un criminal… Se llama Po Yang, y lo mismo asesina a un agente ruso que a un agente del G-2 americano…, o a una mujer, a un anciano, a un muchacho… Tú

también eres… fabuloso, Po Yang.

—¿Debo darte las gracias por tus elogios?

—Amor mío —susurró gélidamente la divina—, no son elogios, sino cargos en contra.

—¿Te has constituido en jurado?

—¿Por qué no?

—¿Y cuál es tu veredicto?

—¿Cuál puede ser? MUERTE, SIMPLEMENTE.

—¿Vas a matarme? ¿Vas a… asesinarme?

La sonrisa de Brigitte fue más dulce e infantil que nunca, pero sus palabras fueron secas, ásperas, lentas:

—Yo nunca asesino: tan sólo ejecuto. En circunstancias que podríamos llamar normales respeto la vida del agente enemigo. A ser posible lo capturo vivo, lo entrego a la CIA, y allá lo tratan convenientemente. En ocasiones ni siquiera me molesto en capturar, a mis adversarios, y hasta puedo decirte que he ayudado a más de uno a volver a su casa. Pero a veces no tengo más remedio que ejecutar al reo.

—¿Vas a matarme fríamente?

—Así es, amor.

Po Yang sonrió de nuevo.

—No lo creo —aseguró con absurda petulancia—. Tú no eres capaz de disparar fríamente contra ninguna persona. Y además no veo ningún arma en tu mano.

Brigitte sacó una imponente automática de debajo de los almohadones y la mostró ostensiblemente.

—¿La ves ahora?

—Sí… Pero sé que no podrás matarme mientras yo no intente nada. Eso te convertiría en una asesina ante tus propios ojos.

—Es cierto… Creo que tienes razón, querido. No quisiera convertirme en una asesina… ¿Tienes la bondad de intentar sacar tu pistola, a fin de que yo misma me disculpe por matarte y pueda pensar en el futuro que lo hice en defensa propia?

—No pienso moverme. Sé que mientras no lo haga tú no podrás disparar.

—¡Es tan fácil! Sólo tengo que apretar el gatillo…

—Serías una asesina. No lo harás. Por ti misma, claro, no por mí.

—Eres un buen psicólogo. ¿De veras no vas a intentar sacar tu pistola?

—No soy ningún loco —se burló Po Yang.

—Entonces serás un cadáver. Adiós, Po Yang. Que el diablo me perdone por enviarte a tan encantador lugar.

—Tú no dispararás si yo no…

Plop.

Brigitte ni siquiera se movió.

Es decir, no movió su hermoso cuerpo, pero sí su dedo índice crispándose sobre el gatillo de la pistola con silenciador.

Po Yang recibió el balazo en el estómago, y saltó hacia atrás, encogido sobre sí mismo, con las manos crispadas en la brutal herida de amplio boquete.

Quedó de rodillas, mirando incrédulamente a Brigitte.

—No… No, no… Tú no eres… capaz de…

Plop.

El segundo disparo acertó también en el estómago a Po Yang, y lo tiró de espaldas rudamente.

Po Yang se estremeció con gran violencia, y quedó por fin tendido de cara al suelo, alzando la cabeza hacia la agente estrella del espionaje americano.

—Eres… una… una asesina…

La sonrisa de la divina fue más fría que un témpano.

—Dice un refrán: quien a hierro mata a hierro muere… Y alguien cuya religión tú no conoces dijo: con la vara que tomes medidas tomarán tus medidas.

Plop.

La tercera bala se clavó en un hombro de Po Yang, zarandeándolo, revolcándolo… Cuando quedó de nuevo boca abajo, sangrando copiosamente, Brigitte ya no estaba tumbada cómodamente en los almohadones, sino junto a él.

Los ojos de Po Yang se alzaron hacia ella, horrorizados.

—No… No, Brigitte, no me… me m-m-ma…tes…

—Se trata de un acto piadoso, querido —sonrió ella—. Estás tan malherido que debo aliviar tus sufrimientos.

—No puedes… hacer… esto…

—Ya lo creo que puedo.

Plop.

La pistola se disparó ahora a menos de un palmo del corazón de Po Yang.

El impacto del plomo pareció clavar al chino contra el suelo…, y ya no se movió más. Quedó con los ojos fijos en el techo, incrédulo todavía, aterrorizado…

La puerta se abrió, y John Pearson apareció en el salón.

—Hay ocasiones —sonrió— en que matar es un placer. Buen trabajo, Brigitte.

—Gracias, John. ¿Y los dos chinos que colaboraron con Po Yang en el asesinato de Lin Yuey?

—Tuve que degollarlos —sonrió más ampliamente el espía británico—. Por eso te digo que, en ocasiones, matar es un placer. ¿Tienes algo más que hacer aquí?

—Recogeremos el cadáver de Reginald Mc Coy, para enviarlo a casa… a Estados Unidos.

—¿Y luego?

—Luego… Luego pasaré unos cuantos días en Hong Kong, escribiendo unos artículos para el Morning News, y finalmente regresaré a Nueva York y esperaré a que mi patria vuelva a necesitarme.

—¿Tu patria, o el mundo? —sonrió socarronamente Pearson—. Porque tal como tú tienes enfocada tu vida no es sólo Estados Unidos quien se beneficia de los riesgos que corres.

La divina sonrió.

—John —dijo suavemente—, tú eres una de las pocas personas que me comprenden bien. En efecto, no se trata básica y exclusivamente de mi patria, sino de luchar siempre al lado de quien lo necesite y merezca. Y esta vez, francamente, no me hacía gracia que ganaran los chinos.

Este es el final

—¡Le estoy diciendo que es una barbaridad el dinero que ha gastado en Hong Kong! Brigitte miró con fastidio el auricular del teléfono.

Estuvo tentada de colgar, pero habría irritado aún más a Miky Grogan, el muy tacaño. De modo que mientras su jefe periodístico se despachaba a gusto contra sus gastos la espía contemplaba complacida su hogar. Ah, de nuevo en Manhattan, en su terraza con piscina, con flores…

Por fin decidió que Miky Grogan ya se había desahogado bastante.

—Perdone, jefe, quiero hacerle algunas preguntas… ¿Le han gustado mis artículos sobre el «Objeto 777»? ¿Cuántas ediciones del Morning News han salido hoy? ¿Cuántos anunciantes más se han abonado a nuestro periódico a raíz de esos artículos? ¿Cuantísimo dinero le he dado a ganar desde que me contrató?

—Bueno… Eso es cosa diferente… Usted es una despilfarradora.

—Y usted un tacaño. ¡Adiós, antipático!

Colgó, encendió un cigarrillo, y cogió de nuevo el libro de poesías que se había visto obligada a abandonar pocos días antes en su casita junto al lago. Pero estaba decidido que ella no podría dedicarse a la lectura. Peggy apareció en la terraza, indecisa.

—Está bien, Peggy —suspiró resignada Brigitte—, di lo que sea.

—Acaban de subir una tarjeta postal para usted, señorita. No se la habría traído, pero como viene de Hong Kong…

—¡Has hecho muy bien en traérmela! —exclamó Brigitte.

Peggy sonrió, y le acercó la bandeja sobre la cual estaba la misiva. Brigitte la tomó, y Peggy sonrió y regresó a sus ocupaciones en el interior del apartamento.

La espía americana estuvo todavía un par de minutos con el sobre en la mano, sin abrirlo.

La dureza de su contenido indicaba bien claramente que no podía tratarse más que de una tarjeta postal. Poca cosa puede escribirse en una tarjeta postal…

Finalmente abrió el sobre y extrajo la tarjeta. En efecto, estaba fechada en Hong Kong, correspondiendo al matasellos.

Decía:

SIENTO NO PODER ENVIARTE POR CORREO UNA ROSA ROJA. PERO QUIERO QUE SEPAS QUE NUNCA OLVIDARÉ LOS TRES ÚLTIMOS DÍAS PASADOS EN HONG KONG EN TU COMPAÑÍA. ESPERO QUE ESTÉS DISFRUTANDO DE PAZ Y TRANQUILIDAD. YO REGRESO HOY A LONDRES, DONDE SIEMPRE ESTARÉ ESPERANDO TU LLAMADA. SIEMPRE TUYO.

No había firma.

Pero esto era lógico, pues los fantasmas no firman cartas. Ni envían tarjetas postales…

FIN

Notas

[1] John Pearson, alias Fantasma, apareció anteriormente con Brigitte, en la aventura titulada *Si parla italiano*. < <

[2] —¿Diga? < <

[3] —¿Señor Delafonte? < <

[4] —En efecto, *Madame*. <<

[5] —¿El espía inglés? <<

[6] —¿Qué? < <

[7] —Está muy seductor con su camuflaje, mi amor. < <

[8] —¡Brigitte! < <

[9] —¡Hasta la vista, querido! < <